Agustín Eck

Las profecías de Eliseo Madariaga

Buenos Aires
2008

I

SEMBLANZA DE DON ELISEO

–¿Cómo ves al mundo, profeta?

–Va a su perdición.

El viejo se alisó el pelo, estiró las piernas y tomó el mate que le ofrecía.

Era en un claro del monte espeso de algarrobo, espinillos y talas –de los pocos que quedaban, por la expansión de la agricultura–, en un departamento del norte de Entre Ríos. Hasta allí había llegado yo, en una de mis travesías a caballo.

Había dado con Eliseo (Eliseo Madariaga, medio descendiente de los caudillos correntinos), después de informarme en el pueblito de Sauce de Luna, andando legua y media por callejones de tierra, hasta que di con su chacrita. Sabía de él por los amigos de Paraná. Hombre de unos setenta años, viudo desde hacía diez, Madariaga había sido propietario de una estancia bastante importante, de cría y ovejas, herencia que le venía según él –vaya a saber por dónde– de las posesiones de Hernandarias, que tomaban una franja como de veinte leguas entre el Paraná y el Uruguay. Perdió todo –casi todo– en la gran crisis del campo de los años '90, cuando a las diabluras de Menem, se sumó una seca que le liquidó las tres cuartas partes de los vientres. Viéndose venir tiempos aún peores, se anticipó a vender la mayor parte y se quedó con su chacra de 50 hectáreas, que incluían

el casco viejo y los galpones. Se achicó. Se achicó, y concentró el capital restante en lo que le quedaba: y se pasó a la "autosuficiencia". "Hay que cortar", me dijo, "el intercambio con el mundo capitalista, en esto como en todo lo demás. Con esto me basta y me sobra. No vendo, cuanto más, canjeo". "¿Y los impuestos?", le pregunté, "¿y qué hacés si te enfermás?". "Para los impuestos, es cierto, hago algo de numerario. ¿Mi seguro de salud?: ¿ves aquél piquete con las vacas y los terneros que me quedaron?: son mi seguro de salud".

Y así. El viejo vivía solo. Un peón tenía, un peón viejo que lo ayudaba en el ordeñe y en la cría de algunos chanchos, y en las carneadas. Y una vieja mulata, mucama y lavandera, hija de hijas de gente de servicio, afincadas allí.

Pero el interés de don Eliseo no era sólo ése, el de su vida natural, alejada del loquero. A su sensatez de vida sumaba una cultura portentosa. Cultura general y cultura filosófica y científica. De joven se había recibido de biólogo y había hecho el doctorado en Alemania –creo que en Ratisbona–, antes de casarse. Los problemas "límite" de la Biología lo habían metido en la Filosofía, y se había doctorado también en ella, en la Universidad de Buenos Aires. Después le tocaron los años pesados de la ideologización universitaria, y como ella coincidiera con la muerte de su padre, decidió volver al campo. "Gallina", me dijo, "no quise meterme en líos, y además me di cuenta de que nuestro trabajo para mejorar el mundo tocaba a su fin". Y es que, por esa época, su inquietud intelectual había subido, desde la Ciencia y la Filosofía, a la Teología. Conoció al padre Meinvielle y a Castellani, con quienes siguió en contacto epistolar, vuelto a Entre Ríos. Comenzó un camino de maduración espiritual –de chico había sido "escasamente" practicante–, guiado por la lectura de los Padres y de Santo Tomás. La muerte de su mujer, después de una enfermedad penosa, hizo el resto. Una fuertísima crisis de fe, de la que salió airoso, terminó de acrisolarlo. Y de la Teología especulativa fue llevado a la mística, y a la meditación sobre las Postrimerías. "Las mías y las del Mundo", decía, "porque hoy las tribulaciones personales son inescindibles de las que sufre el ancho mundo".

Los amigos de Paraná lo tenían por "profeta". No que hubiera anticipado ningún suceso futuro. Pero veía la historia presente con una agudeza tal, que la lectura en ella de los "signos" –los signos parusíacos– se le aparecían indubitables. Creo que fue el padre Ezcurra el que lo había apodado "profeta" por primera vez, admirado por la coherencia de sus interpretaciones. No lo desmentía él –se reía un poco socarronamente, con un dejo de aceptación–: "no hace falta ser profeta, profeta, hoy en día. No hace falta que un ángel te haya tocado los labios con un carbón encendido... la lectura de los signos es patente. Hace falta un poco de cultura humanística e histórica, una lectura asidua de las Escrituras y de los «profetas» –como yo– modernos y no «canónicos». Newman, Solovieff, Benson, Castellani ... y un poco de inteligencia y no dejarse embaucar por la mentira y la necedad del mundo. Si hasta Huxley –sin esto último– fue «profeta» a su modo".

En cuanto a la "mentira y necedad del Mundo", ¿de dónde sacaba Eliseo esa su notoria aptitud para entender los sucesos contemporáneos? Porque cultura histórica, como dije, la tenía hasta decir basta; pero, ¿cómo entendía tan agudamente lo que estaba pasando? Información, sólo le llegaba del diario, que recogía cada semana en el almacén de Sauce de Luna –y se leía los siete diarios de un saque. "No tengo más remedio que tragarme este vomitivo una vez por semana. Pero tengo que hacerlo, tengo que leer «La Nación-Diario», para encontrar lo que *no* dice. Y para leer entre líneas, para *intus-legere*. Aparte de eso, por supuesto, ni televisión, ni teléfono celular, ni computadora, ni Internet: abominaba de todo eso. "Internet –decía– ¿no se dan cuenta? ¿No se dan cuenta que es la red, la tela de araña del Diablo?: allí pesca a las moscas. Y todos, embobados, se dejan prender ... «hay que saber usarlo»: esa es la consigna. Pero también las moscas pueden creer que usan de la tela de araña para caminar...".

Sea como sea, con la sola información de los diarios ("es mejor así –me dijo–: es información decantada, y no «zapping»"), estaba actualizado. Notablemente actualizado. Porque no se limitaba a informarse de la actualidad, la *entendía*: con "La Nación" en una mano ... y el Apocalipsis en la otra.

* * *

Era un hombre extraordinariamente *amable*, en el sentido propio del término: digno de ser amado; y eso ya a primera vista. Mucho más cuando se empezaba a conocer su alma. Siempre me he fiado de mi apreciación de los caracteres por la fisonomía.

Como digo, había pasado los setenta años. Pero no era lo que se dice "un viejo". Era sí, un anciano, un anciano venerable, por su semblante; y, después de conocerlo, mucho más por su sabiduría y prudencia. Pero, físicamente, era todavía joven. Estaba en la plenitud de sus fuerzas, como se comprobaba con sólo verlo caminar y montar a caballo. Fuerte, incluso ágil: hacía un poco, creo, alarde frente a mí, mucho más joven. Y se mofaba paternalmente de los jóvenes. "Ustedes, deportistas –le había dicho que jugaba al polo– consiguen un desarrollo unilateral, y específico: para meter goles. No debe ser así. La fortaleza física debe ser integral, apta para todo".

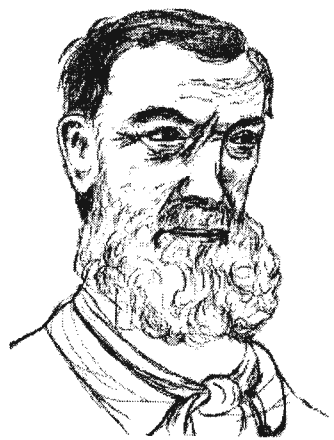
Pero su semblante... esto era lo que lo hacía amable, y venerable. Cabeza bien plantada, sobre un cuello descarnado y más bien largo. Nariz algo pronunciada y boca fina: casi siempre con una semi-sonrisa levemente irónica. Ojos claros, azul-verdosos, cuya claridad se destacaba por ser de pelo castaño oscuro. Apenas unas pocas canas en la cabeza, no así la barba, toda ella canosa, cuidada.

En suma, un tipo de criollo como, pese a la apreciación común, he visto muchos. Contra las leyendas indigenistas, predominantemente "blancos", con sólo algunos signos de ascendencia americano-nativa... y medularmente aristocráticos, tanto en el porte como en los gestos.

Como criollo que era, su atuendo –siempre el mismo– consistía en bombachas, aseguradas con una faja, camisa de tipo militar, alpargatas, pañuelo al cuello. Se cubría, no con sombrero ni boina, sino –cosa bastante habitual hasta hace un tiempo en el campo entrerriano– con casco inglés "de explorador". Todo ello, y él mismo, siempre limpísimo... como criollo que era, en esto también. Porque el orden y la limpieza que guardaba con su persona, no la hacía extensiva al

ambiente que lo rodeaba. No que fueran, su casa y su parque, tan sucios y desordenados, tampoco. Pero se veía que ninguna de ambas cosas lo preocupaba demasiado. La casa era linda, sin duda: típica casa de estancia vieja, con techo de azotea y galerías. Pero estas últimas daban directamente al suelo pelado y polvoriento, hasta donde llegaban escarbando las gallinas, y hurgaban algunos cuzcos. Por el parque parecía no haberse preocupado mucho, tampoco. Salvo algunos paraísos y un roble, todos los árboles eran vestigios del monte original: algarrobos, espinillos, talas y ñandubays. Por supuesto, ningún cantero de flores; amaba, sin embargo, a la naturaleza, y más que nada, a los árboles. Pero, sobretodo, a los árboles y a la naturaleza "salvajes", con la salvedad que se verá después.

Conviví con él como quince días, quince días que fueron para mí más aleccionadores que todas las lecturas y reflexiones sobre la "profecía" que había hecho hasta entonces, y que me han sido enormemente útiles y consoladores en estos aciagos tiempos posteriores a mi estadía. Porque, en efecto, hubiera seguido indefinidamente con él (su amabilidad conmigo me aseguraba que no lo cansaba, y yo, por mi parte, literalmente gozaba con su compañía), si el acontecimiento que relataré al final, y que nos trastornó la vida a todos, no hubiera urgido mi vuelta a Buenos Aires, junto a mi familia.



II

LA ABOMINACIÓN DESOLADORA

La afirmación lapidaria que pongo al principio –"este mundo va a su perdición"– me la hizo al poco tiempo de llegado, y fue cuando la conversación empezó a embarcarse en el tema de los "signos" –los signos del Advenimiento–. Hasta entonces nos habíamos ubicado el uno al otro, con charla sobre amigos comunes, historias personales, sus concepciones técnico-económicas de la "empresa" –su chacrita–, y demás.

Como dije, tenía una capacidad especial para la lectura de estos "signos" en la historia contemporánea. No sé si fue antes o después, o mezclado en el curso de sus charlas –aquí resumo– me explicó el sentido general de los signos, de los signos *significantes* del Hecho Parusíaco. No me dijo en esto nada que fuera totalmente nuevo para mí: seguía –como yo– a Castellani. Pero una de las cosas me quedó grabada, como visión global y, al mismo tiempo, explanatoria: "No se nos pide –me explicó– que anticipemos el Hecho, como si lo viéramos. Nadie puede verlo, ni la previsión del tiempo preciso, ni su figura: no es posible describirlo, imaginativamente. Porque, como dijo Bossuet, hasta las cosas que Dios nos ha anunciado, pasarán de un modo distinto a como las imaginamos. El Hecho del Advenimiento nos sorprenderá, tiene que sorprendernos. Pero eso no quita que tengamos que estar atentos, atentos a los signos. Su reconocimiento

nos dará lo necesario para prepararnos. ¡Ojo, entonces, a los signos! Aguzar la mirada de nuestra inteligencia, sí; tratar de entrever las características de lo que vendrá, y palpitar su proximidad, también. Pero no tendremos la certeza de lo uno ni de lo otro. Los tiempos precisos, y lo que ellos nos traerán... sólo el Padre los conoce. Y es bueno, buenísimo, maravilloso que sea así; como es bueno y maravilloso todo lo que se refiere a la Fe: al ver-sin-ver, al claroscuro de la Fe".

Seguía a Castellani –como digo–, pero a sus instancias había seguido profundizando en lecturas. Y, por supuesto, llegaba más lejos que Castellani: como él mismo decía, siguiéndolo también en esto, sólo por haberlo sucedido en el tiempo. Seguía a Castellani ... pero lo criticaba, y, en algunos casos, duramente.

–Hay muchas cosas que Castellani no interpretó bien, aún entre las que le tocaron vivir –me empezó a decir, en una de las múltiples e interminables mateadas bajo la sombra de su galería–. Los que venimos detrás de él, podemos corregirlo retrospectivamente. Porque esas cosas evolucionaron distinto, y mostraron después su verdadera faz, su *modalidad*. Lo cual no quita que haya acertado en lo fundamental.

–¿Es esto una confirmación de lo que dijiste? ¿Qué los signos no nos dan certidumbre, ni del tiempo de la ocurrencia del hecho futuro, ni de sus modalidades?

–¡Exacto! –me animó–: en la interpretación general de los signos, Castellani vio bien, pero en ciertos detalles se equivocó... fiero. No puede culpársele, y además hizo bien en arriesgar anticipaciones. Vivimos de él, también de sus errores. ¿Quién, que no tenga "la precisa" bajada del Trono de la Providencia, podría acertar en el detalle? Porque atendé a esto: decir *detalle* es decir el hecho futuro *mismo*. Y esto es lo que nadie, ni los ángeles, pueden conocer. Nadie más que el Eterno.

Lo insté a explayarse:

–¿En cuál de las interpretaciones de su tiempo le ves error a Castellani? Creo que te salís de la vaina por exponerme *tu* interpretación.

Pasó por alto mi último chumbazo a su vanidad.

–Castellani interpretó mal... no, no digo mal: interpretó a medias bien y a medias mal, por ejemplo, lo del "fariseísmo en la Iglesia", su tema dominante; por ejemplo, también... el significado del nacionalismo en la historia reciente. En ambos casos, acertó en algo –tal vez en lo fundamental–, y erró en los detalles, quiero decir, en el *modo*. Lo que dije de Bossuet: hasta las cosas futuras que Dios nos ha revelado –y a Castellani le fueron reveladas cosas– ocurren de un modo distinto a como lo pensamos.

–A las cosas, pues –lo apuré–. ¿En qué se equivocó Castellani sobre lo del "fariseísmo en la Iglesia"?

–No se equivocó, en lo fundamental. Vio bien que un recrudecimiento del fariseísmo sería lo que corrompería a la Iglesia de los últimos tiempos, así como había sido el fermento de pudrición de la Sinagoga en la "sazón de los tiempos". A esto, hoy lo vemos, esto es así: el fariseísmo es el alma de la apostasía actual de los clérigos, es la "abominación desoladora". Y es, así, un signo, un signo parusíaco, porque está escrito...

–..."Cuando veáis la abominación de la desolación en el lugar santo..." –completé yo.

–Bien, ¡Bien! –aprobó mientras me devolvía el mate–. El fariseísmo es, hoy también, la "abominación de la desolación en el lugar santo". Pero... –marcó la pausa– el fariseísmo que cunde en la Iglesia actual no tiene nada que ver con el fariseísmo con el que lidió Cristo ... y Castellani.

–¿*Nada* que ver? –insté por mi parte.

–Digamos mejor: es *totalmente diferente*. Totalmente diferente en el *modo*; según su modo de ser, hasta puede decirse que es su opuesto. Y, sin embargo, sí, hay que reconocerlo, ambos fariseísmos *son* lo mismo, en su esencia.

Me pareció necesario aclarar:

–Si mal no recuerdo, Castellani dice algo así como que el fariseísmo es, esencialmente, el aprovechamiento de la religión en beneficio

propio, o el uso de la religión para la promoción personal o política de los hombres de Iglesia...

–Y eso es lo que es. Pero lo que ha hecho cambiar diametralmente al nuevo fariseísmo respecto del viejo es, sencillamente, que lo que promociona políticamente hoy a los hombres de Iglesia es diametralmente opuesto a lo que promocionaba antes. Las cosas que promocionan políticamente a los hombres de Iglesia, como a cualquier otro... ¿cuáles son, hoy? ¿Son, acaso, la fama de virtud, de ascetismos, de observancia, el legalismo, la oración y el ayuno? ¿Lo son las señales de dignidad y jerarquía, las túnicas y las filacterias? ¿Promocionan estas cosas, hoy, a alguien? ¿Son fuente de fama? ¿Sirven para hacerse admirar por los hombres del Mundo? ¿Son estas cosa, o más bien... cuáles?

Contesté lo que me pareció obvio:

–Diría que, precisamente, sus contrarias.

–Y dirías bien –confirmó–. Lo que da fama, lo que da predicamento y, por lo tanto, peso político, no es la ostentación de dignidad, sino de vulgaridad, no la sotana ni la capa pluvial, sino la camperita, los "jeans" y las ojotas... no , sin duda, el rigor sino el "amor", no el ascetismo sino la liviandad, no el legalismo sino la "conciencia", no el deber sino la tolerancia y el permisivismo...

–Los "nuevos curas"...

–Los nuevos curas, y los nuevos obispos, y arzobispos, y cardenales ... los ves, ¿los ves? –se enardecía Eliseo–: campechanos, desastrados, con sólo una crucecita para distinguirlos, en la solapa del *clergy*... o de la camperita.

–Yo siempre había pensado –acoté– que esa vulgaridad afectada no era más que una manera de eludir, nuestros "pastores", todo lo que los identifica como representantes de lo sacro, su voluntad de sacarse de encima ese pesado fardo. Según vos, no sería eso...

–Es eso, *también*, sin duda. Y bajo ese aspecto forma parte del proceso general de apostasía y desacralización. Ese es su lado negativo, digamos, la *pars destruens*, pero la cosa tiene otro sentido, ade-

más. Un sentido afirmativo y constructivo, es decir, promocional. Se promocionan con eso, logran audiencia... ¿qué fueron las "misas de la juventud", con ejecutantes rockeros? ¿Qué es la barahúnda de la liturgia guitarrera? ¿Qué, sino propaganda y búsqueda de "rating"?

Aunque original, la teoría de mi mentor sobre el nuevo fariseísmo, me pareció que se quedaba corta, comparada con la de Castellani. Con mucho respeto –sólo más tarde llegué a conocer su acendrada modestia– se lo manifesté:

–De acuerdo, Eliseo, pero me parece... ¿me perdonás?, un poco superficial, como caracterización del fariseísmo.

–Es cierto –me contestó– tenés razón. Lo que te digo es el ropaje, el atuendo exterior, la "figura", del nuevo fariseísmo. El "alma" es otra, y es lo grave, y es donde tiene asiento la "abominable desolación". Esta alma, este espíritu del nuevo fariseísmo es otra cosa. Es... "la corrupción de la Caridad". ¿Sabés lo que quiero decir?

–No...

–El viejo fariseísmo corrompió, pervirtió, la *ley*. Fue el legalismo, el rigorismo legalista. Esta es la marca característica del viejo fariseísmo, y esto lo que se entiende, todavía hoy, por él: por los que *no* entienden. Porque este nuevo fariseísmo de hoy, ni habla de la ley, reniega, en realidad, de la ley. Lo que propala en forma corrompida, es la Caridad. La Caridad corrompida... es el "fraternalismo", el falso amor horizontalista "a todos los hombres". Aquí está el fondo de la diferencia entre el nuevo fariseísmo y el viejo. Pero este nuevo es tan fariseísmo como el viejo. Y es peor, muchísimo peor, porque lo que ha corrompido el actual es la Caridad, y la Caridad es infinitamente mejor que la Ley.

–Entiendo, sí –le dije–, creo que te entiendo. Entiendo por qué me sublevan tanto las homilías "a puro amor" de los curas. Ese no decir nada, nada de lo importante, nada de doctrina, esa ... baba.

–Y, bueno, es que tenés el "sentido de la Fe", es que intuís la tremenda apostasía. Por eso te sublevan. Pero el fondo teológico, es el que te digo: la corrupción, la mundanización de la Caridad. Y esto,

si entendemos lo que la Caridad significa, es un espanto. Es... abominable; y es lo que ha "desolado" a la Iglesia actual. Es la "abominable desolación... *en el lugar santo*". Sabés que la otra versión dice "en el lugar donde *no debe*"... bueno, es eso. Porque esa sustitución de la Caridad verdadera puede estar en el Mundo (en el Mundo estaba), pero no en la Iglesia.

–Y esto es –insistí– fariseísmo, para vos...

–Es fariseísmo, sí, fariseísmo en su esencia. Es el fariseísmo como lo hemos definido: el intento de valerse de la religión, pero adaptado al Mundo de hoy.

–Y esta "Caridad corrompida"... ¿esto es lo que promociona políticamente hoy a los hombres de Iglesia?

–¿Y qué te parece? ¿Bajo qué caracterización es reconocida hoy la Iglesia, reconocida como una institución *respetable*? ¿No has leído, en los diarios, en qué se basa la buena reputación de la Iglesia argentina, a la que colocan, en el "ranking", por encima de los sindicatos y los políticos, hasta por encima de los periodistas y de la prensa? No es, sin duda, como "maestra de Fe y de costumbres", que por otra parte no lo es hoy tampoco. ¿En qué, en qué? Te dejo la palabra...

–Bueno, has guiado mi respuesta, pero es obvia: la respetan como agente de "concordia", como predicadora de la solidaridad y el fraternalismo, como sociedad de beneficencia: "Cáritas", la "Mesa del Diálogo"...

–Tú lo has dicho –dijo animado–. Ésa es la Iglesia con buena prensa, ésa es la Iglesia con acogida social, ésa es la Iglesia reconocida, y a la que se le dará entrada en el Nuevo Mundo Unificado. Y se le reconocerá un lugar honorífico, un lugar preferencial. Ella coronará, así, espiritualmente, el nuevo proyecto mundialista, el Estado Mundial... del Anticristo. Obviamente, es ésa la figura de la Iglesia que alientan los nuevos fariseos. Pero... –me devolvió el mate haciendo una mueca de asco– ¡este mate está abominable, de lavado!

Se dio vuelta hacia la casa:

–¡Urbanaaaa....!

Salió la mulata refregándose las manos en el repasador. Era imposible no regocijarse al mirarla: un rostro jovial, de ancha sonrisa, típico exponente de la raza.

–¿Señor...?

–A ver si nos ensilla este mate. Ya no se puede tragar.

–Van a quedar verdes de tomar mate, ustedes...

–"Panza–verdes" –intervine–. ¿No es así como nos llaman, a los entrerrianos?

–Pero sabrás –me corrigió– que no es por el vicio del mate...

–Siempre creí que era por eso...

–No –añadió–. Es por las infanterías entrerrianas, no sé si de Urquiza o López Jordán. El uniforme era con una especie de delantal blanco adelante, que quedaba verde con los cuerpo-a-tierra, en los trebolares que antes cubrían la provincia.

–Mirá vos... siempre se aprende algo nuevo –dije distraídamente (me interesaba la continuación de la frase inconclusa sobre los fariseos).

–Pero... ¿en qué estábamos? Ah, sí: en la palabra "fariseo". Por más que sea como te he dicho, que los fariseos de hoy, los verdaderos fariseos, no se parecen nada a los de antes, es claro: resulta difícil cambiar la sugestión de la palabra. Para todo el mundo, "fariseo" sigue aludiendo al hombre rigorista, observante, legalista. Bajo esa significación, los nuevos fariseos se la endilgan a los que hoy los contradicen: a los conservadores, a los "ultras", a los "integristas", a los que intentan todavía cumplir con la ley.

–Creo que te he entendido bien –le dije–, pese a que a mí me sea difícil, también, cambiar la sugestión de la palabra. Pero, ahora, decíme: ¿se acabó el viejo fariseísmo? ¿No queda, de todos modos, en la Iglesia, también fariseísmo del viejo cuño, vituperable por los mismos motivos? Castellani...

–Por su puesto –reconoció–, Castellani sufrió en carne propia al otro, al fariseísmo de viejo cuño que, sin duda, pervivió en la Iglesia en toda su historia. Que incluso, diría, arreció al final. Hacia el final...

antes de que apareciera este otro. Lo que Castellani no alcanzó a ver, fue este cambio, cambio de dirección del fariseísmo de siempre. Y no terminó de ver que, bajo este nuevo aspecto, sería el alma de la apostasía en la Iglesia. Sus Monseñores del "Movimiento Vital Católico", en *Dulcinea*, los "Panchampla" y los "Fleurette" son, más bien, del tipo fariseo convencional. El cura abominó, por supuesto, de la herejía progresista, pero no llegó a identificarla como expresión del nuevo fariseísmo. Demasiado había padecido por obra del viejo... Fue, en realidad, el Concilio, lo que cambió todo.

–O sea que ya hoy no queda en la Iglesia fariseísmo del viejo. Si el Concilio cambió todo...

–No me apures –contestó–, no he querido decir eso. Por lo pronto, quedan, sí, quedan en la Iglesia de hoy "bolsones" del fariseísmo a la antigua. Son, en cierto modo, prolongación de los vicios de la Iglesia pre-conciliar que, es claro, los tenía, tenía sus vicios.

–¿Te referís a los "lefebvristas"? –pregunté.

Meneó la cabeza, con aire cansino:

–No... no precisamente a ellos. Otros grupos... pero dejemos eso, porque tengo amigos entre ellos... De todos modos, el fariseísmo realmente peligroso, hoy, es el que te dije.

–No, no dejemos nada –lo atajé–. Mis amigos de Bella Vista me cargan siempre con sus prevenciones contra el legalismo y el formalismo vacío de esos grupos, a los cuales tachan de fariseísmo, según el sentido convencional de la palabra. ¿Qué se les contesta?.

–Ni te he negado que exista –me contestó– ni que sea muy malo, como fariseísmo que es. Pero acordáte de lo que dijimos. Ese no es el fariseísmo peligroso, hoy, *para la Iglesia*. Porque, de todos modos, estos no se promocionan en el Mundo con él, y, por lo tanto, no corrompen a la Iglesia con el mundanismo modernista. La cerrazón legalista que, con razón, se les achaca, puede representar un peligro para la religiosidad personal de sus miembros, pero no representa, ni por asomo, un peligro de corrupción y contaminación general. Sin duda: no es a ellos a quienes apoya el Mundo. Por otra parte, como te dije, la corrupción de la Caridad, en los fariseos de nuevo cuño, es infinitamente peor que la corrupción de la Ley de los fariseos antiguos, o de los actuales "a la antigua"... Es claro que a tus amigos se les puede reconocer esto: que si llegaran a "combinar" el nuevo fariseísmo con el viejo... quizás eso sería la corrupción del cristianismo acorde con el Anticristo.

–¿Un fariseísmo duro con uno "light"? –pregunté.

–Sí, claro, pero sobretodo: corrupción de la Caridad *más* corrupción de la Ley... una mezcla explosiva. Quizás la versión eclesiástica de la que podría ser la amalgama inverosímil del Anticristo: la "anomía", que es la desaparición de toda Ley, con una tiranía despiadadamente legalista.

–Era la primera vez que mencionaba el tema éste, de la "tiranía ánoma", o "sin ley". Me picó la curiosidad:

–¿La "cuadratura del círculo", por decir así...?

–Sí, pero no te creas. Algo así parece estar diseñándose, aunque parezca contradictorio. Pero, no sé... no sé, no veo todavía cómo se puede dar eso. No veo, precisamente, su *figura*.

–¿Pero que será, será? ¿No ves el cómo? –le pregunté, recordando su distinción anterior.

–Y bueno, sí, tenés razón. Pero no quiero hacer conjeturas imaginarias sobre el Hecho: *"hypotheses non fingo"*...

Apoyándose sobre las rodillas, se incorporó. No insistí: Eliseo no quería, por lo visto, ahondar por ahora en el tema. Y el segundo mate estaba ya tan lavado como el primero...

III

UNA VUELTA A CABALLO...Y OTRAS COSAS

Promediaba la mañana, y Eliseo me había prometido dar una vuelta a caballo, la primera de mi estadía por sus pagos. Se lo recordé.

–¿Vamos?

–Vamos. Eusebio –Eusebio era el peón– ya ha de tener los caballos ensillados.

–¿Me hiciste ensillar el mío?

–No. ¿Qué vas a hacer por el monte con tus mestizos "poleros"? Porque ¿son de polo, no?

En el fondo, y para su mentalidad criolla, me hacía una concesión llamándolos mestizos. En realidad eran puros.

–El tostado es de polo, no el tordillo que traje de tiro.

–Bueno, de todos modos no te sirven acá, con esa alzada. Para el monte, mucho mejor mis criollos.

Se oía el silbido de Eusebio detrás del tingladito que le servía de caballeriza.

–¡Eusebio! ¿Qué le ensillaste al amigo?

–La lobuna, don Eliseo.

–Vas a probar mi crédito... ¿vamos?

Montamos. De entrada, nomás, pude confirmar la excelencia de la lobuna. Esperó quieta a que la montara, y apenas la toqué con los talones, largó un galope parejo, corto pero levantado. Respondía a la perfección la presión de las piernas; se la hubiera podido andar sin freno ni cabezada. Se lo dije a Eliseo.

–Parece hecha para polo.

–¿Y que te habías pensado? Es de la cría de acá, de la que empezó el viejo mi padre. Criollos casi puros, con algunas gotas de mestizaje. Lo mejor, lo mejor para el trabajo con la hacienda, sobretodo en el monte. Mirá, hacéla viborear entre esos espinillos, hacéle hacer "slalom", veo que te entendés con ella.

La espoleé. Había empezado el monte ralo, con espinillos y algunas palmas y pencas. Efectivamente, la yegua era una bicicleta: a cada volcada cambiaba perfectamente de mano y pata, prácticamente sin tocarla, con sólo inclinar el cuerpo.

Pegué la vuelta. Eliseo me miraba con su cara socarrona, visiblemente encantado.

–¿Qué te parece?

–Te lo digo: no desmerecería en Palermo.

–Te la vendo para Palermo... ¿5.000 dólares?

–Estás desactualizado, Eliseo. Mucho más, si te la juega algún crack.

Entre chistes y comentarios, entramos al monte. Pusimos los caballos al galope y repetí la experiencia, ahora en el monte más tupido. Era un placer. Le grité a Eliseo, exultante:

–¡Qué deporte ni qué ocho cuartos! Esto es vida, esto es verdadero placer físico. Esta consonancia entre el hombre y la bestia domesticada. ¡Es como el placer del baile, de un vals con una mujer que te siga bien!

–Salvando lo de "bestia domesticada", ¿no?

–Bueno, según... salvando lo de "domesticada". Mi primo Pancho me decía, en cambio –bailaba muy mal– que el placer de dirigir a un

buen caballo es parecido al placer de timonear un buen velero en la tormenta.

–Lo comprendo, aunque nunca he timoneado. Pero ha de ser un verdadero placer ese sentirse dominando, por la inteligencia y el coraje, a las fuerzas de la naturaleza. Como un reflejo del dominio perdido por Adán, ¿no te parece?

–Me recordás a Lewis...

–Sí, en *El Gran Divorcio*. El episodio del fantasma y el lagarto, convertido en brioso corcel. A eso te referís, ¿no? "...eso sí que era andar a caballo...". Pocas veces he leído algo tan profundamente bello, humano y cristiano, jubiloso: la recuperación del dominio real del hombre sobre la naturaleza. Y el himno de todas las cosas, ensalzando a su señor, ¿te acordás?: "Dijo el Señor a mi señor...". Eso, el paraíso recuperado, y no el horror que estamos viviendo.

–¿Por qué relacionar las dos cosas –acoté–: la "naturaleza regenerada" y "el horror que vivimos"? El horror que vivimos, ¿no es más bien el horror en la vida urbana y humana, en la vida moral?

–No. La naturaleza entera está viviendo el horror, que de la prevaricación humana se ha volcado sobre ella. La tecnología moderna está destruyendo la Tierra. Hasta ellos, los destructores, se dan cuenta.

Le opuse una compañía incómoda:

–Lo dicen también los ecologistas. Y los ecologistas...

–Los ecologistas son unos imbéciles, y están en el juego. Como tantos otros casos en la cultura moderna, el ecologismo fue una reacción válida, pero rápidamente reconducida a la línea: como el romanticismo, como el socialismo... Reacciones contra efectos no deseados de la evolución, pero reacciones que no revisan las causas y, entonces, son hechas servir a la línea general.

–Sí. El ecologismo me parece excusa para las peores aberraciones. El culto de la madre tierra, "new-age", la defensa de los osos y las ballenas, sin una palabra para los abortados y los "eutanasiados"...

–Por supuesto, sirven al proceso. Pero, ¡ojo!, fue una reacción válida al principio ... En algún momento, llegué a esperar que atacaran a las causas, a las causas de la destrucción del orden natural.

–¿Cuáles?

–¿No lo ves? Mientras siga en libre curso el apetito de crecimiento capitalista, el espíritu de lucro, el *lucrum rabies*... no hay retorno en el proceso de destrucción de la naturaleza, por más paños fríos que le pongan. El *lucrum rabies*, como vio Santo Tomás, es infinito. Lo que no podía ver es su efecto desastroso, por el servicio que le presta su instrumento moderno, la ciencia-tecnología divorciada de la Sabiduría. Esto ya no es aprovechamiento, esto es violación, es el estupro de la naturaleza... para sacarle el jugo hasta el final.

Di una bocanada al cigarrillo que acababa de prender, y comenté, suficiente:

–¿La "ciencia del bien y del mal"?

–Sí, por ahí va la cosa. La ciencia *para* el bien y *para* el mal. Sin Sabiduría, sólo para el mal. Es satánico, está clarito. Con esta ciencia, el hombre busca sustituirse a Dios. ¿Orden natural? ¡Pamplinas! ¡Pamplinas escolásticas! Al Orden lo vamos a poner nosotros, el Mundo está mal hecho. Si Dios existe, ¡Dios fue un pésimo ingeniero!

–Por tu tono, parece que lo dijo alguien, ¿quién?

–Jacob, un biólogo Premio Nobel. Lo leí hace tiempo en "La Nación".

Habíamos entrado en el monte más espeso. La chacra de Eliseo tenía una prolongación que la hacía llegar hasta el Gualeguay. Aquí ya era monte "en galería", con árboles de porte mayor, y un sotobosque que dificultaba la marcha.

–¡Pero qué maravilla, Eliseo! No esperaba encontrarme algo así en mi provincia. Lapachos, Virá-Pitá –yo alardeo de conocedor de árboles–... un "Cedrela", ¿qué hace acá?

–No lo creas, hay trampa. Estos los plantó mi padre. Por supuesto, no son indígenas.

–Pues lo parecen, por el porte.

–Ahí está la cosa. No se trata de abdicar de la razón humana, y de la modificación de la naturaleza. Hay una tecnología sabia, que modifica la naturaleza, inspirándose en ella, *ars imitatur naturam*. Dios no nos ha mandado que dejemos todo como está. Estos están naturalizados, adaptados. Y además –aquí afloró su vena estética–, no chocan con el paisaje nativo.

Le objeté con la misma dificultad que a mí me habían puesto, sosteniendo una postura semejante:

–¿Y dónde está el límite? Te lo pregunto porque me han planteado el problema. ¿Dónde está el límite entre una tecnología respetuosa del orden natural y una violatoria o "estuprosa", como decís?

–A veces es difícil contestar a la pregunta. Suele ser cuestión de prudencia: hasta dónde podemos alterar la naturaleza. Pero el tema de fondo no es tanto el "dónde", dónde está el límite que no se debe traspasar, sino el reconocimiento de que *hay* un límite. En algunos caso es claro: los cruzamientos de la fitotecnia o zootecnia tradicionales, que combinan y manejan lo que hay, son legítimos y convenientes, porque no alteran el tesoro genético de las especies. La ingeniería genética y la clonación, son perversos. Para estos aprendices de brujo no hay límites.

–¿ Y adónde va a llegar esto?

–Te lo he dicho: no hay límites. O, mejor dicho, no hay fondo. El proceso de corrupción no tiene fondo. Este mundo va a su perdición. Y arrastrará en su caída a la naturaleza entera.

–¿El Fin, entonces? ¿El Fin de la tierra que conocemos?

–Esta Tierra tiene que morir, y nosotros, los que verdaderamente la amamos, vamos a sufrir más que los otros, los que la tienen sólo como "la casa del hombre". Sólo por eso afectan protegerla, sólo cuidan su propio pellejo. No la aman, ni siquiera los ecologistas. No se puede amar de verdad sino a lo que se reconoce como obra de Dios. Pero, descuidate, ¡ojo al signo!: "Vengo a destruir a los que destruyen la Tierra", dice el Apocalipsis. Cristo vuelve, a salvar la

naturaleza entera. Nosotros, los "apocalípticos", esperamos esto. *No somos* "negativos". La negación de la negación es una afirmación. Queremos la regeneración, pero ésta no será por mano de hombre. La naturaleza será *destruida* por el hombre. Sólo Cristo Adveniente la resucitará. Pero no resucita sino lo que muere.

–Lewis, de nuevo...

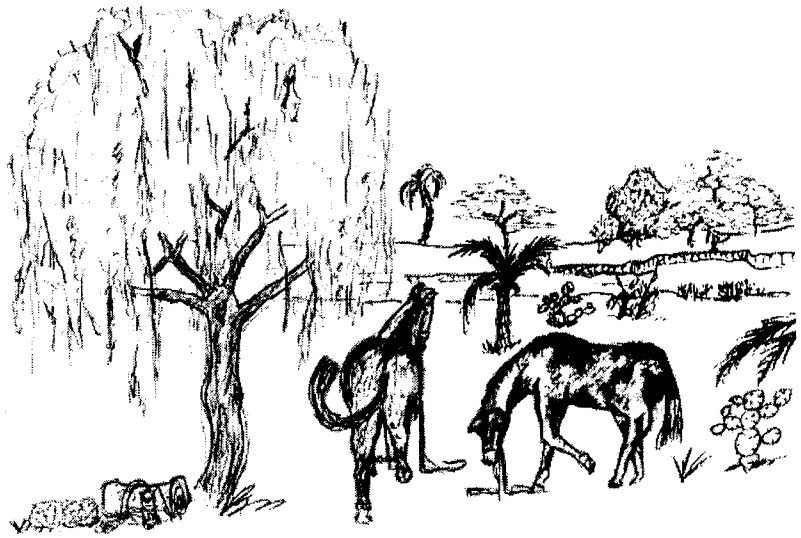
–Sí. Lo dice en forma eximia. Hay que matar al "lagarto", para que resucite "brioso corcel". El lagarto es la naturaleza corrompida por el Pecado. El brioso corcel es la naturaleza muerta y regenerada.

–Está bien. Pero una cosa es matarla en nosotros, mortificarla... como parece decir Lewis... El "lagarto" es la lujuria.

–Es cierto. Nuestra naturaleza, humana, está corrompida por nosotros, y forma parte de nuestro yo pecador. Por eso tenemos que mortificarla. Cuando mortificamos a nuestro cuerpo, en realidad estamos mortificando a nuestro yo pecador. Pero la naturaleza exterior es inocente, ha sufrido "de rebote" los efectos del pecado. Ella no puede mortificarse a sí misma, ni tendría sentido que lo hiciera. Es el largo brazo del hombre moderno el que la mata. Y por eso resucitará: los beneficios de la resurrección de Cristo la alcanzarán gracias a... a esa muerte inducida por el Hombre de Pecado. Ella también podrá decir, de este horror que decíamos, "¡Oh felix culpa!".

No sé de dónde sacaba esta interpretación de las postrimerías de la naturaleza. No de Santo Tomás, por cierto, para quien –hasta donde yo sé– la regeneración de todas las cosas no alcanzaría a los seres del mundo sub-lunar, sujetos a generación y corrupción, sino sólo a los elementos, dando así un "paisaje" del mundo de los resucitados casi "mineral". La interpretación ésta de Eliseo, en cambio, remitía más bien a la descripción de Lewis. Desde luego, me gustaba mucho más. Pero, ¿quién puede saberlo con certeza? De nuevo –como había dicho Eliseo–: nos ha sido dado a conocer el *qué*: que nuestros cuerpos resucitarán; pero no el *cómo*: en este caso en compañía de qué seres.

Ese día se completó con un mate a las orillas del río (Eliseo cargaba siempre con su matera y un calentadorcito a kerosene en su recado). De vuelta a las casas, almorzamos un cordero al asador, que ya tenía preparado Eusebio cuando llegamos, y nos fuimos a dormir la siesta.



IV

LA ESPIRITUALIDAD DE ELISEO

En esa ocasión llegué a atisbar, sin habérmelo propuesto, la otra faceta de la personalidad de Eliseo. Me había intrigado que un hombre como él no manifestara, ni en sus conversaciones ni en sus actos, un ánimo "piadoso". Que era un hombre de fe, resultaba indubitable. Pero esta fe, y su riquísima doctrina teológica y profética, se manifestaba tan sólo en expresiones objetivas. No hablaba jamás de sus experiencias religiosas personales, ni las sugería en la conversación. Bien sé yo que ese contraste puede deberse a razones enteramente opuestas. Porque tanto se da en quienes no viven la fe que profesan como en quienes, viviéndola, no lo manifiestan por pudor espiritual. Por todo lo que sabía de él, era obvio que Eliseo no respondía al primer tipo. Era pudor de espíritu lo que lo retenía en la manifestación de su piedad. Pero es claro que también este pudor puede ser, en algunos casos, afectado; y mezclarse con el respeto humano: el de no querer aparecer como "piadosón". Y en éstos, el pudor se pasa de la raya, porque si bien es bueno "mantener oculto el secreto del rey", también es bueno "proclamar las obras de Dios", como dice el ángel de Tobías. Creo que Eliseo estaba en ese caso, y se lo podía colegir también de su formación nacionalista, tan susceptible para la confusión de planos entre lo religioso y lo terreno.

Sea lo que fuere, el episodio al que me refiero me confirmó en lo que suponía: que el viejo disimulaba la faceta mística de su personalidad. Salía yo de mi cuarto a la galería después de una buena siesta y, sin quererlo, miré de reojo a la ventana del baño de Eliseo. Estaba casi cerrada, pero por la hendija vi reflejada en el espejo su imagen. Estaba arrodillado, con la toalla anudada a la cintura. Se ve que se había bañado, o había pensado hacerlo antes de entrar en oración: la ducha estaba abierta. Ahora sí me detuve a observarlo, porque estaba absorto en la oración. Su cuerpo se inclinaba imperceptiblemente de a ratos, hasta casi tocar el piso con la cabeza; repentinamente se incorporaba, enhiesto el tronco con rigidez casi militar. Y volvía a inclinarse, punto por punto, hasta quedar postrado. No sé cuánto tiempo habría estado así, pero parecía haber sido bastante, porque mi siesta había sido larga, y creo que él no había dormido, a juzgar por el estado de su cama, que después vi, intacta.

Porque simulando no haber visto nada, me corrí hasta la puerta de su cuarto, abriéndola, y desde allí lo llamé. Tardó en contestarme, oí que cerraba la ducha, y me mintió:

–¡Me estaba sacando la modorra de la siesta!

Como dije, la cama estaba intacta, así que siesta no había habido. Le oculté celosamente, por supuesto, mi indiscreción, que me había hecho descubrir sus prácticas piadosas. Pero me quedé con el prurito. El prurito de conocer su pensamiento sobre el contraste aquél del Arcángel de Tobías: "Ocultar y al mismo tiempo revelar los secretos del rey", es decir, de sus inspiraciones en el alma.

Busqué la ocasión, que se me dio varios días después, hacia el final de mi estadía. Se me dio con motivo de las dificultades de sus prácticas litúrgicas. De la asistencia a Misa y participación en la Comunión. Fue precisamente un sábado, en que le manifesté mi intención de ir a Misa al día siguiente, y le pregunté qué posibilidades había, estando, como estábamos, a varios kilómetros de Sauce de Luna, y con sólo los caballos como medio de locomoción.

–Hay misa, sí, en Sauce de Luna, los domingos a las once, pero...

–¿Pero?

–Pero te vas a encontrar con una aquelarre "progre"... el cura que nos mandan es siniestro. Y no es un jovenzuelo, sino un viejo. Estos, cuando están adaptados a la nueva liturgia, son peores que los nuevos. Conocen la vieja liturgia, y por eso la odian, tienen cola de paja... *odium theologicum*.

–No, no voy –respondí–. Estoy de acuerdo con vos. No creo violar el precepto por no concurrir a una misa de esas. Mi legalismo no llega a tanto. Pero, de todos modos, aunque para nosotros sea intolerable, si hay consagración, ¿no sería bueno asistir, aunque más no fuera para comulgar? Esta es mi postura en Buenos Aires, cuando no tengo una misa normal a tiro.

–Puede que tengas razón –me respondió malhumorado–. Pero con éste es dudoso que haya consagración y, por otra parte, es *demasiado* intolerable, aún cuando la hubiera, una pantomima como ésa, tan claramente opuesta al Misterio del altar.

Insistí:

–Pero, ¿no te parece que, de todos modos, es necesario que lo hagamos, que suframos esa tortura, para acompañar a Cristo en la ignominia, dado caso que estuviera?

–Es cierto, es cierto lo que decís. Lo mío es una debilidad, que espero no se me impute...

Ahí vi la ocasión de tirarle la lengua.

–Y, por otra parte, ¿cómo podés alimentar tu fe en estos tiempos, si no es con la Comunión?

–De tanto en tanto –siguió diciéndome–, me corro a la ermita de un monje amigo. Cierto, me queda a una jornada de caballo, pero cuando me siento apretado, lo hago. Un ex-benedictino, fray Gregorio, Gregorio Haacken, un ruso de Aldea María. Me quedo con él dos o tres días. Son mi "refrigerium". Lo asisto en sus misas tridentinas, y lo acompaño en la liturgia de las horas. Y charlamos... largo y tendido.

–¿Te pasa como a mí, a veces te aprieta, te aprieta el hambre?

–Fijate que sí –se me empezaba a franquear–, no me basta con la lectura, la lectura de la Palabra, necesito al Verbo hecho carne. No podemos vivir sin Él, en estos tiempos. Son, de a ratos, demasiado abrumadores.

–¿Y para vos es tan abrumador el Mundo... acá?

Ya se estaba haciendo de noche, y el chirriar de las chicharras, y la luna en creciente, y el lucero, y una brisa fresca del este que apenas movía las hojas de un roble en la semi-penumbra... extendí el brazo en un ademán abarcador...

–¿Acá...?

–Sí, no te engañes con la "paz de la naturaleza". Yo intento que no lo haga conmigo. Aunque viva aislado, leo los diarios, y no quiero que la paz del campo adormezca mi conciencia de persecución del Mundo. Estoy en guerra con el Mundo, perseguido por el Mundo... acá.

Atajé su dramatismo con un dejo de ironía:

–Perdoname, pero me lo aplico también a mí mismo, parece demasiado fácil. ¿Quién nos persigue? Si acaso interviniéramos en la vida pública, y dijéramos abiertamente lo que decimos entre nosotros, si hiciéramos política como todavía sostienen algunos católicos que debe hacerse...

–Desde luego que *no* debe hacerse. La vida política nos ha quedado vedada: por el Enemigo, y por el propio Cristo. Por el Enemigo, porque todo lo que hagamos o digamos redundaría en su provecho. Y por Cristo, por eso mismo: "No déis vuestras perlas a los chanchos, no sea que las pisoteen en el barro...".

–¿Entonces?

–Se acabó el tiempo de la difusión pública de la Verdad. Sólo queda... "el santo santifíquese más, el justo justifíquese más aún, el malo maléese más".

–Así, pues, ¿sólo vida interior, para enfrentar al Mundo, vida... contemplativa?

–Contemplativa y de la otra: lucha interior.

–¿Y esto suple por nuestro deber de apostolado?

–Nuestra vida interior –me contestó el viejo–, la contemplativa sobre todo, va a tener, cada vez más, una dimensión política. "El Reino de Dios está en medio de vosotros": hoy se cumple esta palabra, así.

–Entiendo lo que querés decir, pero ¿no ha sido siempre así? ¿No ha tenido siempre, en la Cristiandad, la vida monástica una repercusión política? ¿No pedía Santa Teresa que su oración contemplativa sirviera a la conversión de mahometanos y luteranos?

–Ambas vidas –aclaró–, la activa y la contemplativa, estaban separadas. La mística de Santa Teresa no remplazaba a los tercios de Flandes. Ahora es distinto, no hay más tercios de Flandes... ni verdadera mística teresiana, tampoco.

–Bueno, pero que deban reunirse ambas vidas en la misma persona no impide que se distingan, y que se den en distintos tiempos. Desde siempre, la contemplación debería ser el alimento de la acción.

–Sí, no, pero es más, es más que eso. Creo que cada vez más, más hacia el Fin, más hacia la Venida de Cristo, nuestra vida interior va a tener que avanzar sobre nuestra vida activa. Pero no va a anular a esta última. Es en este sentido que te he dicho que tendrá una dimensión política: la *vita activa* será asumida por la *vita contemplativa*.

Le pregunté, por mi parte, para... embromarlo:

–¿Y qué?, ¿saldremos a las plazas, como los predicadores evangelistas y carismáticos?

–No digas pavadas –usó otro término–. No es eso, no, es...

Me di cuenta que entraba en el terreno, para él vedado, de su propia vida interior. Por eso, lo animé a que siguiera:

–Es... ¿qué?

–Es que lo que pasa hoy en nuestra vida interior está directamente ligado a lo que estamos viendo ocurrir en el Mundo. Como te dije el

otro día. Nuestras tribulaciones personales son inescindibles de las del ancho Mundo. A mí me asedian, como a cualquiera, mis demonios interiores. Los siete demonios que expulsó Cristo de la Magdalena... los vicios capitales. Y no creas que porque soy viejo me han abandonado algunos... No, los *siete*.

–Sí, claro, como a cualquiera, siempre.

–Como a cualquiera siempre, sí. Pero ahora esa lucha tiene una dimensión *política*, universal. Los demonios nos llegan de afuera, de la atmósfera que respiramos; están inducidos en nosotros por una propaganda global. Forman parte de un proyecto de corrupción generalizada. Y, por lo mismo, el combate dentro de nosotros es de la misma especie, es político. No nos negamos a la sugestión diabólica sólo por salvar nuestras almas. Nos negamos, sabiendo que con eso nos negamos al Mundo. Nos negamos a esto que está haciendo estragos en el Mundo. Nos negamos diciendo, en el fondo: "por mí que no quede, ¡no pasarán!". Y, al hacerlo, hacemos honor a Jesucristo y a Su Reino. Lo hacemos por *lealtad* a Él, deshonrado por el Mundo. Le somos leales cuando vencemos, en nosotros, la incredulidad, cuando vencemos nuestra avaricia y nuestra acedia, todas cosas aumentadas a niveles inauditos por el aparato de seducción del Mundo moderno, por la Ciudad del Anticristo. Estos combates interiores adquieren, hoy, dimensión política; casi te diría, ideológica. *Tiene* un significado ideológico, hoy, vencer en nosotros hasta la tentación de la lujuria. Y no te lo pongo porque sea especialmente pacato a su respecto, sino porque es, de todos, el que más hinca en nuestra intimidad. Antes no era así: antes podías ser un buen nacionalista, y meterle cuernos a tu mujer, aunque Castellani se adelantó a reprochárselo a los nacionalistas. Hoy ya no: la castidad ha pasado a ser lealtad ideológica....

Se lo concedí. También a mí empezaban a chocarme algunos casos:

–Está claro. Pero, de nuevo: por un lado, parece demasiado fácil que la persecución del Mundo a los fieles "de la última hora" quede reducida a esto: a la lucha interior. Y, por otra parte, te insisto, ¿no

ha sido siempre así?, ¿no están íntimamente unidas las dos, la moral personal y la política?, ¿no dice Aristóteles que la Justicia legal, la virtud de la obediencia a las leyes de la Ciudad...?

–Sí..., que arrastra a las demás virtudes con ella... la función moralizadora del Estado. Bueno..., pero para que entiendas en qué está eso ahora, te voy a pasar algo que tengo escrito. Verás, si te parece bien, si es publicable en Buenos Aires. Respecto a lo de que te parece "demasiado fácil" la lucha que te digo, todo depende de cómo te afecte el Mundo en que vivimos. Por supuesto, no sos de los que "se hacen las gallinas distraídas", sos conciente del satanismo del Mundo actual. Pero son muchos los grados que van desde el reconocimiento teórico de que vivimos en la Ciudad del Anticristo, a sufrirlo, a padecerlo *con Cristo*. Yo..., yo creo que lo siento en carne propia... y te aseguro que *no* es fácil.

–Pero, ¿quedará en eso? –le pregunté, todavía esperanzado en que la persecución se redujera "sólo a eso".

–No sé... no creo, no creo –me desengañó–. Quizás cuando el Anticristo se manifieste. Todavía no se ha manifestado, no se ha manifestado ... *en persona*.

–¿Todavía lo retiene el Obstáculo, el *Katéjon*? –alardeé.

–El Katéjon ha saltado en mil pedazos, cualquiera que sea. No hay obstáculo alguno para su manifestación. En realidad..., no sé qué espera.

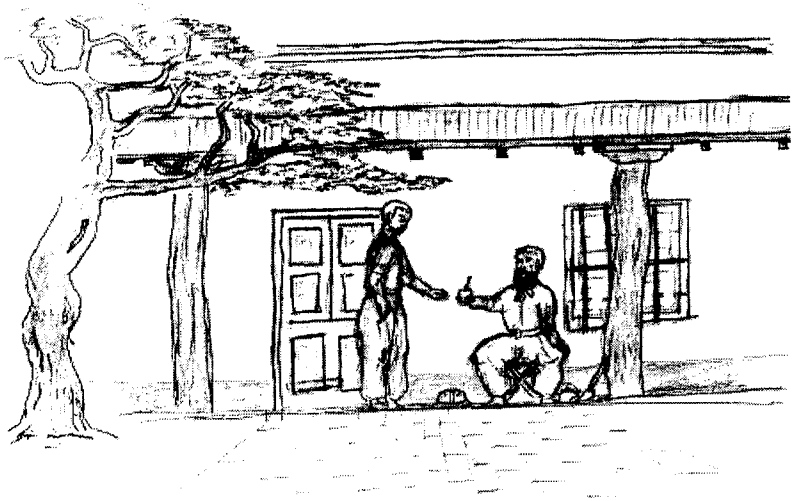
Se había hecho tarde, y Urbana nos anunció que la mesa estaba servida. De paso para el comedor, Eliseo se desvió a su escritorio, y después de hurgar un rato en los cajones, sacó una carpeta con papeles. Me la tendió mientras nos sentábamos:

–Tomá; el escrito que te había prometido. Leételo tranquilo en la cama. No es largo. No le puse título, pero podría ser algo así como "La Sociedad Anómica".

–¿"Anónima"?

–No, burro: "anómica", o "ánoma", *sin Ley*; por lo que decías sobre la Justicia legal.

–¿Y será también por el Anticristo, el *Ánomos* según San Juan?
–Sí, también... según San Pablo –me corrigió.



V

LA SOCIEDAD DE LA ANOMÍA

La sobremesa aquella fue bastante liviana. No incursionamos en filosofías, ni en teologías, ni en profecías. Charlamos sobre amigos comunes, vivos y muertos, y me divirtió con anécdotas de los viejos tiempos del nacionalismo y de sus exponentes más interesantes. Le conocía ya la vena humorística, pero su humor había sido siempre sobrio y socarrón, más bien irónico. Esta vez lo vi reír con toda la boca, y a carcajadas. Después de un buen rato, como a la una de la mañana, nos fuimos cada uno a su cuarto.

–No te olvides de mi artículo –me recordó–. A ver cómo está tu filosofía aristotélica. Supongo que no tendré que explicarte nada.

Me cambié, encendí la lámpara de la mesita de luz, dejé a un lado *Los Papeles de Benjamín Benavides*, que había sacado de su biblioteca, y que leía por enésima vez –en parte para no quedarme corto en las conversaciones "parusíacas"– y me acosté a leer su *Sociedad anómica* –o *anémica*, o *anónima*–. Hela aquí, tal como la hice reproducir días después en una fotocopiadora de Sauce de Luna.

* * *

"Los tiempos que estamos viviendo han visto una mutación fundamental en la sociedad mundana. Dicho escuetamente: ha caído la Ley, como marco de contención y de guía del *ethos* humano. Lo cual nos pone ante una constatación sobrecogedora: esta civilización parece ser, ya, el ámbito concordante con la manifestación del Anticristo. El suelo, o el *humus* de dónde él brotará. Porque éste es, en expresión de San Pablo, el *A-nomos*, el *hombre sin ley*.

Alguien podría objetar, quizás, lo primero: que la actual civilización sea *sin ley*. Porque todavía vigen leyes en ella, leyes de tránsito, leyes "de convivencia" y, sin duda, leyes económicas. Pero lo que he dicho es "caída de la ley como marco de contención y guía del ethos humano". Y ninguna de las leyes vigentes, como las mencionadas, miran a esto.

La Ley a la que me refiero es esta que, al decir de Santo Tomás, tiene por finalidad "hacer buenos a los hombres", leyes sin las cuales, al decir de Aristóteles, los hombres se vuelven peores que las bestias.

A este tipo de leyes, siempre las han preservado los Estados, aún cuando éstos –los Estados y sus leyes– hayan podido ser más o menos justos o injustos, *moralizadores* o *corruptores*. Eran leyes que se proponían corregir a los hombres y, es claro, los corregían según criterios más o menos acertados, según lo que se considerara *bueno* o *malo* para el hombre. Pero tenían por finalidad "hacer buenos a los hombres", claro, según los respectivos criterios. Eran, pues, "marcos de contención y guía del *ethos*", es decir, de la vida interior, volitiva, cognitiva y pasional, del hombre.

Por supuesto, ni Santo Tomás ni Aristóteles se engañaban respecto a esto. Para ellos, la Ley era sólo un *marco* –un marco exterior de contención y guía. No garantizaban que los hombres sometidos a ellas se hicieran, sólo por cumplirlas, más *buenos*. Porque la bondad –o la maldad– es una cualidad interior de la persona. Se requiere, para ello, "internalizar" la Ley, la Ley que es, de suyo, sólo un conjunto de preceptos "de justicia".

Siempre, digo, los Estados han mantenido al menos un *minimum* de este objetivo último, moralizador, de las leyes. Y esto es lo que

justifica, en última instancia, al Estado. Y este *minimum* procedía de la naturaleza misma de la Ley, no de sus contenidos. Porque estos, en ocasiones, prescribían lo malo.

Y es que la Ley tiene, *de suyo*, un efecto moralizador (teníamos que llegar a donde estamos para darnos cuenta de esto, acostumbrados como estábamos a protestar contra las malas leyes). Quien está sometido a la Ley se ve obligado a reprimir sus caprichos individuales. Choca con una valla que se opone a la expresión de su capricho. Y se ve obligado a obedecerla, porque la Ley es un *dictum*, una *palabra*, y la palabra es expresión de una *razón*. Cuando "damos nuestra palabra", ella nos ata, y del mismo modo la Ley, que es una *palabra* representativa del *todo*. Y por eso la Ley, aún como mero marco de convivencia, es moralizadora, y por eso lo es la convivencia política, es decir, *la convivencia según la Ley*. De nuevo, Aristóteles: "la mayoría de los hombres no obedece a los consejos, cuando éstos se oponen a su capricho, pero la Ley no es odiosa cuando prescribe lo justo, porque ella es la expresión de una peculiar prudencia y razón...".

Así, la Ley, aunque sea sólo un marco de conducta exterior, tiende a hacer buenos a los hombres. Porque los habitúa a la obediencia de su voluntad, a una "peculiar prudencia y razón". ¿Toda Ley?: "peor algunas, mejor las rectamente establecidas..." (de nuevo Aristóteles).

¿Qué tiene de particular la civilización en la que vivimos?

No es sólo una civilización *peor*, con peores leyes. Es una civilización que tiende a *eliminar* la Ley. A eliminar todo principio normativo exterior, coercitivo. Una civilización en la cual la Ley como tal, el mismo principio de legalidad, está siendo abrogado. Porque el espíritu que la anima ha propuesto la liberación total del capricho humano respecto de cualquier *dictum* que pretenda reprimirlo. Ése es su lema. Ése, el paradojal *principio de legitimidad* de esta civilización permisiva. Cualquier cosa antes de reprimir al individuo en sus deseos. Y las "leyes" que todavía se mantienen ofrecen la misma intencionalidad: "prohibido prohibir".

Con lo cual, el hombre se hace "hombre sin ley".

Y es San Pablo quien denomina al Anticristo "hombre sin Ley", *Anomos*. El pensamiento tradicional interpretó siempre esto del modo más obvio para él: "hombre sin Ley" = hombre "fuera de la Ley". Es decir, aquel tipo de hombre que no soporta la Ley, del mismo modo que no soporta la convivencia civilizada. Lo cual señala al "bandido", el asaltante de caminos, el *out law*. Pero no parece ser esto lo referido por el Apóstol como caracterización del Anticristo. Porque el "fuera de la Ley" es el que está fuera de la *civitas*, de la sociedad legal; y si el *Ánomos* de San Pablo es el Anticristo, la *Bestia* o la *Fiera*, esto no es bajo la figura del salvaje, porque el Anticristo es una figura *política*. Es el Soberano de la Ciudad "anti-crística", y es un Poder Perseguidor.

Esto indica, pues, una forma especial de *anomía*. No la *anomía* del que está fuera de la civilización, sino una *anomía* que se da en ella, en ella y por ella. Lo cual hubiera sido, para Aristóteles y Santo Tomás, una *contradictio in terminis*. Porque de esto se trata: de una *civilización - ánoma*.

Digo "civilización ánoma", con lo que he pasado imperceptiblemente de la caracterización de un sujeto –el Anomos–, a la de una sociedad –la sociedad ánoma–. Pero es que si el Anticristo ha de ser una persona y no sólo –como algunos exegetas, sin embargo, afirman– una sociedad, movimiento o ideología, es indudable que él, el Anticristo, se gestará a partir de una sociedad o ideología que lo segregue, y a la que represente. La sociedad o civilización ánoma ha de producir al Ánomos, y el Ánomos representará y –probablemente– regirá, una sociedad ánoma.

Por eso dije al principio: esta civilización parece ser el *humus* del que germinará el Anticristo.

En cierto modo, con esto estoy diciendo, también, que el hombre de nuestra civilización pos-moderna es, ya, el hombre-anticristo. Los "anticristos" son, hoy, legión. Los "anticristos" pululan. El *tipo* del hombre actual, el que se expresa a través de la "opinión pública" es, ya, "anticristo", porque es Ánomos.

Y este Anticristo –sea uno o sean muchos, sea individual o genérico– es, además, en expresión del mismo Apóstol, el *Hombre de Pecado*.

Atención, también, a esta expresión. Porque ella dice mucho más que "hombre pecador", que "hombre muy pecador", "perversamente pecador".

La expresión "Hombre de Pecado" parece apuntar a otra cosa. Parece haber aquí un diferencia substancial. Por lo pronto, en "hombre pecador", el pecado, por grande que sea, permanece adventicio, accidental, inhiere en la substancia del hombre. Hombre-de-Pecado, en cambio, parece apuntar a una radicalización tal del Pecado en el Hombre, que acaba por consubstanciarse con él. Es el Hombre "todo Pecado", hecho uno con el Pecado (y acá recuerdo el tema de Lewis en *El Gran Divorcio*: la diferencia está entre una "mujer protestona" y la que se convierte en "protesta").

Y esto, y esto ... tiene para nosotros, también, una resonancia alertadora. ¿Sonará escandaloso decirlo? Cristo, nuestro Salvador, Cristo el Justo y el Santo, también en expresión de San Pablo, ... *se hizo Pecado*.

Salvado el primer choque de lo que parece blasfemia, veamos. Si, como dice Newman, "el Anticristo se parecerá a Cristo", esto de-be entenderse como de los "opuestos contrarios", que pertenecen al mismo género, siendo el uno la negación *del* otro. Y aquí la oposición da esto: Cristo "se hace Pecado" para matar en su carne al Pecado. Se somete enteramente a la Ley para anular la "sentencia de condenación". Es decir, se somete a la Pena Debida, haciéndose obediente hasta la muerte. Él, el Inocente, el Justo. Este *otro* hombre del que ahora hablamos, este "A-nomos", se hace todo Pecado, porque rechaza toda Ley. Porque abrogada la Ley, se da libre curso al Pecado. No hay valla alguna que lo frene. En oposición a Cristo, que revirtió la desobediencia de Adán con una obediencia hasta la muerte, éste lleva al extremo la desobediencia de Adán. No queda, en este "nuevo Adán" al revés, espacio alguno para el arrepentimiento como le quedaba al primero, que tuvo conciencia de la violación de la Ley, y te-

mor por ello. Este otro se hace "todo Pecado", todo él Iniquidad. No es el "hombre pecador", es el Hombre-de-Pecado.

Y ahora va: este es el Hombre que está siendo gestado por nuestra civilización "anómica". No se parece a ninguno de épocas anteriores, por malo que fuera. Porque aún en el colmo de la perversión, siempre estuvo el *dictum* de alguna Ley para recordarle "esto debes – esto no debes". Para recordarle su sujeción, la sujeción propia de un ser dependiente y falible. Porque a esta dependencia se la recordaba aún la Ley civil, la Ley del Estado. Que podía ser más o menos buena, más o menos justa, pero que estaba allí para recordarle al hombre "hay cosas justas e injustas". (La advertencia que hiciera Pío XII: "lo peor de estos tiempos es que se está perdiendo conciencia del Pecado", puede entenderse bajo esta nueva perspectiva. El hombre que es "todo Pecado" no puede tener conciencia del Pecado. Porque para tenerla se requiere que haya distinción entre él y el Pecado).

Y esto era el *mínimum* imprescindible para todo mejoramiento humano. Y por eso la Tradición reconoció que siempre hay "algo" de justicia en la obediencia a las leyes. Lo llamó el *iustum secundum quid*, una "cierta" justicia. Era como un vestigio de justicia y regeneración, remanente después del Pecado y ligado a la naturaleza política del hombre.

Y a este "justo" se lo llamó también "lo justo legal", lo justo según la Ley. Lo cual, si bien no es siempre lo justo *absolute*, tiene, sin embargo, una cualidad imponderable: que –lo dice Aristóteles– "arrastra a las demás virtudes consigo". Porque es la Ley la que lleva a hacer actos de valor en la guerra; y la que obliga a actos de continencia, penando el adulterio, etc. Y estos actos, aunque sean *exteriores*, como actos de justicia que son, predisponen para la adquisición de los hábitos respectivos, que son *virtudes*: virtud del coraje, virtud de la castidad. Predisponen, no los crean. El *ethos* interior del hombre es su responsabilidad. Es del resorte de la propia voluntad. Cuando un Aristóteles o un Santo Tomás dicen que el fin de la Ley es "hacer buenos a los hombres", dicen sólo eso: que ése es el fin de la Ley, la *intención* de la Ley. Porque la verdadera bondad o

maldad del hombre son la de su "yo" interior. Y de él dependen en última instancia.

De lo dicho resulta: que la Ley crea un espacio *exterior* de justicia, aunque no garantiza la bondad moral, que es interior, del ser humano. Y esto, además: que la *distinción* de estos dos "espacios" queda preservada, también, por la existencia de la Ley. La Ley premiaba, o castigaba, las acciones exteriores de los hombres, no pretendía llegar más lejos. Porque no *podía* llegar más lejos. Sólo inducía, *podía* inducir, al mejoramiento del *ethos* interior del hombre. Lo cual estaba ligado a su condición de *dictum*, o *palabra*. Porque la palabra es una manifestación social, exterior, del propio interior del hombre.

Por mucho que se diga sobre el despotismo de los regímenes convencionales, nunca se les podrá achacar el haber pretendido forzar la interioridad personal. "Al rey la hacienda y la vida se han de dar, pero el honor es patrimonio del alma, y el alma es de Dios...". Ningún régimen, por tiránico que fuera, podía penetrar en el fuero íntimo. Lo retenía de ello, no ningún especial "respeto por la persona", sino una imposibilidad, dada en la realidad misma, en la realidad político-legal del hombre. Sólo hasta las acciones exteriores podía llegar el "dominio del hombre sobre el hombre". Sólo hasta el ámbito de las relaciones sociales, expresadas por la palabra.

Y, ahora, ¿qué?

Concédaseme, al menos como hipótesis (para mí no es una hipótesis, sino una certidumbre), que la Ley "como marco de contención y guía del *ethos* humano" ha quedado, o está a punto de quedar, abrogada en el ámbito de la convivencia civilizada. Que no hay Ley que pretenda, ni bien ni mal, "corregir" a los hombres, ya que se rechaza el sometimiento a cualquier ordenamiento exterior. ¿Quiere esto decir que la interioridad humana ha quedado librada "a la buena de Dios"?, o –como querría Rousseau– a la "naturaleza"? Una vez más, ¿es el "á-nomos" moderno el "fuera de la Ley", el "salvaje"? Sin duda que no. La anomía se da en el seno de la sociedad moderna, y es característica de un hombre "socializado". Ahora bien, el hombre socializado no pude quedar nunca "librado a sí mismo". Sería el

caos. La convivencia social exige, sin duda, algún tipo de dominación.

No. El hombre moderno no ha quedado "librado a sí mismo". Está mucho más dominado que el hombre de cualquier otras época. Sólo que el sistema de dominación no es *legal*. Es infinitamente más sutil y, también, infinitamente más radical que cualquier otro sistema de dominación conocido. Porque la abrogación de la Ley ha dejado libre el camino para el avasallamiento profundo de su interioridad. El nuevo sistema ha hecho desaparecer la separación de los dos "espacios" que dijimos. No es un sistema de coerción exterior, no de violentamiento ni de imposición. Es un sistema de *seducción*. Se insinúa en la interioridad del hombre por la sugestión. No suscita rebeldías, porque cuenta con la complicidad de lo peor del hombre: su inclinación egoísta al Pecado. Y lo hace con el formidable auxilio de los medios de sugestión que pone en sus manos la tecnología moderna.

Es la seducción del Pecado, que recaba la aquiescencia del hombre rebelde a la Ley. Y es el sistema de dominación predilecto del Demonio, el que usó con nuestros primeros padres. Que, sin embargo, conservaban la Ley: la conciencia del Mandato divino, de su violación. Y temieron. Y se avergonzaron. Vieron que estaban "desnudos".

¿Y ahora? Ahora *no hay* más Ley. Nuestros padres fueron "hombres pecadores". Tuvieron conciencia del Pecado. No fueron "hombres de Pecado". El Ánomos, el hombre sin Ley, no puede tener conciencia del Pecado, porque se ha hecho "todo Pecado".

Y, por la misma razón, no tiene conciencia de su interioridad. No *tiene* interioridad, "espacio" interior. El hombre moderno ha sido dado vuelta como un guante. Su intimidad ha quedado asolada, confundida con su vida pública. Los nuevos métodos de dominación han avasallado el fino fondo de su alma. La "opinión pública" es la opinión de "cada uno", sus mismas pasiones, sus amores y sus odios, sus esperanzas y sus temores ... todas ellas inducidas en él por el gran aparato de seducción de la sociedad "anómica", que reemplaza a las leyes como sistema de dominación.

Y el Pecado ha hecho presa en él: ha perdido toda conciencia del Pecado, porque no hay más ninguna Ley que se lo recuerde.

El *Á-nomos* es el *Hombre de Pecado*.

VI

EL PERFIL DEL "ÁNOMOS"

...Hasta aquí llegaba el manuscrito de Eliseo. Lo leí de un tirón, absorto; casi conteniendo la respiración. Su visión de la situación moral del hombre y la sociedad me pareció pavorosamente verídica. El autor la proponía sólo como hipótesis, pero a mi entender, los hechos la atestiguaban de un modo contundente.

Pero..., ¡Pucha! Si esto es así, ¿qué va a pasar?, ¿qué nos espera?..

De todos modos, tenía una objeción que hacerle, que se la espeté al día siguiente, nomás al desayuno:

–Tu artículo me impresionó profundamente. Creo que sí: hay que difundirlo, entre los amigos al menos. Creo que das en el clavo. Es tremendo, yo había barruntado algo así. Pero hay algo que no me cierra...

–No pretendo que cierre...

–Ya sé, pero hace a la cuestión de fondo. Lo que decís se aplica exactamente a la *cultura* en la que vivimos, pero como caracterización del *hombre*, creo que se le aplica sólo genéricamente. "Humanidad" ánoma, sí, pero, ¿y el hombre concreto? El hombre con el que nos cruzamos todos los días, éste o aquél ... ¿anticristos? Me cuesta aplicarles el mote. Y hay otra cuestión ligada a ésta, también sobre un hombre concreto: *el* Anticristo..., ¿así?, ¿uno como éstos?

–Tenés razón... –se quedó mirando, pensativo, por la ventana. Demoró un poco la respuesta–. Del Anticristo sólo he dicho que éste es el ambiente, el clima y el suelo, el *humus* de donde él brotará. De una humanidad "ánoma" y una humanidad de Pecado. *Los* anticristos que pululan... claro, pobres, no parecen Anticristos. Pero lo he escrito, es cierto. Corrijo: no *son* Anticristos, porque les falta el mínimo de *entidad*, de densidad moral, para serlo. Son... nada, o poco más que nada. ¿Te acordás de aquel relato formidable de Lewis...?

–Sí, ya sé a qué te referís: *El Brindis de Escrutopo*. Esa magnífica descripción moral del hombre moderno. No bueno para nada, ni para Santo ni para Perverso... ¿eso?

–Efectivamente. El hombre *light*, aparentemente incapaz para el Cielo o para el Infierno. Pero acordáte de la conclusión de Lewis: una situación óptima para la cosecha infernal. Por la cantidad, y también por la calidad. Porque hace prácticamente imposible la conversión, la reacción contra el Mal. Y, entonces –estoy pensando mientras te hablo–, si es situación óptima para el Diablo, lo es para el Anticristo. No "anticristos", pero sí súbditos del Anticristo. Este hombre *light* es el que *recibirá* al Anticristo. ¿Te acordás?: "Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibisteis. *Otro* vendrá en su propio nombre, y a ése lo recibiréis".

–¡Pará! ¿No lo dijo Cristo refiriéndose a los judíos?

–De los judíos ya hablaremos. Creo –como dice Castellani que dicen no sé quiénes–, creo que de ellos surgirá el Anticristo, y que buena parte de los judíos serán su séquito. Pero lo que importa ahora es esto: el Anticristo será *recibido* porque no vendrá en nombre del Padre, sino en su propio nombre. Y esto quiere decir, me parece, en nombre *del Hombre*. Hoy ningún hombre está dispuesto a aceptar ningún poder superior, ningún poder "venido de lo Alto". El Anticristo les dará, precisamente, esto: la presunción de que no están sometidos a ningún poder superior, que se están obedeciendo sólo a sí mismos, a su capricho... cuando, en realidad, son los más rendidos esclavos del poder que los somete. El Anticristo vendrá "en nombre del Hombre", del hombre "ánomos", convenciendo a cada uno de

que es libre, libérrimo, que "hace la suya", como dicen los jóvenes de ahora. Y esto, ¿con qué? Precisamente, con la "anomía". ¿Conduciendo a qué? Al Pecado. Porque, como dice San Pablo, "el que se libera de la Ley, se hace siervo del Pecado".

–Bueno, pero... y el Anticristo, el Anticristo *en serio*, ¿cómo será?, ¿será como uno de estos?, ¿será *light*? Te prevengo que, en cierto modo, preferiría que lo fuera... por lo que a nosotros nos va a tocar.

–No creo que vaya a ser *light*... aunque tampoco veo cómo pueda ser *hard*. No veo, no veo, no *lo* ve de ninguna manera... –meneaba la cabeza, mirando al piso.

–Y, sin embargo –aventuré yo–, diría que esta humanidad *light*, esta "papilla", como dice Escrutopo, está pidiendo a gritos ser dominada por alguien. Parece material óptimo para ser dominada, si alguien la quiere dominar... no se va a rebelar. *Puede* aparecer un dominador "duro", ¿o no?

–No digo que no. Lo que pasa es que no veo que haga falta. El sistema de dominación camina maravillosamente así, cualquiera que sea el que lo regentea. Camina, camina, camina como sistema *light*: sin imposiciones, sin coacción, sin violencia. Sobre todo, sin liderazgos. De todos modos, el hombre *light* hace, *ya* hace, lo que se pretende de él.

–Pero que puede, puede, ¿no? Puede aparecer un dominador duro. Un "Nerón"... o un "Stalin".

–Sí. Como bien has dicho, esto nos interesa sobremanera... por lo que a nosotros nos va a tocar. Nos interesa saber si la actual "dicta-blanda" se puede transformar en "dicta-dura".

Puse cara inquisitiva.

–¿Y eso? No conocía la expresión.

–Porque sos joven. La usábamos los nacionalistas ante los golpes militares. Estos fueron todos complacientes con el sistema, pese a lo que se haya dicho después sobre su despotismo. Ninguno de ello atacó en serio al sistema. Eran sólo reparadores del desorden democrático, al que siempre prometían retorno: el "retorno a las institucio-

nes". Los llamábamos "dicta-blandas". Nosotros queríamos la "dictadura". Claro, ahora sería distinto...

* * *

Estalló un trueno tremendo, que hizo temblar los vidrios. Absortos en la charla, ni siquiera habíamos notado el oscurecimiento del ambiente en que estábamos. Eliseo se apresuró a atrancar las ventanas. Del sud-oeste avanzaba rapidísimo un frente de tormenta de un color negro-plomizo, que metía miedo. La naturaleza acompañaba el tenor de nuestra conversación. Se había puesto "apocalíptica".

–Menos mal que no tengo agricultura –comentó–. Los "sojeros" la van a pasar mal. Últimamente han menudeado las granizadas. Y esto es piedra grande...

–¿Los "almacenes de granizo", que Dios tiene guardado para el día de su cólera?

–Y, mirá ... no soy dado a esas interpretaciones de los signos meteorológicos. Como dice Castellani, me basta con los humanos: los "terremotos de Buenos Aires". Pero, "aunque no creo en la brujas, que las hay las hay". Algo parece estar ocurriendo en la "región de los aires".

Efectivamente, el meteoro parecía importante. La oscuridad se hizo más pronunciada, hasta hacerse casi de noche. Lo que nunca, vi aparecer algunas estrellas al naciente, en la parte más oscura del cielo. Y eran las doce del mediodía. El tronar en las nubes era ya un fragor continuo; veíamos volar pájaros en forma desesperada. Salíamos a mirar el fenómeno desde la galería, cuando se descargó en todo su furor. Nunca había visto algo parecido: los poderes de la naturaleza, desatados.

–Nunca el ser humano llegará a controlar *esto*...

La fuerza del huracán era formidable. Vimos desgajarse de raíz una fila entera de eucaliptus, de la calle de un campo lindante. El parque de Eliseo era, casi todo él, por suerte, de algarrobos, talas y

ñandubays, de los que sólo volaron varias ramas. Los techos de chapa de la casa, y de la galería, protegidos por una alta carga, resistieron. Y, en seguida, llegó la pedrea... Algo corrida hacia el norte de la chacra de Eliseo, una línea nítida, gris claro pero que tapaba enteramente la visión como una cortina opaca, avanzaba lentamente en dirección nordeste. En donde nosotros estábamos sólo cayeron unas pocas piedras de tamaño normal. Sólo después supimos cómo había sido la tormenta de granizo, en su centro. Arrasó enteramente las quinientas hectáreas de soja de un campo vecino, propiedad de una empresa de Soros, no dejando más que el suelo pelado, y le destrozó varios galpones de chapas y silos. A Eliseo le mató tres ovejas y un ternero.

–Pobres sojeros... –dijo sin mucha convicción mi anfitrión–. Dios hace llover sobre buenos y sobre malos, pero a veces...

–La tormenta-tsunami duró cosa de quince minutos, nomás, pero parecieron una eternidad. Despejó tan rápido como había empezado. Brilló el sol a la distancia; donde había sido la pedrea, levantó un vaho brumoso, como de sublimación de hielo seco.

Retomamos la charla sobre el Anticristo...

* * *

–...¿En qué estábamos? Ah, sí: me planteabas si de esa sociedad "ánoma", tolerante, *light*, puede salir un dominador duro, un Nerón, un Stalin, un *Imperator*. Te decía que no lo veo, porque el hombre *light* ya hace lo que su dominador quiere, quienquiera que sea. A no ser que...

–¿Qué cosa?

–Mirá, creo que aquí deberíamos distinguir entre dos cosas. ¿Convenimos en que el hombre actual es "ánomos", o tiende a serlo?

–Convenimos en ello.

Se rió:

–Nuestra conversación se está pareciendo a los Diálogos socráticos... Si convenimos en ello, habrá que distinguir, entonces, entre un "ánomos-súbdito" y un "ánomos-dominador, o jefe".

–Eso si es que el Anticristo se ha de manifestar como *un* jefe político.

–Tú lo has dicho. Es también mi posición: "si es que...". Porque podría no ser así, ¿no?

–Sí. Si es que lo de "Anticristo" designa a un movimiento, cultura o ideología, y no a *un* hombre individual...

–Exacto. Pero la cultura ánoma, ya la tenemos. Supongamos –es lo más plausible– que sea, además, un hombre individual y concreto. Que deberá ser jefe, jefe de la sociedad ánoma o "anómica".

–Y Ánomos, él mismo.

–Claro –concedió–, "ánomos-jefe".

Adiviné la aporía a la que me llevaba:

–Pero, ¿es que puede ser dominador-jefe un ánomos? ¿No se requieren, para dominar, ciertas virtudes, cierta fortaleza, cierta astucia y criterio personal? ¿No se requiere, al menos, la "virtú" en el sentido de Maquiavelo? ¿No es el "ánomos" todo Pecado y, al mismo tiempo, todo Debilidad?

Mostró satisfacción por la respuesta inducida, también de estilo socrático:

–Ahí está la cosa, concuerdo contigo. Esto es lo que me hace difícil representarme la figura, la figura moral del Anticristo. Castellani dice que, para describirlo, se requeriría "la brasa de Isaías, las llamas del Dante, el tizón de Milton...". Yo añadiría: "ni con ésas". Todas las semblanzas que han intentado nuestro mayores fallan por una sencilla razón: no podían predecir a la sociedad y al hombre "ánomos". Ende, al hombre *light*, esencialmente débil.

–Sin embargo, no me objetaste cuando dije que el ánomos-súbdito está pidiendo a gritos un jefe que lo domine...

–Es cierto, no lo he negado, ni lo niego ahora. Pero fijate. Dos cosas: por un lado, que el jefe que ha de ser producido por la sociedad

a la que somete, debe ser, en cierto modo, representativo de ella. Ni los más grandes "tiranizadores" han escapado a esta regla... obvio, tienen que ser representativos de lo que la sociedad tiene por superior. Por supuesto, lo simulan.

–No podrá tener entonces, el Ánomos, las características que le han asignado tantos: una mentida virtud, un mentido ascetismo...

–Exacto. Esa representación no va. A nadie convencería hoy con "virtudes victorianas". Ni el Felsenburg de Benson, ni el Anticristo de Solovieff, ni el Ciro Dan de Hugo Wast, obtendrían hoy el más mínimo consenso. El hombre *light* sólo se verá representado por un jefe *light*... y, claro, un jefe *light* no es jefe en absoluto. ¡Ecco il problema!: la cuadratura del círculo. Pero veo, por otro lado, otra imposibilidad...

–Dijiste, sí, que había dos cosas.

–Sí, y es ésta, ahora del lado de los dominados: éstos tienen que ser dominados de un *modo light*. Esa es la base del consenso obediencial. Empezá a ponerle restricciones al ánomos-súbdito, empezá a *obligarlo* a cosas, a *prohibirle* cosas –más allá de las reglas de tránsito, se entiende–... Lo que te dije, el sistema funciona demasiado bien así: seduciendo al ánomos. De lo contrario...

–¿Qué? ¿Se rebelarían, acaso?

–Y... no sé..., quizás que no... –Me ufanó hacerlo dar marcha atrás. Logro fácil de mi parte: estábamos en una aporía y Eliseo era, por otra parte, encantadoramente humilde reconociendo sus dudas–.

–Quizás que no se rebelaran, es cierto. *Hay* una forma de reducir al "ánomos" contra su voluntad, y de un modo "anómico"... ¿Vos has visto como opera la tiranía de la opinión pública?

–Ya lo hemos visto: seduciendo, haciendo creer al tiranizado que "hace la suya".

–No, no te hablo de ésa. No te hablo del sometimiento con complicidad del sometido. Te hablo, ahora, de un sometimiento *contra* la voluntad del sometido, de un sometimiento *á contre-coeur*. A la antigua, en ese sentido, pero adaptado a la sociedad anómica. Se trata

del nuevo sistema penal. Hay que mirar a lo que está pasando con los *tribunales* de opinión pública.

–¿Qué querés decir?

–Algo que, sin duda, reconocerás: hoy, a la justicia no la ejercen los jueces, ni ninguna judicatura institucional. La ejercen los diarios y la televisión, los periodistas de mi alma... y el coro de la opinión pública que instantáneamente se forma, a instancias de los diarios, de la "tele", y de los periodistas de mi alma.

–Eso es indudable. Y más: cuando la justicia formal actúa, ella misma sigue servilmente el dictamen de la opinión pública...

–Perfecto. Ahora, fijáte bien lo que pasa: la miríada de individuos que integran la opinión pública, que saltan y patalean, que se indignan y escandalizan, que odian y piden venganza, que piden la cabeza de cualquier imputado... todo eso inducido por los diarios y la televisión.

–Y los periodistas de tu alma...

–Eso..., cada uno de los integrantes de esa miríada es, él mismo, un imputado potencial, porque para serlo no es necesario ser un delincuente, probado o presunto; basta con que el caso sea apto para el escándalo... ¿no?

–Sí, es así. Basta con que los *falshes* de los periodistas y las cámaras de T.V. apunten a uno o a otro...

–¡Ecco! –aprobó–, y entonces, el mismo que pataleó y pidió venganza, agachará la cabeza, calladito la boca, cuando a él le toque. El individuo se encuentra sometido, sin remisión y sin apelación, a ese tribunal del que *él mismo* forma parte. Es por eso que no puede decir ni "mu". Está sometido a ese dictamen, porque es el suyo, porque él mismo integra ese tribunal. Es la verificación histórica de la utopía de Rousseau, la *volonté générale*. En el fondo, es una auto-condena. Se parece enormemente, salvando las diferencias de metodología, a las autocríticas de los depurados por la justicia soviética... ¿lo tenés?: "sí, soy un cerdo fascista, un traidor a la patria soviética...".

–Y bueno, ¿entonces?.. Parece que el "ánomos" puede, sí, quedar sometido a un régimen *hard*. Porque el procedimiento es *hard*, ¿no?

–Lo es, sí. Pero quien lo ejerce es, como te digo, la "opinión pública", el sistema del que el individuo es parte. No veo cómo, eso que es anónimo –ahora sí, anónimo, no "anómico"– pueda encarnarse en un hombre, en un *dominador*.

–¿Y no puede ser que *uno*, un individuo, se haga representante de esa opinión pública?

Asintió, pensativo:

–"A otro recibiréis, que vendrá en su propio nombre...". Si interpretamos "su propio nombre" como "el nombre del Hombre", sí; podría ser, sí, en nombre de "la opinión pública". Pero...

–¿Pero...?

–Lo que te he dicho. No es necesario, aquí tampoco. Demasiado bien camina el sistema de dominación anónimo.

Me tiré a romper la *impasse* en la que me había metido:

–De acuerdo, pero pensá también una cosa: no todo lo que se haga, en la sociedad o en el hombre, tiene que ser "necesario". Hay otras motivaciones: el apetito de poder, el afán de reconocimiento. ¿Te acordás de lo de Fukuyama? Me parece que vio bien eso de que al sistema democrático-liberal le faltaba todavía una "pata". Satisfacía lo utilitario y lo hedónico, pero le faltaba satisfacer el anhelo de "reconocimiento"...

La *impasse* estaba superada. El viejo se levantó como un resorte, y se sacudió un puñetazo en la palma de la mano.

–¡Claro! ¡Claro!, ¡claro que sí! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Me acabás de dar una pista... el "Herrenvolk", el único "Herrenvolk" hoy tolerado y reconocido como tal en nuestro Mundo igualitario... ¡los judíos! Suponiendo que ellos sean, efectivamente, como dijimos el otro día, los que están detrás del sistema de dominación "anónimo"... ellos no actúan sólo por utilidad, nunca lo han hecho. Jerusalén y Palestina son la prueba: no están aferrados a ellas por conveniencia ni utilidad; si fuera por eso, ya hace tiempo hubieran soltado ese fierro que quema. Se aferran a ellas porque son símbolos, símbolos religiosos que les atestiguan su condición de "pueblo elegi-

do". Del mismo modo, sólo ellos, o uno entre ellos, pueden hacer algo tan poco necesario, tan dudosamente conveniente, como promoverse para eso: para encarnar (¿entendiste?: *encarnar*) la "opinión pública", al nuevo "dios-hombre". Con eso, el sistema de dominación anónimo adquiriría un *nombre*.

Le hizo notar el detalle:

–Dijiste "no sólo innecesario, sino dudosamente conveniente", ¿por qué?

–Por una razón: esta manera *hard* puede producir reacción.

–No concuerda con lo que dijiste: ya el ánomos-súbidto se somete dócilmente a los dictámenes del tribunal de opinión pública.

–Sí, pero eso mientras es anónimo. Si el poder de dominación quedara encarnado en un hombre, o en un pueblo, de algún modo reconocidos superiores..., cabe esperar reacción entre los individuos de la "miríada". Porque ello contraviene al ídolo del igualitarismo, esencial a la democracia del "soy tan bueno como tú" que decía Lewis.

–Me acuerdo, sí, en *Las Cartas del Diablo*...

–Aunque..., aunque..., profeta...

Actitud habitual en él, Eliseo se corregía a sí mismo, a instancias de la conversación. Me alegró comprobar que el diálogo era fructífero. Me hizo acordar de mis clases de Lógica: "Dialéctica Peirástica", auxiliar de la investigación.

–Aunque, en realidad... –se acariciaba el mentón con gesto pensativo, sus ojos claros perdidos en lejanía–, en realidad, si a algún pueblo el ánomos actual está dispuesto a reconocer superioridad, es a ellos. Superioridad, o derecho a ejercer dominación.

–¿Lo decís por superioridad en condiciones de mando? ¿Por superioridad en la "virtú" que decíamos?

–No, al contrario. Por su mayor "debilidad". Los judíos han edificado su actual dominación en el occidente democrático aduciendo su condición de *víctimas*. De víctimas de los "Herrenvolk" de estilo tradicional. Acordáte de lo que dijimos –se refería a nuestra conversación sobre Israel, que pongo más adelante–: al primer amago de reacción a su dominio, levantan el dedo acusador: ¡Antisemitismo!, ¡potencial genocida! Y el occidente democrático los acompaña y emplea todo su poder represivo, el que todavía conserva, contra el potencial enemigo *de ellos*. Pero ellos se mantienen en el papel de víctimas.

–No lo parecen demasiado: no se andan con chicas, contra los palestinos, contra los sirios, contra los árabes en general...

–Sí, algo está cambiando..., pero es en el sentido que te digo: están asumiendo un poder *hard*, que antes ejercían *per interpositam personam*: Inglaterra, Estados Unidos... Pero, de todos modos, y aunque ejerzan un poder bélico descomedido, y aunque violen toda convención de derechos humanos, sólo a ellos se les reconoce el derecho por su condición de víctimas..., porque "han sufrido mucho".

–Y esto, ¿en qué aclara nuestra cuestión sobre el perfil del Ánomos-Jefe?

–Y, mirá..., barruntos, barruntos... pero si el Ánomos-Jefe tiene que tener algo en común con la sociedad que lo segrega, si tiene que coincidir en algo con el ánomos-súbdito..., bueno: de tal palo tal astilla, al pueblo el gobierno que se merece, un "Herrenvolk" a la medida del "Beherrschtenvolk" –si entendés alemán– para un súbdito caracterizado por la debilidad, una jefatura débil... no, débil no, ¡altra que débil!.. Pero no sé, no sé ..., ¿el poder de los débiles?

–Lo cual suena, también, a cristianismo. ¿No es Cristo, como dice Castellani, el Débil hecho Más-fuerte?

–Exacto, pero esto será la parodia de aquello. Pero además hay otra cosa, otra cosa que apunta al posible reconocimiento, por parte de occidente, del pueblo elegido como dominador, con derecho a dominar. Y esto es el reconocimiento de los "beneficios" de los judíos para con el occidente moderno.

–¿Beneficios...?

–Y, sí. ¿No los has visto atribuirse, en gran medida, la paternidad de todos los movimientos "libertarios" de occidente y sus personajes inspiradores? Lo he leído en varias de sus apologías: la influencia

de los judíos en la gestación de la revolución francesa, en el desarrollo de la masonería, ni qué hablar de la revolución rusa y del capitalismo moderno..., y David Ricardo, y Freud, y Marx...

–¿Y a esto lo consideran *beneficios*?

–Por supuesto, y tienen razón. Son indudablemente cosas que la mentalidad del hombre moderno considera benéficas: todas ellas ordenadas a la "liberación del hombre"..., liberación de las viejas estructuras, de las viejas estructuras de la Cristiandad occidental. Ellos han sido, en efecto, en gran medida, el alma inspiradora de todo eso: de la Revolución, con mayúscula.

–Y, por lo mismo, el alma inspiradora de la *destrucción* de la Cristiandad...

–Efectivamente, es ésa su vocación, su vocación nacional y religiosa, como bien lo sabés, y ya lo dijimos: la Sinagoga no es definible sino por relación a la Iglesia, por una relación de animadversión profunda; profunda, perseverante y... eficaz. Pero lo que nos interesa ahora: esto es considerado "beneficio" por el hombre moderno, por el ánomos. Y está dispuesto a reconocer mérito por ello a sus gestores, que para él son los gestores de la "liberación del Hombre".

–Y, entonces, vendrán "en nombre del Hombre"...

–Tú lo dices. Pero es que, además, ellos mismos se consideran benefactores de la Humanidad. Son sinceros, en esto. Y entienden que *se les debe* este reconocimiento. Se aplican en este sentido aquellos de... ¿Isaías?: "Y Jerusalén impondrá su paz a las naciones". Te lo digo, son sinceros en esto: *quieren* la paz. Es claro, a su manera: *Pax judaica*... Sí, para mí no hay dudas. Como dice Castellani que dice no sé quién: el Anticristo saldrá de ellos. El representante y el *dominus* del hombre posmoderno será judío... "de los que se llaman a sí mismos judíos y no lo son". Aunque de ellos saldrá también, acordate de lo que dijimos –se refería a la ya mencionada charla que pongo después–, su inversa.

–Todo cierra, sí, todo cierra –dije, temeroso.

Debo reconocer que temblaba un poco. Esta perspectiva de quedar como únicos representantes, vestigios de la Cristiandad, en un mundo

regido por un Poder enemigo, todo lo "anómico" que se quiera, empezaba a inspirarme una ansiedad premonitoria. Cerraba, sí, la interpretación cerraba. Demasiados indicios me sugerían que en nuestro Mundo estaba empezando a delinearse, a tomar forma, un sistema de dominación que hasta entonces, y aunque nos fuera aborrecible, nos dejaba tranquilos. Lo insté nuevamente sobre la paradoja de la dominación *light*.

–Te dije la vez pasada que esa lucha con el Mundo a la que te referías, lucha "interior", parecía demasiado fácil para los tiempos que corren. Si es cierto que los testigos de los tiempos finales requerirán de un heroísmo mayor que el de los primeros cristianos..., te insisto, ¿quedará en eso la persecución? ¿Quedará en un simple sufrimiento interior por la corrupción del mundo, y en un resistirnos a ser corrompidos nosotros? Me dijiste entonces que quizás *no* quedara en eso. Y te entendí con eso de que el dolor persecutorio tomaría una forma activa contra nosotros, contra los recalcitrantes. Y me dijiste que tal vez cuando el Anticristo se manifestara, cambiaría esto.

–Sí, es lo que barrunto. La dominación anómica, esa que se ejerce por la seducción es, sin duda, no violenta, *light*. Ya vimos que tiene otra forma, que es igualmente no violenta, pero *hard*: la auto-condena de los condenados por la opinión pública. Pero nada de esto se aplica a nosotros, a no ser, por supuesto, bajo la forma que te he dicho: porque no podemos dejar de ver el horror, y repudiarlo interiormente. Pero, es cierto: no creo que la actitud del Mundo hacia nosotros quede en esto.

–¿Y qué se le importa al Mundo de nosotros, si no somos más que cuatro gatos, totalmente inofensivos para él?

–Eso es cierto. Eso *sería* cierto si se tratara solamente de una contienda *humana*. Contienda por la primacía. Pero la empresa de dominación actual trasciende la perspectiva humana y terrena. Hay en todo esto una clara inspiración satánica. Y Satanás va por más: va por nuestras almas. "Vuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los espíritus malos de los aires".

–Habrá, entonces, persecución, persecución en el sentido obvio...

–Sí, creo que habrá persecución, contra los recalcitrantes, contra los que quedemos inmunes al veneno de la anomía. Contra los no-ánomos, contra los –digamos– "nómicos". Contra los que guardan la Ley y, con ello, han preservado su intimidad. Contra aquellos a los que no han podido "dar vuelta como un guante".

Insistí:

–¿Persecución a la antigua, violenta y represiva?

Se vio obligado, nuevamente, a corregirse:

–Te prevengo que lo que ahora estoy diciendo no lo veía bien antes. Se lo debo a nuestras charlas. Pero sí: se sigue de las premisas, de lo que decíamos recién. Si el Ánomos se manifiesta como ánomos-dominador, aplicará quizás la Ley, para reprimir a los que guardan la Ley. Para el ánomos-súbdito, dominación "ánoma", con eso le basta. Para el "nómico", dominación "nómica".

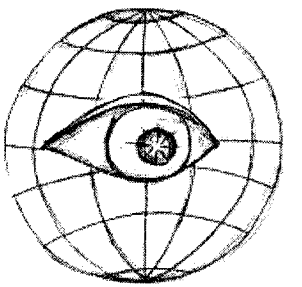
–Si te entendí bien, ¿contra el "nómico" todo el peso de la Ley? ¿Todo el peso de la Ley para los fieles, para los que no son parte de la "opinión pública" y que, por eso, no se reconocen culpables y se auto-acusan?

–Sí –me contestó–, pero hay un detalle. "Anómicos" y "nómicos" conviven en la sociedad actual, y hay todavía grados intermedios entre una cosa y la otra. No todos nuestros contemporáneos, aún entre quienes no tienen nuestra prevención ante el Mundo moderno, no todos ellos –digo– son totalmente "anómicos". La anomía marca una tendencia, tendencia acelerada, pero no todos los que están en ella han perdido la conciencia de la necesidad de un marco legal, del rigor y la disciplina de los sentidos. Y en esa misma medida conservan algo de interioridad, de criterio propio, de "personalidad". Ahora bien: una represión *legal* contra estos *reforzaría* la conciencia de su individualidad, de la inviolabilidad de su yo interior. Tené en cuenta que esto siempre ha sido así: la represión política ha paliado los efectos de la rebelión, pero ha exacerbado, en muchos, en los fuertes, esa misma rebeldía. El sistema actual no puede incurrir en ese riesgo: el de que la represión legal engendre la reacción por la toma de conciencia del propio "yo" avasallado. Lo que *no* pasaba,

precisamente, con la dominación *light*, que tan buenos resultados le ha dado. No: en esto, el sistema tiene que andar con pies de plomo. Un desencadenamiento anticipado de la persecución explícita y legal, *hard*, amenaza con estropearle todo lo ganado con la dominación *light*. Son estos casos intermedios que te digo los que, a mi entender, demoran la persecución. Has leído que "a Satanás le queda poco tiempo"..., pero, al mismo tiempo, no puede apresurarse.

–Bueno: conforme con que los casos intermedios demoran la persecución. Pero, ¿y nosotros? ¿Nosotros, que no somos ánomos ni queremos serlo, y que por la Gracia de Dios, no lo seremos?

–Siguiendo el razonamiento, diría que nosotros ya estamos maduros, a los ojos del sistema, para sufrirla. Porque, si fuera verdad que nos hemos hecho inmunes a sus métodos de seducción, entonces al Poderoso sólo le quedará ejercer sobre nosotros... el Castigo. Es el otro aspecto del "reconocimiento" al que vos, con clara intuición, apelaste. Y es coherente con el papel que le atribuimos antes. Ese "reconocimiento" del que hablamos implica: glorificación por parte del complaciente, y castigo al renuente. Pero, como te digo, la existencia de los casos intermedios es lo que demora este desenlace. No todo es, todavía, "negro o blanco", el total *divortio aquarum* no se ha producido. Mientras no se haya producido hay, todavía, competencia por las almas de los hombre... por lo tanto, posibilidad de conversión para los ánomos..., o "semi-ánomos"; y el sistema tiene que andarse con tiento en eso. Precisamente porque lo que tenía logrado con la dominación *light* era la imposibilidad de conversión.



–Yo no lo veo tan así –le dije–. Para mí, la anomía ha invadido todo, todo lo que no sean los pocos reductos "nómicos". El *divortio aquarum* es, ya, un hecho. Si vos no lo ves, es porque estás aquí, y tu único contacto con la civilización ánoma es la lectura del diario.

–Está bien..., Si tú lo dices..., entonces no puede andar lejos la *manifestación* del Ánomos, del Ánomos-personal..., el Anticristo.

VII

EL SIGNO DE ISRAEL Y LAS NACIONES

De algunas de las cosas que transcribo a continuación, no estoy seguro de la ocasión, ni de la secuencia como fueron habladas. Ellas expresan las concepciones de Eliseo sobre la política contemporánea, a partir de la Última Guerra. Estas conversaciones ocuparon gran parte del tiempo de mi estadía. A pesar de su actitud desencantada respecto de la política actual ("esta no es política real –decía–; es política virtual"), y a su convicción de que en política no nos quedaba nada por hacer, el viejo mantenía un persistente interés por la política, y la consideraba inescindible de cualquier evaluación seria de la realidad humana. Y aunque reconocía el fracaso definitivo de sus viejos ideales nacionalistas, seguía manifestando una especie de ansia, o de anhelo de consumación de los valores políticos, que, para él, seguían siendo los del nacionalismo. Raro: yo nunca lo he sentido así. Creo que los jóvenes, que no hemos tenido la experiencia del nacionalismo combativo, y con posibilidades de triunfo, por eso somos más apáticos en relación con la política. Pero él lo sentía todavía, vivía el *pathos* político. Todavía, a pesar de ser consciente de que en política no había nada que hacer. Más todavía: que la acción política está vedada para nosotros.

¿Cómo se explica esto? ¿Cómo explicar la pervivencia de este anhelo político en él, aún desesperando de toda posibilidad de cumpli-

miento? Él mismo me lo explicó un día: "La vocación política –me dijo– es inerradicable en el hombre: un hombre cabal no puede no experimentarla. En una situación de frustración como la nuestra, si además de hombre cabal es cristiano, le queda una sola salida: la Parusía. La Parusía, no como escapismo piadoso, sino como anhelo de consumación político. Porque ella será un hecho político: será la manifestación de Cristo Rey, de Cristo Señor y Juez, de "la Ciudad Santa que baja del Cielo".

De modo que todo esto que con él hablamos sobre el fracaso del nacionalismo, no generaba en él una actitud desencantada, ni siquiera nostálgica. Insistía, como dije, en que las verdades del nacionalismo seguían vigentes. Sólo que al anhelo de su consumación le daba cabida en su esperanza apocalíptica. Por eso también, interpretaba al nacionalismo histórico desde su "profetismo":

He puesto el tema de estas conversaciones bajo el título general éste de "Signo de Israel y las Naciones". En efecto, sus ideas centrales se focalizan en el signo parusíaco que está indicado en el Evangelio, y que Eliseo veía ya cumplido: "...y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de las Naciones". Para Eliseo –como se verá–, las Naciones cristianas ya han cumplido su "tiempo", y el ascenso político de Israel ha comenzado. Como este fin del "tiempo" de las Naciones ha estado signado por el fracaso del nacionalismo, hago preceder las charlas a él referidas, por lo que él consideraba la verdadera interpretación cristiana del nacionalismo, que centraba en su urticante tema del *nacional-socialismo*. Hechas las salvedades sobre las alteraciones de orden cronológico, copio de mi diario.

Una reivindicación cristiana del nacional-socialismo

...Aquella tarde estuvo ocupada por el tema del que hice mención: el signo de "las naciones", que resulta del texto de los Apocalipsis sinópticos: "...Y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de las naciones". Pero no lo abordamos a partir del texto. Fui yo el que sacó el tema, porque estaba un poco picado por su anterior crítica a Castellani, en la interpretación del fariseísmo actual, y del significado del nacionalismo en la historia reciente:

–Me dijiste que Castellani se equivocó en su valoración del nacionalismo... Pero él *era* nacionalista, ¿no? ¿Es que se equivocó por serlo?

Mi pregunta era retórica, por supuesto. El propio Eliseo se me había identificado como nacionalista... no ex-nacionalista, como hay tantos. No se molestó en corregirme.

–Castellani –siguió– era nacionalista, sí, sin duda: por instinto y por afinidad ideológica. Es más... yo creo que eso es lo que explica, en un noventa por ciento, la persecución que sufrió de parte de sus cofrades: me he convencido de ello después de la lectura del libro de Randle.

–¿Qué te pareció, el libro de Sebastián?

–¡Magnífico! –a veces se ponía enfático, Eliseo–. Lo mejor que he leído sobre Castellani. Más: lo mejor que he leído como biografía en que el biografiado es un hombre de pensamiento. Están admirablemente casadas, su vida intelectual, y su vida... vida.

Siguió con el tema interrumpido:

–Pero si me preguntás sobre el nacionalismo de Castellani..., creo que nunca terminó de cerrarle la convicción de que el nacionalismo era, como ideología que asume a la nación como *desideratum* político, la última defensa de la Cristiandad, el último bastión. Creo que estaba demasiado influenciado por las críticas al "estatismo", al "totalitarismo", propias del catolicismo moderno, del mismo tomismo moderno.

–Sin embargo –le objeté–, le hemos leído defensas bastante audaces de los nacionalismos en guerra...

–Sin duda: y más que defensas de las potencias nacionalistas, ataques a las democráticas. Pero es lo que te digo: todo eso era simpatía, afinidad ideológica. Pero sólo afinidad. A la hora de hacer doctrina, Castellani le imputaba al nacionalismo su impulso totalitario, estatista o, digamos, "politicista". Aunque, es cierto, tiene también una magnífica defensa del primado de la Política, no sé si el título es *Politique d'abord*, o algo así: pero por razones históricas ocasionales. Se inclinaba en demasía por la doctrina de los "cuerpos intermedios". Y él era, personalmente, no ideológicamente, demasiado individualista, demasiado "un singular", como le gustaba decir de Kierkegaard. Y tenía, del Estado moderno, una visión maniquea: lo interpretaba bajo el módulo del hegelianismo.

–Bueno, pero –le pregunté–: ¿no hay bastante de eso? El nacionalismo no se estructuró como una doctrina cristiana tradicional...

–Mirá, mirá –me contestó, un poco fastidiado–, aquí hay mucha tela para cortar. En primer lugar, y sólo para desbrozar el terreno, no hubo *un* nacionalismo, sino varios. El nacionalismo no se estructuró, como decís, como doctrina cristiana... no se estructuró como doctrina, en absoluto, o no se llegó a estructurar: no le dieron tiempo. Pero, aún en lo que llegó a hacerlo, no fue nunca como una doctrina plenamente universal, o "universalíticamente". *"Et pour cause..."*: porque le es esencial lo particular, precisamente, el particularismo nacional. Por eso, los diversos nacionalismos llevaron prendidas las cualidades y los condicionamientos históricos de cada una de las naciones que lo segregaron. No fue lo mismo el nacionalismo alemán que el italiano, el francés, el español, o el rumano... o el argentino: las idiosincrasias nacionales y, sobretodo, las necesidades de defensa de cada nación, condicionaron la formulación de los nacionalismos respectivos.

Le puse la pregunta obvia:

–¿No podemos, entonces, hablar de *un* nacionalismo?

–Sí, sí que podemos. Tal vez no podamos hacerlo como del socialismo, del liberalismo, o del marxismo... Pero podemos, sí que podemos.

–¿En qué quedamos? –lo chumbié.

–Mirá –siguió explicando–: las doctrinas prácticas realistas tienen, *todas*, un componente particularista, acogedor de la historicidad y el cambio. Porque la realidad *es* histórica y particular. Sólo las idealistas se estructuran "universalísticamente": por eso son utópicas. Pero ha habido un espíritu común a los diversos nacionalismos modernos. Un espíritu que se ha adaptado a la realidad histórica: y ello ha sido la reacción, el reflejo defensivo, de la realidad política contra el virus universalista que estaba destruyendo a las naciones. Contra el socialismo, el liberalismo, el economicismo, el marxismo. Y porque ha sido una reacción de la realidad, ha sido saludable. Era la *naturaleza* de las naciones que resistía a la enfermedad. Y porque han sido eso, los nacionalismos han sido raigalmente... cristianos. Cristianos, sí –se enfervorizaba–, cristianos, ¡qué embromar!: *Gratia non tollit naturam*.

–No te suscribiría eso, hoy, ningún cristiano, ni ningún católico...

Hizo un gesto despectivo:

–¡Dejá, dejá nomás que hubieran ganado la guerra...! Otro sería el cantar de los católicos, y de la Iglesia Católica.

Me di por contestado, pero no era sólo eso:

–Pero vos dijiste algo más pretencioso. No sólo que el nacionalismo hubiera sido raigalmente cristiano; que, de todos modos, creo que se te podría objetar. Dijiste que había sido el último bastión de la Cristiandad. ¿No es pretender demasiado de él? Como decís, han sido distintos según las diversas idiosincrasias nacionales. Los habrá habido más o menos cristianos, como el español, o el portugués. Pero el fascismo y el nacionalsocialismo... ¿cristianos?

–Refirmo lo que te he dicho –me insistió–: fueron la última línea de defensa de la Cristiandad, del Orden Cristiano europeo. Lo supieran, Hitler y Mussolini, o no lo supieran. ¿Me objetás que el nacionalismo haya sido la última defensa de la Cristiandad? Me animo a probártelo, tomando estos dos casos, los menos explícitamente cristianos; más aún, autoproclamados "paganos".

–A ver si me explicás eso... parece difícil de sostener. Nuestros amigos católico-tradicionalistas suelen presentarlos como una manifestación más de la Revolución moderna, enemiga del Orden Tradicional.

–Sí, ya sé: y que los nazis eran paganos y racistas, que se inspiraban en Hegel y en Nietzsche... ¡Pamplinas! ¡Pamplinas de beatones, incómodos por una semejanza comprometedora! A la cosa hay que verla, no con el bisturí del ideólogo, sino con una apreciación global y de sentido común, e histórica. ¿Enemigos del Orden Tradicional, los nazis? Si vamos a la doctrina, compará: compará la ideología nacionalsocialista –prescindiendo del aspecto puntual del racismo–, con la doctrina católica, con la doctrina social de la Iglesia, desde León XIII hasta Pío XII. La afinidad es total... se superponen como un calco: reivindicación del sistema corporativo medieval, condena de la usura, justicia social sin lucha de clases, derecho de propiedad, subordinada al Bien Común y... oposición al feminismo, enaltecimiento de la maternidad, y de la autoridad paterna, y de la familia prolífica. Y, además de esto, única oposición eficaz al marxismo y al liberalismo. Como te digo: un calco con las encíclicas sociales de los últimos Papas. Bueno –se corrigió–, últimos, no... penúltimos: hasta Pío XII, hasta que el nacionalismo perdió la guerra. En cuanto a que eran modernos, el nacionalsocialismo y el fascismo, sin duda que lo eran. Pero, precisamente: por eso eran peligrosos para el enemigo. ¿O crees que éste iba a temerles a los legitimistas franceses, o a los requetés? Eran, sí, modernos, modernos *y tradicionales*, no "tradicionalistas". Eran la defensa de todas esas cosas que te dije, de todos los valores de la Tradición europea y cristiana, pero actualizados y aplicables, y los hicieron vigentes... de allí el entusiasmo que suscitaron. E hicieron muy bien en no dejar la defensa de todas estas cosas en manos de los tradicionalistas. Porque, ¿qué hubiera pasado con los *Junker* prusianos, qué con las testas coronadas, qué con las aristocracias de sangre? ¿Qué hubiera pasado o, más bien..., qué pasó? Pasó que todos estos se pasaron al enemigo, después de que Alemania perdió la guerra...

Oída su larga perorata, creí oportuno volver a escudarme en el aval de Castellani:

–Pero Castellani dice también, de la Guerra Europea, que no era una guerra nuestra. Que se trató de una guerra entre potencias protestantes, por el dominio económico del mundo.

–Y en esto se equivocó Castellani... lamentablemente. No podía ser más nuestra. Es fácil aplicar el escalpelo del ideólogo, sentado en el sillón del escritorio... No: no digo esto del "sillón" por Castellani, desde luego –aclaró ante mi gesto de desacuerdo–. Pero ahí está la realidad, que no deja mentir. La guerra fue la hora de la verdad: lo demostró el alineamiento de las fuerzas en pugna. El bisturí de los católicos bienpensantes puede desmenuzar donde quiera, pero ahí está la realidad histórica, contundente como una piedra: de un lado, el enemigo diametral de la Religión de Cristo: la religión del Hombre, la ideología de Plutón, y el ateísmo militante... que depusieron sus diferencias tácticas ante el peligro. Del otro lado, todos los nacionalismos europeos, enrolados, con mayor o menor lealtad, detrás del nacionalismo alemán. No, no hay duda: el nacionalismo fue la última defensa del Orden Cristiano. Los *fascios*, y la cruz de los caballeros teutónicos en el fuselaje de los *Stukas*: la expresión simbólica del Imperio Romano Germánico... Perdieron: su derrota *fue* la derrota de la Cristiandad.

–Perdonáme –lo atajé–, creo que exagerás: en el '45 cayó el nacionalismo alemán, y el italiano. Pero el nacionalismo perduró después de ellos. Hoy quizás esté definitivamente sepultado. Pero, en tu juventud, todavía tenía posibilidades acá...

–Creíamos, efectivamente, que las tenía. Pero eran escaramuzas. En realidad, eran "operaciones de limpieza" del vencedor. Los focos que quedaban fueron siendo liquidados poco a poco. Pero, en realidad, ya estaban derrotados desde el '45. Allí había caído el más neto y combativo.

–También el menos cristiano...

Contra lo que esperaba, Eliseo no se enardeció ante mi nueva púa. Se acarició la barba, y me miró con ironía:

–El nacionalsocialismo, el menos cristiano de los nacionalismos, ¿eh? Y bueno, sí, es claro, todas las evidencias explícitas están de tu parte: el paganismo, Rosemberg, Nietzsche, y muchos fanáticos del régimen. Sobre doctrina, se podría discutir hasta el cansancio. Pero no es eso lo que importa. Lo que importa es el significado del nacionalsocialismo, desde el punto de vista de la filosofía de la historia. Si querés: de una verdadera *teología* cristiana de la Historia. Y, sobre esto, dejame decirte una cosa: el nacionalsocialismo fue punta de lanza en una lucha en la que el enemigo, el enemigo que lo venció era... es... esto precisamente: esto que tenemos encima, la civilización del Anticristo. ¿No podemos usar acá, acaso, el argumento "amigo-enemigo"? El enemigo de mi enemigo, ¿no es mi amigo? Ya sé, ya sé –agregó ante un amago de objeción mía–: el argumento no prueba siempre, es verdad, es dialéctico. Pero, ¿en este caso? ¿En este caso en que el enemigo de ambos, del nacionalsocialismo y de la Iglesia, es el peor enemigo al que se haya enfrentado la Iglesia, y la Cristiandad? Porque, vos y yo lo sabemos, esto, hoy triunfante... esto no es un enemigo común del nombre de Cristo, esto no es mero ateísmo, ni neo-paganismo, esto es lo contrario-de-Cristo, el Enemigo, el Anticristo... Y, por otra parte, te digo (los razonamientos me abruman), sencillamente no me parece leal, ni siquiera decente, sumar denuestos contra una nación y su régimen, cuando éstos se han desangrado, como lo han hecho, contra ese enemigo común, con el heroísmo con que lo han hecho, con sus ciudades arrasadas y sus poblaciones aniquiladas, los soldados vencidos torturados, y sus generales ahorcados por el tribunal más inicuo que ha conocido la historia...

Aunque había empezado su respuesta con mesura, Eliseo se enardecía de nuevo. Desvié su acusación implícita:

–No es mi caso, Eliseo, ni el de mis amigos. No me sumo a las invectivas contra el nazismo. Ni siquiera niego que la última guerra haya sido una epopeya de portentoso heroísmo, por parte de los vencidos. Sólo objeto lo que sostenés sobre su implícito cristianismo. Que hayan sido los últimos defensores de Europa, pase. Pero, ¿de la Cristiandad? ¿No hubiera sido preferible que la defensa hubiera estado encabezada por cristianos, por cristianos... netos?

–¿Quiénes? ¿Franco?, ¿Oliveira Salazar?.., ¿Petain? Estos apoyaron, sí: tibiamente, deslealmente..., y me temo que el supuesto anticristianismo de los nazis haya tenido que ver en este retaceo del apoyo. Eso... y algún susurro al oído de los clérigos, que no estaban seguros del triunfo de Alemania, y empezaban a preparar sus caballos de recambio –porque tenían uno para cada eventualidad–: la democracia cristiana... Pero, además, fijáte una cosa: ¿qué fue lo que hizo que ninguno de estos nacionalismos cristianos, que sobrevivieron a la guerra, perdurara? Y, ¿qué fue lo que hizo fracasar a toda reacción nacionalista de posguerra?

Contesté, con mis más y con mis menos:

–Cualquiera te diría que el "sentido de la Historia"... No me irás a decir vos que fue por el hecho de ser cristianos...

–No, no te lo diré. No fracasaron por ser cristianos, pero sí por ser cristianos *anti-nazis*. Y esto prueba por la negativa, y también según el argumento "amigo-enemigo". El anti-nazismo fue la mejor arma de propaganda de los vencedores. Creó el complejo de culpa en estos presuntos defensores de la Cristiandad, después de la guerra. Se basó, sobretodo, en la denigración sistemática, perseverante y abrumadora, del régimen vencido, hasta hacer de él la expresión misma del Mal, el Demonio. Y lo malo fue que estos presuntos defensores de la Cristiandad, por cobardía, fueron cómplices. Se declararon anti-nazis. Cristianos, sí, partidarios de la reconstrucción de la Cristiandad, aún nacionalistas... pero anti-nazis. Defendían los valores tradicionales y cristianos: la familia, monogámica y prolífica, y la autoridad paterna, y la disciplina, y la primacía del Bien Común, y la propiedad privada y familiar, y la moral sexual, y el patriotismo, y la soberanía nacional contra el mundialismo... todo eso. *Pero se declaraban anti-nazis*. Y daba la casualidad de que a todo eso lo habían proclamado y defendido los nazis... y soportado por ello la guerra más brutal de la historia, y caído hasta el último hombre...

–¿Y qué –lo interrumpí–: había que declararse "nazi", entonces?

–No, nazi no –corrigió–, pero tampoco "anti-nazi". Porque ahí estaba el juego del enemigo. Desacreditar hasta ese punto al nazismo,

era desacreditar, al mismo tiempo, todo lo valioso que había sostenido. Porque ellos, los nazis, habían sido sus campeones. Y a la inversa, los enemigos de esos valores, habían sido los más resueltos anti-nazis. Y, mirá... existe una dinámica en los movimientos y en las revoluciones históricas. Los que están en la punta del movimiento llevan las de ganar: porque obligan a los moderados a seguirlos. Nuestros católicos nacionalistas, nacionalistas pero anti-nazis, podían hacer todos los distingos que quisieran: que ellos eran partidarios de todos esos valores, pero nazis, no; que repudiaban a los nazis. Y ahí empezaban todas esas alambicadas disquisiciones ideológicas, sobre las fuentes nietzscheanas, o hegelianas, del nazismo, y por las que se los declaraba anti-cristianos. Como reconociéndole al enemigo, al enemigo *común*: "nosotros somos tan anti-nazis, o más, que ustedes". Y, ¿qué les contestaba el enemigo? Sencillamente: "no les creo, no me merecen confianza, son demasiado parecidos a los nazis; si fueran tan anti-nazis como dicen, ¿por qué no se unieron a nosotros?.. ¿Entendés, ahora, por qué fracasaron todos los movimientos de reacción, aún nacionalistas? Tenían cola de paja: porque en el fondo sabían –sabían ellos y sabía el enemigo– que *eran* afines a los nazis.

Me pareció incontestable. Pero objeté, todavía:

–Bueno, está bien. Pero, ¿no se podrían haber defendido con éxito todos esos valores, eludiendo el mote infamante?

–En principio –me contestó– tenés razón en lo que planteás. Pero pasaba que el enemigo no los dejaba. Insistía, insistía en la obligación de definirse. De definirse en la opción planteada por ellos: *o* nazi *o* anti-nazi. No entre nazi o no-nazi. No le bastaba. Y entonces, el cristiano, o nacionalista, no-nazi, que había entrado en el juego del enemigo al declararse *anti*-nazi, se veía obligado a demostrar que lo era, que era sinceramente anti-nazi. Lo cual, aparte de ser una felonía, era mala política, porque el enemigo no se chupaba el dedo, y había creado la opción para eso. Porque allí empezaban las concesiones de este presunto defensor de los valores tradicionales: "soy autoritario, pero no tanto: no como un nazi; soy nacionalista, pero no tanto, soy jerárquico, pero no tanto; antifeminista, pero no tanto... ¿Te creés

vos que fue otra cosa que esto, este "complejo de anti-nazismo", lo que llevó al ablandamiento de los principios de tantos y tantos amigos nuestros, hoy *ex* nacionalistas...? Y no te digo... no te digo la fuerza con la que operó esto mismo sobre la doctrina cristiana, en la Iglesia...

–Ya me lo explicarás –corté– Pero si hablás de la Iglesia, ésta podía alegar algo más contra el régimen nacionalsocialista. Las persecuciones...

Hizo un gesto como de cansancio, y se levantó. Temí estar agobiándolo con mis objeciones...

–¡Vení, desentumecéte! –me dijo, palmeándome la rodilla–: te voy a mostrar algo... después la seguimos.

* * *

Creo que fue en esa ocasión, que hicimos el paseo en el que me mostró uno de los procedimientos de tecnología "intermedia" que aplicaba en su "empresa": su chacrita de producción diversificada "para la autosuficiencia".

Me levanté para acompañarlo.

–Vamos a estirar las piernas –me dijo– mientras te muestro lo que me faltó mostrarte de mi explotación. –Y, sin solución de continuidad–: ¿Qué querés comer?

–Demasiado bien me has alimentado hasta ahora... Cualquier cosa.

–No, cualquier cosa no. Mantengo una de las tradiciones más identificadoras de mi familia. Mis padres y abuelos eran todos *gourmets*, y el tema de la comida, junto al de la política, siempre fue dominante en casa. Nunca comimos "cualquier cosa", y no pienso cambiar en eso. Abomino del *fast food*, en cualquiera de sus formas, un signo inconfundible de la "abolición del hombre"...

Lo frené: Eliseo hacía de cualquier cosa motivo para elucubraciones filosóficas y culturales. Por otra parte, me empezaba a interesar la oferta:

–¿Qué puede ser?

–Bueno..., hoy almorzamos buseca, y ayer guiso de liebre... ¿Querés pescado?

–Sí, cómo no, pero ¿de dónde vas a sacar pescado aquí? No creo que el boliche de Sauce de Luna...

–Autosuficiencia, m'hijo. Vamos al tajamar.

Ya íbamos, en realidad, para ese lado, por entre un alfalfar florecido, sobre el que revoloteaban boyeritos, pecho-colorados y chingolos. Me invadía mi habitual contento de los atardeceres en el campo. Una como plenitud vital de integración con la naturaleza. Se lo dije:

–Eliseo, ¡qué bien se está aquí!

–Sos pueblero –me contestó despectivo, aunque estoy seguro de que él sentía lo mismo y disimulaba–: el verdadero hombre de campo no tiene conciencia de las bellezas de la naturaleza. Se hace parte de ella. Pero te entiendo, por más que conviva con esto. Reconozco la maravilla. La maravilla de una naturaleza que todavía existe, que todavía se resiste a los estragos del mundo civilizado. "¡Qué bien se está aquí!", dijiste... capaz por reminiscencia inconsciente del Monte Tabor... Yo diría, más bien: "¡Qué bueno que esto sea!".

Llegamos al tajamar. Varias nutrias se zambulleron desde el terraplén, y rozaron el agua en su despegue inconcluso las gallaretas.

–No me dijiste qué pescado querías... ¿bagre?, ¿pejerrey?, ¿patí?, ¿tarucha?

–¿Qué? –me asombré–, ¿vas a elegir el pique?

–No, no –me contestó–, decía por decir. Tendrás que contentarte con bagre, el *cat fish*, que dicen los yanquis. Es lo que produce este tajamar. Los otros producen otros. Como ves, me las arreglé para dar utilidad a los tajamares, que antes se usaban sólo como aguadas. Adapté algunas ideas de la acuicultura. Y camina..., camina bastante bien. Sin, por supuesto, las sutilezas tecnológicas de la acuicultura intensiva. Me da para comer, y para vender algo; y para riego de la huerta, con agua fertilizada... ¿Ves?: uso toda esta cañada para tajamares sucesivos; los de aguas abajo reciben el rebalse de los superiores. Y en cada uno he sembrado especies distintas: bagre en éste; pejerrey en el siguiente, más profundo; mas allá, carpa; después, tarucha...

Y me señaló hacia el poniente una larga cañada bordeada de monte natural, con algunos vacunos y ovejas. La luz del sol poniente se reflejaba en la serie de espejos de agua, que se sucedían unos a otros. Una vista lindísima, desde la loma donde estábamos. Cosa buscada, también, sin duda, por el viejo, que no se contentaba con la utilidad agronómica, sino que tenía una afinada sensibilidad estética. "Para esto –me había dicho antes–, para el gozo de la contemplación, está todo lo demás"...

–Vamos por los bagres –le dije.

Se arrimó a un mecanismo de manivela y poleas, en una parte de costa barrancosa, y empezó a girar: un cable superior fue recogiendo un trasmallo que circundaba la parte limpia del tajamar.

–¡Traéme el balde y llenalo!..

Al descubrirse, la red empezó a bullir con un amasijo de bagres de distintos tamaños. Acerqué el balde, lleno de agua hasta la mitad, y Eliseo se agachó, y manoteó a dos de regular tamaño, que echó al balde.

–¿Contamos, como en San Juan, los peces grandes? –presumí de cultura escriturística.

–Aquí los devolvemos a su medio. La salvación es distinta para ellos que para nosotros: del mar del Mundo a la Tierra de la Salud. Aunque tal vez no: para ellos igual... los que nos comemos acceden a un grado de ser más alto...

Ya volvía a la teología, viejo obseso. Aunque, en realidad, yo había empezado. Su acotación me invitó a seguir:

–¿Tiene, para vos, un sentido parusíaco el símbolo de esa pesca milagrosa? Digo: ¿la que cuenta San Juan con Cristo resucitado, y la mención del número de peces grandes...?

–Puede ser, puede ser..., sin duda es simbólica, además de histórica: el registro del número exacto, ciento cincuenta y tres, así lo in-

dica. Pero, ¡qué sé yo! Tanto podría referirse a los tiempos finales, como a toda la historia de la Iglesia: la Iglesia es la tierra, desde luego; el mar es el Mundo. O, más bien, la Iglesia es la barca, la tierra es la Vida Eterna. Tal vez, entonces, la acción de llevarlos a tierra, y contarlos allí, esté indicando a los Tiempos Finales, de los que dice San Pablo que, en ellos, los últimos fieles no morirán, sino que saldrán al encuentro de Cristo... Con respecto al símbolo numérico, no tengo opinión. Aunque los números en la Escritura tengan una significación, seguro, como el 666..., no me gusta tejer hipótesis sobre ellos: he leído demasiado macaneo.

–¿Tendrá algo que ver con los judíos conversos de los Últimos Tiempos?..

–Puede ser, puede ser, no digo que no... Pero, por ahora, tenemos a estos dos salvados de las aguas, que no parecen malos. Vamos a ver si los hacemos pasar a mejor vida... como te dije: a la sartén, al estómago, y de allí a participar de la vida del animal racional. ¿No te dije que aquí hacemos diversificación integrada? Estos pescados se convertirán en ideas: ... valor agregado, que le dicen.

Volvimos. Urbana ya había puesto la mesa, y tenía preparados, en la cocina, los ingredientes de la receta indicados por Eliseo. Este se reservó su confección.

Comimos un delicioso chupín de bagre, acompañado por un buen Torrontés añejado, y una torrejas de postre. Al verlo comer a mi maestro con tanta fruición, me acordé del tema aquél de su lucha con sus demonios interiores, los vicios capitales, y le espeté, con ironía:

–¿Qué opinás de la gula, Eliseo, te asedia también? ¿La combatís?

–No te voy a decir que me inquiete demasiado con escrúpulos de conciencia –me contestó, risueño–. No es un vicio peligroso en nuestra época. Lo será, sí, claro: será un vicio, en absoluto. Pero, bueno: se trata de comer y de beber sin pasarse... demasiado. Y hacerlo "con hacimiento de gracias", como dice San Pablo.

–O sea –contesté–, "como si no comiéramos ni bebiéramos", ¿como el mismo recomienda del "tener mujer"?

–Mirá, mirá... –dijo–: a esto que dice San Pablo, hay una mala manera de entenderlo, una manera santulona e hipócrita, que tal vez se use en aquellos bolsones de fariseísmo que decíamos. Los cristianos, cuando tenemos mujer, la gozamos, y lo mismo cuando comemos y bebemos. Eso de usar de los bienes que Dios nos ha dado, haciendo ascos, no es cristiano, es puritano. Las mortificaciones y los sacrificios del cuerpo, para que sean fructíferos, presuponen instintos y naturalezas sanas, que gocen verdaderamente de los placeres sensibles. Y adquieren sentido en hombres y mujeres normales, pecadores pero normales. Claro... –añadió–, no es lo que pasa hoy, hoy cuando los instintos naturales han quedado enervados. ¿Vos creés que el hombre moderno goza, realmente, de los placeres corpóreos, de la comida y de la bebida y del sexo?..

–Es lo que cualquiera diría, atento a la explosión de hedonismo en la cultura que nos rodea...

–Precisamente, esa explosión de hedonismo es causa y a la vez efecto, del enervamiento que te digo, de los sentidos. El placer incentivado sin límites, ha terminado por agotarlos, y eso mismo exige que se los provoque más intensamente. El hombre moderno, el joven sobre todo, está lejos de ser un lujurioso. Es un apático y un asexuado. Come lo mismo *fast food* que *Delikatessen*... Si ante sus ojos pasan un mujerón y un Mercedes último modelo, a lo que miran es al Mercedes.... No es por darme corte –siguió diciendo–, pero este chupín estaba delicioso, ¿no te parece?

–Bueno, según lo que has dicho, no estaría en condiciones de apreciarlo, porque soy joven.

–Hay honrosas excepciones... Espero que seas una de ellas.

* * *

Nos sentamos de sobremesa en los sillones de cuero del living. Urbana acercó los licores, y Eliseo retomó el tema interrumpido..., cosa típica en él, como si no hubiera existido la solución de continuidad, del paseo al tajamar y el chupín de bagre:

–...¿Persecuciones, decías...?

–¿Qué cosa...? –respondí, asombrado.

–Hablabas de persecuciones, de persecuciones de los nazis contra la Iglesia.

–Ah..., sí: ¿algunas hubo, no? A las organizaciones católicas, a sacerdotes: Maximiliano Kolbe, el cura aquél... de Schönstatt, ¿cómo se llamaba?

–No me hagás reír. No se puede hablar seriamente de persecución a la Iglesia en la Alemania de Hitler, en los tiempos en que, en Rusia se asesinaba a mansalva y se mandaba al Gulag a popes y sacerdotes, y en España se despachaban la orgía de sangre que sabemos, y se arrasaban catedrales y se violaban monjas de clausura... todo lo cual, bajo la mirada benévola de las democracias. No hubo persecución contra la Iglesia en Alemania. Entre el régimen nazi y la Iglesia hubo *conflictos*, que es cosa muy distinta: y de larga tradición en el occidente cristiano. Conflictos que fueron provocados, en muchos casos, por la propia Iglesia, por una intromisión imprudente en el plano temporal: simple caso de clericalismo. Y, además, ¿querés saber una cosa? En muchos casos, también, cuestión de competencia, de competencia por el "mercado". Operaban en el mismo mercado, ¿sabés?.. los nazis y la Iglesia. El odio de Pío XI contra Hitler y Mussolini, y que dio origen a la *Non abbiamo bisogno* y a la *Mit brennender Sorge*, fue porque los *Balillas* y la *Hitlerjugend* le robaban los jóvenes de la Acción Católica, la niña de sus ojos. Simple: apelaban los dos, el régimen y la Iglesia, a la misma clientela. ¿Y por qué sería esto, me pregunto yo, si no fuera porque había una afinidad ideológica entre los dos: entre el régimen y la Iglesia?

Desistí de seguir mi *"Elenchon"* por esa línea. Tampoco a mí me habían convencido, nunca, las acusaciones al fascismo y al nacionalsocialismo, de ser *perseguidores* de la Iglesia. Más bien, veía estas acusaciones como cartas de presentación, como credenciales de los católicos, y de la Iglesia, para probar su antifascismo ante los vencedores...

Opté por reconducirlo a algo que había quedado pendiente, la cuestión del cristianismo o anti-cristianismo, implícitos o explícitos, del nacionalsocialismo:

–Me dijiste que para hacer un juicio sobre el presunto cristianismo o anti-cristianismo de los nazis, no había que aplicar el "escalpelo del ideólogo". ¿Qué querías decirme? ¿Qué criterio debemos usar?

–Por supuesto que no minimizo la doctrina. Pero, sobre ella, ya me has oído decir que, fuera de algunos elementos puntuales, como el racismo y algún otro, la doctrina social de la Iglesia y las doctrinas nacionalistas, se superponen casi como un calco...

–Bueno, pero hay un punto que no es "puntual", ni secundario: el cristianismo, precisamente, la fe en Cristo. No dirás que destacar su ausencia en estos movimientos sea, también, escalpelo de ideólogo.

–A eso voy. Aquí encaja lo que te he prometido. La cuestión del cristianismo, o anti-cristianismo, de estos nacionalismos paganos. La cuestión no puede ser dirimida sólo en base a las declaraciones explícitas de los encausados. Si así fuera, deberíamos también tomarnos en serio las declamaciones hipócritas de cristianismo, de Churchill y de Roosevelt... No: la valoración del presunto cristianismo o anticristianismo de unos y otros, debe hacerse en base a un juicio histórico global, inteligente. Aquí se juega una aplicación de la Teología de la Historia: y hay que guiarse por signos. Si el fascismo y el nacionalsocialismo no han sido explícitamente cristianos... si en base a eso me objetás, como lo has hecho, que no han sido verdaderos defensores de la Cristiandad...

–No es tanto que yo te lo objete: me ha sido objetado, en realidad, a mí, y por amigos nacionalistas católicos... claro: más católicos que nacionalistas.

Me sonrió, satisfecho por esta tardía confesión de adhesión. Pero era verdad: en mis cuestionamientos estaba haciendo, en cierto modo, de abogado del diablo.

–Bueno: si tus amigos nacionalistas, más católicos que nacionalistas (está bien, no puede achacárseles esto), niegan que estos nacio-

nalistas duros y semi-paganos hayan sido la defensa adecuada de la Cristiandad, por no haber sido explícitamente cristianos; si, con Castellani, niegan que su lucha haya sido una guerra nuestra, preguntáles, nomás, una cosa...

Marcó el suspenso, como para dar más peso a la respuesta.

–Tu dirás...

–Sólo esto: ¿quiénes son, desde el '45 hasta la fecha, los verdaderos perseguidos por el Mundo?

–Y, bueno, te contesto por ellos: perseguidos en la posguerra, los ha habido de la más diversa laya: los cristianos en China o en Vietnam, los mártires del Gulag..., muchos podrían decir, incluso, que el Monseñor aquél de... ¿Guatemala era?: Romero, o algo así, o los negros en Sud-Africa... por supuesto, esto último no lo dirían mis amigos, no los considerarían perseguidos por el "Mundo"...

–Es claro: y ahí está la cosa. Perseguidos por el Mundo, para nosotros, cristianos fieles, significa sólo una cosa. Perseguidos por el Mundo que ya sabemos... ¿saben esto tus amigos?

–Saben, sí, saben que este Mundo en que vivimos es un mundo satanizado, el mundo del Anticristo –reconocí.

–Precisamente, entonces: te estoy hablando para darle respuesta a ellos, que saben de qué hablamos. Cuando hablamos de perseguidos por el Mundo, hablamos del Mundo de hoy. El Mundo erigido sobre el triunfo del '45, el Mundo democrático, liberal-capitalista y masónico, del Mundo que si todavía apela al cristianismo, y se dice "occidental y cristiano", es porque ha hecho del pluralismo y la tolerancia el arma más formidable *contra* Cristo. Bien has dicho: el Mundo del Anticristo. Si siempre han sido, los cristianos, prevenidos contra el Mundo, ¿cuánto más deberían serlo contra *este* Mundo? Y bien, ¿quiénes son los verdaderos perseguidos por *este* Mundo?.. ¿Los cristianos?

Tuve que reconocérselo:

–No, ya sé: los nazis, los monstruos... o aquellos que se les parezcan. Para éstos no hay derechos humanos, ni prescripción de la pena,

ni atemperamiento del castigo por edad o por enfermedad, ni Amnesty International que reclame por ellos...

Arreció (¿para qué le habré dado cuerda?):

–Ni Papa, ni Obispos... Tú lo has dicho. Y has dicho bien: o aquellos que se les parezcan. Porque el título de "nazi" le fue endilgado, después, a muchos que de nazis no tenían nada, pero continuaban, en cierto modo, al nazismo, por oponerse al mundo de los vencedores, sobretodo a su flanco comunista: es claro que ni Pinochet, ni Videla, tuvieron nada de nazis, pero es que ya para entonces, los nazis auténticos se habían terminado, y la "persecuta" se desató contra ellos... las "operaciones de limpieza", que te decía. Tú lo has dicho, sí, estos son los perseguidos, sin remisión, por el Mundo..., por el Mundo de hoy. Estos, a los que ni nos animamos a mencionar por el nombre. Los "nazis", sí, los monstruos, los no-humanos. Y por ahí viene un signo...

–¿Por dónde? –aventuré–. ¿Por lo de no-humanos?

–No –contestó–: por lo del nombre, por la "palabra"... ¿Has tenido en tus manos la *Apología* de Tertuliano?

–La he estudiado como alumno en la facultad, pero no me acuerdo mucho de ella...

–Si hubieras sido un alumno aplicado, te acordarías más de ella... Allí relata el loco de Tertuliano algo que realmente pasó en las persecuciones romanas, y que se aplica como anillo al dedo a nuestro caso... *mutatis mutandis*, desde luego: que después de haber sido, los cristianos, acusados de los crímenes más abominables, ya no se requerían pruebas para condenarlos: bastaba con aplicarles el *nombre*. El mero nombre de "cristiano" era suficiente para condenar a un inculpado. El nombre..., ¿qué te parece?..

–Que no es el nombre de "cristiano", precisamente, lo que basta para condenar hoy a alguien –contesté.

–Pero sí el de "nazi": sea el inculpado nazi, o no, el nombre basta. Y ahí está la cosa: el nombre de "cristiano" resulta hoy medio ambiguo. No lo era en tiempos de Tertuliano. Se consideraba a los cristia-

nos como el Enemigo Público n° 1, como la encarnación de todos los males. Por eso eran perseguidos *por el sólo nombre*. Y hoy no es por *ese* nombre por el que persigue el Mundo. Por un Mundo frente al cual la Roma de los Césares es mojiganga: si ella fue el *typo*, este es el *anti-typo*: El Mundo del Anticristo. Y a eso, vos y yo, y tus amigos, y Castellani, los sabemos muy bien.

–"Nazi", sí –reflexioné–, este es el calificativo que no admite descargo alguno. Basta con que le sea aplicado a alguno...

–A alguno que no proteste inmediatamente su rechazo, con todo tipo de invectivas... sí: para que le caiga encima el repudio y la abominación unánime del Mundo... Y bien –agregó–: ahora vamos a aplicar un poco de lógica, si no te parece mal. No por gusto, no por deporte, ya es demasiado tarde para eso. Sólo para ver a dónde nos lleva esta interpretación histórico-teológica del nacionalismo, más allá de las minucias doctrinarias. A ver, filósofo –chanceó–: ¿cómo nos guiamos cuando no podemos conocer con certeza la naturaleza de una cosa, o su causa?

–Diría que por signos...

–Y dirías bien. Encontramos difícil conocer el significado del nacionalismo moderno en relación con la historia cristiana. Ésta es nuestra *Quaestio*... Por otro lado, se ha hecho difícil hoy, también, dar un significado unívoco al término "cristianismo", porque muchas cosas distintas se lo adjudican... Vamos, entonces, a razonar por signos, para saber qué es cristiano y qué no lo es, o que es anticristiano, hoy en día.

Hizo una pausa, y siguió:

–Sabemos por el Evangelio... ¿o es por San Pablo?.. que todo el que quiera permanecer fiel a Cristo, sufrirá persecución... Ahora bien... ves que uso las fórmulas silogísticas clásicas... muchos, que hoy se dicen cristianos, *no* sufren persecución alguna... ¿Ergo?

–...Muchos, que se dicen hoy cristianos, no son fieles a Cristo: Segunda Figura, Baroco... o Camestres, según como se tome la cantidad de "muchos"...

–¡Bravo! ¡Bravo!: veo que tenés tu lógica bastante fresca...

Vi, sin embargo, a dónde me quería llevar, y lo frené:

–Sí, pero, pero...

–Tú dirás –me animó.

–Estábamos discutiendo sobre el presunto cristianismo de los nazis... El silogismo que me has hecho prueba, efectivamente, por el signo de la persecución, que muchos que hoy se dicen cristianos no lo son. Pero el signo de la persecución, aún de este Mundo, para probar el cristianismo de los nazis... el silogismo no cierra.

–¿A ver?

–Si es verdad que los fieles a Cristo sufrirán persecución, y lo es; y que los nazis sufren persecución... ¿son acaso fieles a Cristo por ello, porque sufren persecución? Evidentemente, no: concluirlo sería sofisma de Segunda Figura.

Me contestó, seguro de sí mismo:

–Sabrás, filósofo, que si este silogismo no cierra *con necesidad*, sin embargo su conclusión se puede admitir, como silogismo dialéctico, es decir, aportando *probabilidad*. Es lo que se conoce como *indicio*. Como se hace en toda argumentación aproximativa, como se hace en las controversias judiciales... El indicio no prueba por sí mismo. Pero, sumá indicios... y la probabilidad se arrima a la certeza.

–Y, para el caso, ¿qué indicios? –lo apuré todavía–. Si el de la persecución es uno, ¿qué *otros* indicios?

–Un montón. Son indicios, por lo pronto, indicios de la afinidad natural entre el nacional-socialismo y el cristianismo, las coincidencias doctrinarias en el campo social, de las que hablábamos. Pero hay otro indicio mucho más importante. Ya hablamos del modo como operó el complejo anti-nazi, en el deterioro de las doctrinas nacionalistas de posguerra. Ahora bien: mucho, muchísimo más importante y profunda fue la acción de ese mismo complejo, en el deterioro de la doctrina católica... en la caída de la Iglesia actual... en la apostasía.

–¿Cómo es eso? –pregunté– ¿La apostasía moderna, el progresismo, no se estaba ya incubando desde más atrás, con el modernismo?

–Sí, sí, claro –contestó–. Pero el modernismo había sido contenido, bien que mal, por los *Ukazes* de Pío IX y San Pío X. Bastó con que Alemania perdiera la guerra para que volviera a levantar cabeza. Porque se hizo fuerte en el complejo anti-nazi, que empezó a imponerse en la Iglesia, a instancias de la derrota alemana. Claro, desde que se impusieron los partidarios de la alianza democrática... Como te dije: la Iglesia tenía caballos de recambio. Empezó con el bautismo de la democracia: la democracia cristiana de Maritain, Dom Sturzo, Adenauer... todos ellos fanáticos anti-nazis. Con el Vaticano II de Juan, gran anti-nazi también, ejecutor de la limpieza del episcopado francés, después de la Liberación, el absceso modernista reventó... y nos regaló a la Iglesia devastada de hoy. No, decididamente, el complejo anti-nazi, o antifascista, ha sido mal consejero, para los clérigos y para la Iglesia. Como para el nacionalismo político, pero aquí mucho más: porque encontraba el campo abonado por el modernismo. Si el nacionalismo se vio derivar hacia un reblandecimiento de la doctrina por la necesidad de distanciarse del mote infamante, ello fue *á contre-coeur*: los nacionalistas, aún antinazis, amaban los valores tradicionales. Aquí no: los modernistas en la Iglesia eran partidarios entusiastas de las consignas del antinazismo: del democratismo, del marxismo, del igualitarismo, de la libertad de conciencia y del relativismo: todo eso, contra lo cual habían fulminado los Papas anteriores.

–Lo cual ves vos –acoté– como un signo, o indicio...

–Indicio, sí –confirmó–, indicio que se suma a los anteriores. Indicio del significado cristiano, en una perspectiva histórica, del nacionalsocialismo y del fascismo...

–Con fuerza probatoria débil, como los demás... –lo azucé.

–Que *se suma* a los demás –insistió–. Ésta de ahora es una argumentación por opuestos, y vale: si el antinazismo militante, en la Iglesia, ha sido causa de la corrupción de la Fe..., razoná por opuestos: algo debía haber en el nazismo, que lo hacía afín al cristianismo. Quiero decir: a la *ortodoxia* cristiana. Y es más, te digo: el nacionalsocialismo, o el nacionalismo en general, si no se hubiera visto desvirtuado por la derrota del primero, naturalmente estaba destinado a

ser la defensa política del cristianismo y de la Iglesia. Debería haber sido la espada temporal, en su versión moderna, que defendiera a la Iglesia de sus enemigos exteriores e interiores..., es decir, también *de sí misma*.

–¡Epa!.., vas un poco lejos..., ¿y de sí misma? ¿Adolfo Hitler, custodio de la ortodoxia y de la disciplina eclesiástica?

–Suena un poco audaz, ¿no? –me dijo con una sonrisa medio tímida–. Pero no hubiera sido la primera vez en la historia, en que la espada temporal actuara de este modo. Así como Otón, y San Enrique, tuvieron que entrar a mandobles en Roma, para poner orden entre Papas y Antipapas, así, *mutatis mutandis* (mutatis *temporis* mutandis), el nacionalismo. o una actitud benévola y no malévola hacia él, habría preservado a la Iglesia del morbo modernista: del humo de Satanás, que penetró en ella desde que se abrió al Mundo... al Mundo de los vencedeores del '45...

–Me parece forzada tu comparación –le objeté–: Otón y San Enrique eran cristianos, eran la espada del Sacro Imperio...

–Por supuesto, no lo tomes al pie de la letra. *Mutatis temporis*, te he dicho. Ya sé que ha pasado mucho agua bajo los puentes, del Primero al Tercer Reich. La nueva espada hubiera sido la espada adaptada a nuestros tiempos... no los tiempos de la Fe, sino de la "apostasía de las masas". Precisamente: la cosa para por la valoración de las ideologías *modernas*, y sus implicancias históricas. Lo único que te digo es que, si en lugar de haber primado en la Iglesia el antinazismo, hubiera habido una actitud amistosa, y no enemiga frente a él, otro hubiera sido el desarrollo doctrinario en ella: no hubiéramos tenido la peste progre..., a esto lo afirmo. Y ya que tanto te preocupa el paganismo nazi, su no-cristianismo, te agrego: si se hubiera intentado, al menos, *convertir* al nacionalsocialismo... ahí sí se abría la posibilidad de ganar una espada temporal netamente cristiana. No se lo hizo: en lugar de ello se pusieron todos los afanes para convertir *a la democracia*. ¿Con qué resultados? Lo sabés muy bien: se le abrieron las puertas de la ciudad al caballo de Troya... Todo cierra, m'hijo, todo cierra; y este signo casa con el anterior...

Yo ya estaba un poco perdido:

–Ayudame..., ya no me acuerdo.

–Éste –me contestó–: el signo del nacionalismo como defensa posible, abortada sin duda, de la ortodoxia cristiana, desde la política..., con aquél otro, del nacionalismo derrotado, perseguido por el Mundo..., por *este* Mundo. Ocurre que una cosa está ligada con la otra. Porque el enemigo actuó con gran habilidad: concentró en el nacionalismo, como instancia política derrotada, todo aquello que se proponía destruir del *cristianismo*, en la Iglesia, en la Iglesia a la que le convenía mantener como aliada. Lo concentró bajo esta denominación, "nazi", y lo sometió a la más tremenda de las persecuciones.

–Perdonáme –lo interrumpí–, ¿a qué cosa? ¿A qué cosa, de la ortodoxia cristiana, concentró el enemigo bajo el mote "nazi", para someterla a la más tremenda de las persecuciones...?

–¿Cómo? ¿No te das cuenta?: a aquellos valores, que no eran nazis, sino de la Tradición católica: el dogmatismo, la fidelidad, las jerarquías... y el corporativismo, y la moral familiar, y el anti-feminismo, y etc., y etc. Todas estas cosas pasaron a ser "nazis"..., y la Iglesia, para distanciarse del adjetivo maldito, empezó a repudiarlas, con lo que derivó en la peor de las herejías...

–Bueno, pero entonces... eso no era mérito de los nazis, sino astucia del enemigo...

–Sí –me contestó– *eso* no era mérito de los nazis: el ser usado como chivo emisario del enemigo, para destruir la ortodoxia católica. Pero de hecho lo fueron, fueron execrados por lo que en ellos había de cristiano y tradicional. Desde entonces...

Se quedó pensativo un momento:

–Desde entonces, los perseguidos han quedado signados por el testimonio de Cristo y de la verdad... *aunque ellos mismos no lo supieran*. No lo sabían, sin duda, no se reconocían ni autoproclamaban cristianos.

Nos quedamos un rato callados. Yo intuía que la interpretación ésta de Eliseo era realmente profunda. Que traspasaba del plano de

la crítica ideológica o histórica, para penetrar en la visión profética..., en los arcanos de la ordenación providencial de los hechos históricos. Si los derrotados no sabían el papel providencial que habían cumplido en la defensa de la Cristiandad y de la Iglesia...

El viejo apuró el resto de Cointreau que le quedaba en el vaso, y volvió a fijarme la mirada:

–¿Sabés que antecedente histórico, de la historia de la salvación, me sugiere esto que te he dicho?

–Tú dirás..., todo esto me parece tan insólito... Ojo: no te lo digo en sentido crítico... Es que nunca había oído una interpretación semejante... del nazismo.

–Ni la oirás, probablemente. Ni mucho menos lo que te voy a decir ahora: el papel de los nazis perseguidos me sugiere el antecedente... de los protomártires.

–¡¿De quiénes?! ¿De San Esteban..., de Santiago?..

–No, más atrás, más atrás..., antes que San Esteban. Los primeros mártires de Cristo fueron... los inocentes degollados por Herodes. Los llamamos mártires, y con razón: ¿sabés por qué? Porque padecieron y murieron *en lugar de Cristo*. Murieron *por* Cristo, entonces, pero no en el sentido de que hayan confesado a Cristo: por cierto, ellos no lo sabían, y ni siquiera *eran* cristianos.

–Lindo papel harías, de ingenuo, comparando a Hitler y Mussolini, a Goering o a Rudolf Hess, con los santos inocentes..., sobretodo que de inocentes...

–¿Ridículo, no? Pero no me importa cómo suenen mis palabras en el auditorio de los lugares comunes. Los juicios de Dios no suelen ser coincidentes con los de los hombres. No me refiero a la culpabilidad o inocencia de los degollados, sino a la circunstancia de haber sido martirizados en lugar de Cristo. Los degollados por Herodes ocuparon el lugar del propio Cristo en su muerte. Éstos de ahora están ocupando el lugar del *Cuerpo Místico* de Cristo, de su Iglesia. Porque es la Iglesia, somos los cristianos, los que deberíamos ser perseguidos por este Mundo... y no lo somos, no lo es la Iglesia, ni

por asomo. Y no lo somos, y no lo es la Iglesia, porque nos estamos beneficiando por la sustitución terminológica ideada por el enemigo. Porque su "enemigo público número uno", no lleva el nombre de "cristiano", sino el de "nazi".

–¿Nos beneficia, entonces, la traición de la Iglesia? ¿Nos beneficia el paraguas de una jerarquía apóstata?

–Si puede llamarse a eso –me contestó– un beneficio: el no sufrir persecución cuando deberíamos sufrirla. Sabés que *no* puede llamarse a eso un beneficio... Y aquí salta, para mí, un signo portentoso, de deslumbrante evidencia...

Se puso serio, y su semblante tomó una expresión de marcada convicción.

–... y este signo, sí, es profético y está revelado... no es invento mío... Está en los Mensajes del Apocalipsis de Juan "a las Iglesias". Estos mensajes, como dice Castellani, no pueden ser interpretados de otro modo que como dirigidos a estados históricos de la Iglesia, desde el inicio hasta la consumación final. Y bien..., es el mensaje a la Iglesia de Filadelfia, la penúltima: la que es alabada por Cristo "por haber guardado mi palabra y no haber negado mi nombre". Esta es para mí, indudablemente, la Iglesia de los tiempos modernos, pero *antes* del malhadado Concilio de "Juan el Bueno". A esta Iglesia, después de alabarla, se la hace una advertencia... ¿sabés cuál?

–Sí, me acuerdo. La he leído hace poco, y me ha intrigado: "guarda bien lo que tienes, no sea que otro se lleve tu corona...". La "corona", decíme, ¿no es la corona *del martirio*?

–Por supuesto..., ¿qué otra cosa iba a ser? Sabés bien que ése es el significado alegórico de "corona" en la Escritura. Y fijáte: la Iglesia siguiente a Filadelfia precisamente, la última, la de Laodicea, es la más vituperada por Cristo, porque sus palabras "no son ni frías ni calientes": por eso, dice Cristo, "estoy a punto de vomitarte de mi boca"... ¿Qué puede significar esto, sino que...?

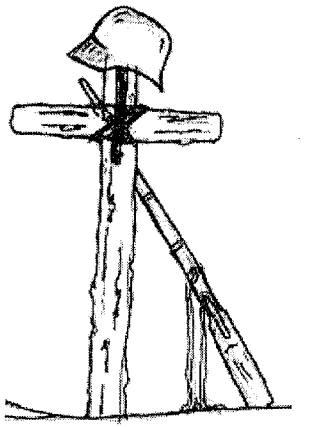
–... ¡Que después de Filadelfia, la Iglesia ha perdido su corona?

–¡Exacto! –aprobó– Eso es. La Iglesia de los mensajes es siempre

la misma: "Sardes", "Filadelfia", "Laodicea", son estados de la Iglesia, distintos momentos históricos. "*Tu* corona" es la corona de la Iglesia, la corona del martirio destinada a ella. Destinada a ella... y que otro se ha llevado. Que hoy la Iglesia ha perdido la corona, es indudable. Debería llevarla, y no la lleva: se ha reconciliado con el Enemigo. En cuanto a quien sea ese "otro" que la lleva en su lugar... lo dejo a tu suspicacia...

–Después de lo que has dicho, no hace falta mucha suspicacia para saber quién es ese otro para vos...

Así, más o menos, culminó este diálogo sobre la "Redención del nacionalsocialismo" intentada por don Eliseo... "¿Redención, dijiste? –me corrigió una vez en que usé el término–; redimir se redimen los hombres, no los movimientos... Cristo los redime. Lo que yo intento es una *reivindicación* del nacionalsocialismo, desde el punto de vista católico, cansado como estoy de tantas y tantas diatribas lanzadas contra él por nuestros amigos católicos tradicionalistas... Y en punto a la redención de los hombres, ni hablemos..., ¿cuántos católicos piadosos habrá que dedique un mínimo de sus oraciones para pedir por la salvación del alma de un Hitler, o Goebbels, o Rudolf Hess? ¿Creés eso siquiera pensable... que oren por ellos, digo...?" Y terminó, medio en chiste y medio en serio: "Descuidate, no sean ellos, los paganos, que estén orando por estos en el Cielo... Soy de la opinión de que en el Día del Juicio va a haber más de una sorpresa, del tipo de las adelantadas por Nuestro Señor en el Evangelio... ¿te acordás?: «Señor, ¿no hemos predicado en tu nombre...?... Alejáos de Mí, no os conozco".



La conversación siguió al día siguiente, con un tema inmediatamente ligado con éste, el del "Tiempo de las Naciones". Por las razones que daré enseguida, sin embargo, he intercalado lo que viene a continuación.

Un "paper" de Eliseo

Me ha parecido conveniente intercalar aquí el escrito contenido en unos papeles de Eliseo, referido al tema. Estaban, sueltos, en un conjunto de carpetas y cuadernos de los que me hizo depositario el día de mi partida. No he podido revisar todavía todo lo que me dejó, pero a éste lo he leído y veo ahora que encaja perfectamente, explicándolo, en mi relato de su posición frente al tema de la "interpretación católica del nacionalsocialismo y el fascismo". Dada su extensión, no podía meterlo como nota –aunque ese sería el lugar que le corresponde– allí donde critica la actitud anti-nazi de algunos católicos tradicionalistas.

Este escrito es un tanto agresivo, porque –por lo que se ve–, fue una reacción del momento, inmediatamente de leído el texto provocador. Lo transcribo tal cual, eludiendo sin embargo el nombre de sus "provocadores", para no herir a nadie. Como, sin duda, no han de ser éstos los únicos en sustentar la posición agredida por Eliseo, "al que le caiga el sayo que se lo ponga". Yo ... "argentino".

* * *

Dice el "paper":

"...Leído en ... n° ... de fecha ..., recensión de un tal «x», sobre una publicación póstuma de «X».

"... De este «X», que dedicó sus últimos años a una tarea poco honorable: amontonar denuestos, desautorizaciones y anatemas contra los caídos. Los caídos y execrados: éstos, a los que el Mundo no permite descansar jamás. Éstos, cuyos cuerpos permanecen –y permanecerán– «sin sepultura», hasta el Fin de los Tiempos: Hitler, el nacionalsocialismo, el fascismo ... los monstruos.

"Este «X» ... «y pensar que hace veintiaños...» –cuarenta o más, en realidad– fue mis más admirado profesor de filosofía. Y a quien debo bastante, para qué lo voy a negar.

"A la memoria de estos caídos no le faltaba nada, en punto a difamación: la izquierda y la derecha, judíos y católicos, marxistas y liberales, ateos y creyentes, revolucionarios y conservadores, transgresores y «gente honesta» ... todos, todos han hecho leña de este árbol caído.

"Pobre Hitler ... no le faltaba nada. O sólo esto le faltaba: los ataques desde el flanco de la *philosophia perennis*, desde el tradicionalismo, católico y tomista. Por los cultores de la filosofía realista, por «X», que estaba dedicado a esto hacia el final de su vida: a mostrar cómo, en realidad, Hitler y el nacionalsocialismo se siguen, en línea de consecuencia lógica, de la filosofía del Iluminismo, del Idealismo de Hegel, o de Fichte, y de Nietzsche, y del voluntarismo, y que como dice Horkheimer, o como dice Adorno ... y que patatín, y que patatán. Que nosotros creíamos que el régimen no tenía doctrina, que había sido sólo una explosión de pasión y de irracionalismo, que respondía al «fondo tenebroso» del alma germánica ... qué va: la ideología nacionalsocialista se sigue, matemáticamente, de los principios de la filosofía moderna. Y la filosofía moderna, nosotros, los tomistas, sabemos lo que es...

"Ahora, que Hitler se haya visto enfrentado, en la más espantosa de las guerras que ha visto la historia, con el liberalismo positivista sajón, y con el marxismo hegeliano y feuerbachiano, y con la masonería que prohijó todo eso, esto no tiene nada que ver, eso es «filfa». Porque, en realidad, eran lo mismo. Lo mismo o peor: la ideología nacionalsocialista era un epígono, el peor quizás, de la Revolución moderna anti-cristiana. (Raro, sin embargo: raro que se hayan enfrentado entre sí en una guerra de exterminio...). Y para fundamentar esta identidad, haces un rastreo ideológico, un rastreo de las consecuencias a las premisas (donde, por supuesto, como diría Castellani, todo es «pintar como querer»), valiéndote del término que has acuñado –con justeza, hay que reconocerlo–, de «historia filosófica». No «historia de la Filosofía», no «Filosofía de la historia». No: «historia filosófica». ¿Y qué es esto? Precisamente, lo que haces para extraer, a Hitler y al nacional-socialismo, del útero de la Filosofía Moderna. En suma:

que los movimientos histórico-políticos se explican «idealmente», con el instrumento de la filosofía especulativa y de la lógica. Sencillamente: hay que extraer las consecuencias que se siguen de los grandes sistemas ideados por los filósofos. Ellos explican todo lo que se da en el acontecer histórico. En el caso: el antisemitismo, el «holocausto», el «expansionismo alemán» ... y hasta la *Blietzkrieg* y los tanques de Guderian.

"Pero, óiganme, óiganme «X» y recensor de «X»: ¿Es verdad que son maestros y cultores del *realismo*, del realismo filosófico? Permítanme que lo ponga en duda: porque el método que están empleando, para extraer la conclusión del ortodoxo e impenitente «idealismo» y «modernismo» de Hitler y del nacionalsocialismo; ese método es ... impolutamente *idealista*. Parece que no han sabido o querido entender que, en filosofía realista (en filosofía realista *de la historia*, porque no puede existir una «filosofía histórica» realista) el significado de los movimientos histórico-políticos no puede extraerse, como conclusión lógica «ideal», de sus antecedentes. No como tubos telescópicos, uno encastrados en los otros, o como muñecas rusas. No son, los tales «movimientos», grandes cabezotas flotando sobre la tierra, sin hacer pie en ella.

"Debieran saberlo, debieras saberlo, «X»: algo me acuerdo de cuando era tu alumno, algo me has enseñado. Cierto: nunca captaste bien el preciso entronque entre la filosofía especulativa y la filosofía práctica. Entre la especulación y la política. Se te puede perdonar, porque no eras el único. Pero si hubieras sabido, o querido, captarla, sabrías que la *realitas*, las «cosas», juegan distinto en un plano y en el otro. Porque la especulación las deja intactas: sólo las refleja. La praxis, en cambio, el conocimiento práctico, las modifica. Y por el mismo hecho de que las modifica, debe adaptarse a ellas de un modo distinto a la teoría: porque ellas –las cosas– *resisten*.

"No puede, entonces, interpretarse a los movimientos –bien llamados, aquí, «movimientos»– sólo como ideas que se suceden, unas a otras, con necesidad lógica. Porque se ven confrontados con la realidad, y la realidad, a veces, modifica a las ideas prácticas. Y esto,

precisamente, cuando quien las cultiva es realista en el trato con las cosas, como sin duda lo fueron los interfectos, los partidarios de la *Realpolitik*...

"Y vos mismo, «X», me enseñaste esto ... o me indujiste este criterio. Porque de tus clases me acuerdo –y eran, precisamente, clases de «Historia de la filosofía *moderna*»– que el desarrollo de la filosofía moderna no ha sido tan lineal: que los epígonos no salen de sus antecesores como «tubos telescópicos». Que si esto tal vez puede valer para los primeros representantes del idealismo –y, así, sacarse una línea bastante directa de Descartes a Kant y a Hegel– no ha sido así con los últimos. Y que el Romanticismo, y la Fenomenología, y el Existencialismo, manifestaron signos indudables de retorno a las fuentes: al tradicionalismo filosófico y al realismo. Y que si fueron «reconducidos a la línea», fue porque la correntada del espíritu moderno era demasiado fuerte. ¿Y qué iba a hacer un profesor de filosofía frente al vendaval de la moda? Pero hasta allí, hasta la filosofía *especulativa* llegó el campanazo rectificador de lo *real*.

"Pero si esto fue así en el desarrollo de la filosofía moderna *especulativa*, ¿cuánto más podría serlo en el de la filosofía práctica, en la Política y las ideas políticas? Éstas se ven más, muchísimo más, interpeladas por la realidad, por las *cosas*. Y esto fue así, fue indudablemente así, con estos movimientos a los que vos querés extraer a la fuerza del «tubo» de las *ideas* precedentes. Que estuvieran más o menos imbuidos de ideas modernas, ¿quién puede reprochárselo? No eran, sin duda, alumnos de seminarios escolásticos. Pero no se trata de eso: porque no eran profesores de filosofía.

"Tu «filosofía histórica», método de indudable inspiración idealista, puede servir, a lo más, para interpretar el desarrollo de la filosofía especulativa. Ojo: de filosofía especulativa *idealista*. Porque no sirve, tampoco, para interpretar el desarrollo de la filosofía especulativa *realista*. Porque no se siguen ... Sócrates, Platón, Aristóteles ... como por un tubo: porque cada uno de ellos, aunque hubiera aprendido de sus maestros, se tomaba el trabajo de mirar la realidad por sí mismo. Pero no sirve, tampoco, para interpretar el desarrollo de los movi-

mientos políticos modernos, aún cuando tengan contenidos ideológicos idealistas. Porque éstos, por ser *políticos*, tenían que atender a la realidad sobre la que operaban, por idealistas que fueran.

"Pero, por otro lado, «X», por favor: ¿Hítler epígono y representante de la filosofía moderna? Si a gatas habrá leído a algún filósofo... Sabes muy bien que no era, que no fue nunca, un ideólogo. Oscuro estudiante pobretón de arquitectura, que fue llevado a la política contra sus deseos, no por ningún fanatismo de ideólogo, sino por el más espontáneo instinto patriótico, cuando se creyó obligado a «fundar ideológicamente» su praxis política, manoteó ideas un poco de todos lados: hasta del social-cristianismo de su admirado *Burgmeister* de Viena. Mussolini... quizás Mussolini sí podría ser reputado «ideólogo», con todo su pasado socialista-revolucionario a cuestas. Pero el mismo Mussolini, ¿qué hizo con todo su bagaje de ideas políticas desde que se lanzó al activismo de pos-guerra? Lo sabes muy bien: lo tiró al tacho. Y si siguió siendo socialista, fue como socialista-nacional, y «orgánico»: corporativista. Y de revolucionario se hizo conservador, y de anticlerical, «concordista» con el Vaticano, y de casi anarquista, autoritario y ... monárquico: en lo cual, claro, se equivocó, se equivocó fiero el pobre. Quiso recurrir al apoyo de los emplumados saboyanos, quiso entroncar con el Antiguo Régimen, con la tradición política europea ... y así le fue: porque los emplumados fueron los primeros en traicionarlo, después de haberlos él asegurado en el trono, el trono del que estaban a punto de sacarlos a patadas los comunistas. En lo cual reprodujo Mussolini el drama de Napoleón, el cual también, injustamente acusado por Uds., católicos «tradicionalistas», de haber diseminado por Europa las ideas jacobinas, todo lo que hizo fue valerse de las ideas jacobinas para instaurar su Imperio ... conservador. También con reconciliación con la Iglesia, con reinstauración de una aristocracia ... y con su alianza nupcial con el Sacro Imperio, en la persona de María Luisa ... y así le fue.

"Y es que es como te digo: los movimientos históricos no son pu-ro engendro de las «ideas». Porque la realidad política reclama sus condiciones, y es manejada por hombres, no por ideas; y cuando estos hombres son como los aludidos, cuando son políticos «de raza»,

se adaptan a ella. Y muchas, muchísimas veces, esa realidad política es maestra de la Verdad para ellos, y ellos, algunas veces, terminan por descubrir *toda* la Verdad: y tiran por la borda con un gesto de desprecio los consejos de los ideólogos.

Es claro que también hay otros... otros hombres y otros movimientos políticos de la modernidad, en quienes esto no pasa. Estos no son políticos de raza, sino auténticos ideólogos. Es decir, fanáticos de «la Idea». En ellos, la realidad no es aleccionadora, no es rectificadora. Cuando se enfrentan a ella y a su resistencia, sólo la ven como un obstáculo. Y si, por un momento, los obliga a rectificar algo, ello es sólo como concesión, a la espera de reanudar el camino idealístico: el camino de la Utopía. Tal el caso de Lenin con la NEP, o de Stalin con la exhumación de los íconos y las exhortaciones a la «madrecita Rusia», cuando había que parar los tanques de von Bock... y del otro lado: tal el caso de las rectificaciones de Keynes, o el «New Deal» de Roosvelt.

"Hay que saber distinguir, hay que saber ver la diferencia entre unos y otros: ambos pertenecen a la modernidad, sin duda. Pero «la modernidad» no es –no ha sido– esa cosa monolítica y sin matices, que fatalmente arrastrara a la ruptura total con el Orden Tradicional. Tú me lo enseñaste: ha habido «semillas de Verdad», de la Verdad tradicional, en muchísimos movimientos de la modernidad. Estos «llamados a la conversión», es cierto, muchas veces abortaron: el realismo incipiente en la Fenomenología de Husserl, no prosperó; lo mismo la reacción existencialista contra Hegel: dio algún fruto en Kierkegaard, y se emponzoñó del todo en Sartre... etc. Pero también aquí hay que saber ver una diferencia, entre lo que pasa con la evolución de las «ideas puras», y la de las otras: la de las ideas encarnadas en la vida política. Las dos radican en mentes humanas. Pero las primeras, que enraízan en intelectuales, son por ello más volubles, van y vienen: tienen un «corso é ricorso», en el que la patética realidad vital no interviene, o interviene poco: poco le va a un profesor de Heidelberg o de la Sorbona con plegarse o no plegarse a los vientos de la moda: por eso, las «semillas de verdad» presentes en algún sistema filosófico de la modernidad pudieron caer «en terreno pedre-

goso» y quedar sin fruto: la correntada modernista hacía retornar al cauce. Pero las *ideas políticas* comprometen mucho más: zambullen al que las lleva en el drama de una existencia violenta y agonal. Y, entonces, no es tan fácil cambiarlas, o tergiversarlas. El que se ha metido en su camino, si no es un cobarde oportunista, se verá llevado a las últimas consecuencias.

"¿No había semillas de verdad tradicional en los movimientos fascistas, o nazis? A ti, seguro, te gusta rastrear los antecedentes ideológicos en las altas regiones de la estratosfera: en la metafísica. Pero muy poco sabían éstos de metafísica. Hablo de sus *ideas prácticas*, sus ideas sociales, y políticas, y económicas, y «familiares», ¿no tenían, éstas, antecedentes en el pensamiento tradicional? ¿De dónde sacaban el «corporativismo», la «economía anti-usuraria», la moral de la familia patriarcal y prolífica, su clasicismo y anti-modernismo en el arte...? Sin duda, no lo sacaban de Aristóteles ni de Santo Tomás, a quienes ni conocían. No: los sacaban *de la realidad* ... y por eso coincidían con ellos.

"Pero, por otra parte, ¿de qué hablamos? ¿De coincidencias o enemistades ideológicas? A los hechos, «X», a los hechos: a las cosas. Alianzas y antagonismos *reales*. La Guerra ..., la Guerra fue el gran crisol de las ideas, la Guerra fue el yunque en el que golpeó el Dios de las Batallas. La Guerra probó el temple de estos movimientos, sus verdaderas o falsas pertenencias. La Guerra fue ... la hora de la Verdad. Y todo lo que estos movimientos llevaban en sí mismos de verdadero, dio sus frutos *en Ella*. En Ella terminaron las sutilezas y los alambiques de intelectuales.

"¿A quiénes –dime–, a quiénes enfrentó la Guerra? ¿Quiénes eran en ella los verdaderos continuadores, los epígonos reales y manifiestos, del positivismo agnóstico sajón, del cosmopolitismo kantiano y del liberalismo rousseauniano, del hegelianismo «con los pies sobre la tierra»?..¿Quiénes? Por más forzamientos que quieras hacer, ni Hitler ni Mussolini eran eso. Eran la reacción *contra* eso. Lo supieran ellos o no, porque no eran «intelectuales». Porque eran la reacción de la realidad, de la realidad política, agredida por las ideologías.

"En la línea de tus rastreos ideológicos, y de tu «historia filosófica», una sola concesión te puedo hacer. Niego que el nacional-socialismo o el fascismo hayan tenido esa coherencia ideológica diabólica que les atribuyes. Y me parece absolutamente forzado bucear hacia atrás en sus antecedentes ideológicos idealistas. Coincido, pues, con la interpretación convencional que tú impugnas. No hubo una formulación del nacionalsocialismo como «sistema»: fue una reacción espontánea, espontáneamente realista. Pero es cierto: si no la tuvo fue, en gran parte, porque no le dieron tiempo: la derrota bélica no le dio tiempo. Y podrías preguntarte –y yo mismo me lo pregunto a veces–: «¿Qué hubiera pasado si ... si Alemania hubiera ganado la guerra, y el nacionalsocialismo hubiera podido completar su evolución ideológica? ¿Se hubiera afirmado en la línea de sus antecedentes modernos –que, te reconozco, los tenía–, o más bien habrían fructificado en él las «semillas de verdad» tradicional que –esta vez, según yo– estaban presentes en su ideario?

"Pero todo esto son ... «futuribles»: Alemania perdió la guerra. El nacionalsocialismo fue liquidado, fue aplastado, aniquilado: su evolución ideológica posible, desde entonces, ha sido inventada por los enemigos, como tú y otros. Pero su evolución ideológica real, fue *étouffé*. *Étouffe*, *in ovo*. Fue cortada de toda posible evolución, buena o mala. «Por sus frutos los conoceréis...». Y bien, no hubo frutos. O más bien, sí, hubo frutos. *Hubo un único fruto*. Y este fruto fue el que le deparó el resultado de la Guerra. Su *holocausto*, su propio y verdadero holocausto –no el que le endilgan haber practicado con otros–: el sacrificio cruento y terminal de una Nación y un régimen, casi hasta el último hombre, en la gesta defensiva más heroica de la Historia.

"En una gesta defensiva, ¿defensiva de qué, «X»? De Europa: de tu Europa, de nuestra Europa, de la Europa tradicional, de la Europa cristiana. De la *Cristiandad*. Porque no fueron los que la defendieron, los que arrasaron sus ciudades milenarias, los que entregaron media Europa a la barbarie demencial y satánica de los Rojos, ni los que le impusieron la civilización, más satánica todavía, del Mercado Corruptor capitalista. No, no: *a las cosas*. La defendieron *de eso* ... las

aguerridas tropas de tu odiado IIIer. Reich. Los heroicos destacamentos de unas diezmadas SS que se inmolaron, hasta el último hombre, para salvar civiles –civiles alemanes, pero también rusos y polacos, y croatas y eslovenos– de la hoguera bolchevique.

"Y bien: esto a ti y a los tuyos no les interesa: porque, en realidad, Hitler, y Goebbels, y Hess ... no eran católicos tradicionalistas ni tomistas: eran los epígonos del idealismo moderno. Porque te interesan las *ideas*, no las realidades ni los hombres. Te interesa la «Filosofía histórica», y no la verdadera Filosofía –o Teología– *de la* Hi-toria.

"Y bien, como te digo: la «ideología nazi» no prosperó, no tuvo desarrollo, fue *étouffe* en el huevo. Y, ¿qué hubiera pasado si...? Bueno, no lo sabemos. Como te digo: todo eso son futuribles. Alemania perdió la guerra. El Dios de las Batallas –como le gustaba invocarlo a Hitler– no les dio la victoria. Fueron derrotados sin remisión, sin remisión histórica. Pero, «¿sabés qué...?» –como dicen los chicos. Yo creo que su derrota fue una gran misericordia de Dios para con ellos. Murieron, se acabaron, fueron aniquilados ... justo cuando cumplida su admirable gesta: *Un bel morir, tutta una vita onora*. Porque es cierto, sin duda. La «ideología nazi» podría, triunfante, haber evolucionado mal. Pero los *hechos*, las realidades, de las que fueron agentes históricos, les han dado una significación, los han *fijado*, con la derrota, en un papel del que quizás ni ellos mismos han sido conscientes: el haber sido la última defensa, la última gloriosa epopeya, de una Cristiandad declinante...

* * *

"Pero además de todo esto, «X»: ¿A qué ensañarte así con los vencidos? ¿Quién te pide derribar puertas abiertas? ¿No se ha dicho ya todo lo malo que puede decirse de ellos? ¿Es que, acaso, estás buscando dorar blasones, para hacerte así potable al Mundo? No. No lo creo: no te creo capaz de tamaña felonía.

"Éste tu anti-nazismo retrospectivo tiene su explicación: la tiene en tu propia posición política. No eres incoherente ni oportunista.

Es que, con respecto al papel jugado por el nacionalsocialismo en la preguerra, como muchos otros católicos tradicionalistas, sangras por la herida. Porque a Uds., como a la Iglesia –digo, la pre-conciliar, la de Pío XI y Pío XII– les gustaba, mucho más que el nacionalsocialismo, el... social-cristianismo. No digo la «democracia cristiana», no. No Dom Sturzo y De Gasperi, no... creo que no. Les gustaba la cosa como se venía dando, con el renacimiento católico de principios de siglo: que era tradicionalista y monárquico... y «social», también. Y que era *Anciene Régime*. Les gustaba –a ti te gustaba, seguro–, la Doble Monarquía de los Habsburgo. A falta de la cual –liquidada como había sido en el '18 por su imprudencia belicista: que no había sido de Guillermo sino de Francisco José–, a falta de la cual –digo–, ya tragada la paz democrática de Versailles, habían optado por la República Austríaca de Schuschnigg y de Dollfuss. Y el nacionalsocialismo... les escupió el asado. Porque en los tiempos que corrían primaban las ideas fuertes... y ni Schuschnigg ni Dollfuss eran fuertes. Y la jugada en esos tiempos, *era* fuerte. Era a vida o muerte: no estaban –los tiempos– para minucias doctrinarias como las dc ustedes. Y el instinto, el instinto político de la católica Austria, eligió como era debido: eligió el «principio de las nacionalidades» y los tanques dc Guderian. Que eran los únicos que podían jugar el partido que se avecinaba...

"Y nada más, «X». Que Dios te perdone esto. Porque, en lo demás, has sido un buen expositor y transmisor de la Verdad. Y a eso, te lo debo."

Al día siguiente, retomamos el tema sobre la interpretación del nacionalismo, lo que nos llevó a éste de las Naciones mismas: el "Tiempo de las Naciones".

Fue a la tardecita: "...un día, en la hora, en que el sol la cresta dora, de los Andes" ... A falta de Andes, lo que el sol doraba con sus últimos rayos, era la copa de unos eucaliptos que se alzaban en una de las lomas más altas que nos rodeaban.

–¿Un mate...? –sugirió mi anfitrión.

–¿Otro...? –Ya dos habíamos cebado, hasta el final– Pero, bueno, dale. Hasta que sea la hora del whisky, ¿no?

Eliseo se había aficionado bastante a ambas cosas. Respecto del whisky, afirmaba no tener prevenciones xenófobas en lo referente a recetas de comida y a vicios.

–No, no: adelantemos la hora del "scotch". Nos va a entonar para lo que nos queda por hablar del tema.

–Entramos a la casa. Urbana ya había preparado la mesa del copetín, con whisky, vino y licores. Sobresalía un "Black Label", del que Eliseo sirvió dos vasos con hielo, y me ofreció uno a mí, que ya estaba repantigado en el sillón, saboreándolo por adelantado, así como la reanudación de la charla interrumpida.

Me pareció oportuno volver atrás y resumir:

–Quedamos ayer entonces en que, para vos, ese es el significado histórico del nacionalismo moderno, desde un punto de vista cristiano, aún tomándolo en su versión menos cristiana, el nacional-socialismo ... Considerados, incluso, anti-cristianos por el cristianismo oficial y hasta por los católicos tradicionalistas, e ignorantes ellos mismos del papel que desempeñaban ... sin embargo eran ellos los verdaderos defensores de la Cristiandad y de la Iglesia .... ¿Te he entendido bien?

–Perfectamente.

–Bueno. Pero ahora decime –continué– aún concediéndote que hubiera esa afinidad de fondo, entre el nacionalismo y la Cristiandad... ¿no podría haberse intentado rehacer a ésta última, después del '45, bajo el signo de los vencedores? La Iglesia, supuesto caso que hubiera preferido el nacionalismo, no podía quedar ligada a su suerte. ¿No tuvo posibilidades, acaso, en la Europa de posguerra... la democracia cristiana?

Sabía que metía el dedo en el ventilador. En realidad, lo estaba provocando, porque también yo pensaba, como él, que la democracia cristiana, inspirada en la "Nueva Cristiandad" maritainiana, había tenido una responsabilidad decisiva en la propagación del morbo progresista en la Iglesia.

–La Internacional demo-cristiana –contestó– ... fue la jugada que Pío XII creyó maestra, a la vista del desenlace de la guerra... Ya te he dicho que la Iglesia tenía caballos de recambio. Pareció funcionar, al principio, como opción frente al comunismo: De Gasperi en Italia, Schumann en Francia, Adenauer en Alemania... duró lo que dura un lirio: y terminó por corromper a la doctrina, y a los políticos católicos, como no podía ser de otra manera.

Aunque, por lo que sabía de ella, me reventaba la democracia cristiana, intenté hacerle un descargo por otro lado:

–La Internacional demo-cristiana, como decís, tampoco a mi me gusta. Pero en cuanto *internacional*, precisamente, ¿no era más afín con el ideal político cristiano? ¿No es éste universal, no choca con el particularismo nacionalista? Incluso en la Cristiandad medieval, el Imperio...

Sonrió con suficiencia. Lo estaba metiendo en uno de sus temas preferidos.

–Te equivocás, de medio a medio. El ideal político cristiano-católico no fue imperial, fue nacional. En Occidente, el Orden Romano fue heredado por las naciones, por las monarquías cristianas nacionales. La Cristiandad occidental fue nacional, fue *plural*. Fue una Unidad, sí, pero Unidad en la Diversidad. A diferencia de lo que ocurrió en Oriente... pero el Imperio bizantino no es el ideal político *católico*...

Me rebelé esta vez: yo amaba al Imperio, y toda la simbología imperial. Y por otra parte, ¿no había tenido vigencia, en Occidente, el Imperio? ¿No acababa de mencionarlo, el propio Eliseo, como a la *espada temporal*, defensora de la Iglesia –"hasta de sí misma", había dicho–, con los Otones, y con San Enrique? Esta vez no actuaba yo como "abogado del diablo", sólo por provocarlo:

–Pero, ¿y el Sacro Imperio, Romano-Germánico? ¿Este, del que te he oído decir que fue la defensa del Orden Cristiano, y que fue decapitado por la espada de Napoleón, la espada de la Revolución...?

–Lo que me has oído decir, te lo reafirmo, pero no se contradice con lo que te digo ahora. El Imperio, en Occidente, cumplió su ciclo, cumplió su función... mientras fue necesario, en el siglo de hierro... y también después, es cierto: Carlos V hizo lo suyo. Pero en el espíritu de Occidente estaba lo que te digo: la Unidad en la Diversidad. Estaba ese magnífico despliegue de potencialidades culturales diversificadas, en la Unidad de la Fe. El gótico fue, sí, el "estilo internacional" europeo, pero... ¡qué maravilla la diversidad que le imprimieron los distintos pueblos: porque el gótico francés, y el inglés, y el español y el alemán, son característicos, inconfundibles. No, la Cristiandad europea fue nacional; no fue esa cosa monolítica y estancada, con sus maravillas también, no lo niego, que fue el Imperio oriental, bizantino.

–¿Y qué hay de la espada temporal, defensora de la Iglesia y de la Fe? ¿No se le atribuye ese papel al Emperador?

–Eso mismo –me contestó– fue heredado en Occidente por las naciones cristianas. Lo cual, si por un lado evitó la corrupción césaropapista que se dio en Oriente, por otro lado alentó el "chauvinismo cristiano" de cada una de ellas: ¿no te sugiere esto los títulos "hija predilecta de la Iglesia", "Reyes católicos"... etc.? No hay duda, la tentación de sentirse pueblo elegido, no fue exclusiva de los judíos. Pero eso mismo abona a favor de lo que te digo: las naciones cristianas han sido, desde su constitución, las herederas del Imperio en la defensa de la Cristiandad.

–De modo que para vos –concluí– caídas las naciones, cayó la espada defensora de la Cristiandad.

–Eso pienso, de eso estoy seguro, y ya te lo he dicho: en el '45 cae toda posibilidad de reconstituir la Cristiandad...

–Bueno –insistí–, pero de lo que hablamos hasta ahora fue de la derrota del nacionalismo, no de las naciones...

–Es que las naciones, los estados nacionales, habían segregado al nacionalismo como única ideología combativa, que podría haberlas preservado del embate del marxismo y del universalismo masónico... hoy "globalismo". Muerto el nacionalismo, las naciones no podían sino desaparecer. Lo que queda de ellas, hoy, no es más que... camisetas de fútbol, para justificar los mundiales.

A la vista de las concepciones profético-parusíacas de Eliseo, una conclusión parecía imponerse, y se la adelanté:

–Creo que te veo venir: si las naciones son las herederas del Imperio, entonces, caídas las naciones ¿cae el *Katéjon*, que dice San Pablo... el "obstáculo" que se opone a la manifestación del Anticristo? Porque si este era el Orden Romano, al decir de los Padres, y si, según Santo Tomás, el Orden Romano se continuaba, en su tiempo, en el Sacro Imperio... entonces.

–Vigilás bien mis pasos –me retrucó–. Si, a eso iba: para mí, la caída de las naciones, con la derrota del nacionalismo, en el '45, *es* la caída del *Katéjon*, es decir, de uno de ellos. Por eso te dije antes, del Anticristo... "no sé qué espera". Porque las operaciones de limpieza, de la posguerra, también han terminado.

–¿Oí bien lo que acabas de decir: "de uno de ellos"? ¿No es uno solo el obstáculo, entonces? ¿No es sólo la espada temporal, defensora de la Iglesia, lo que desaparecerá, para dejar el campo libre al *Ánomos*?

–No –me contestó–: son las *dos* espadas, la temporal y la espiritual, ambas, en íntima compenetración.

–¿La Iglesia, entonces? ¿La Iglesia también? ¿También la Iglesia ha caído, o está por caer? ¿Es esto lo que dice Castellani, que lo saca de no sé quién, de no sé qué Padre de la Iglesia: *Ecclesia de medio fiet*? ¿La Iglesia será "sacada del medio? ¡¿Puede ser esto?! ¿No contradice las promesas?

–No –me contestó con seguridad–, no las contradice. Como lo afirma Castellani, también los judíos tenían las promesas. La Iglesia no desaparecerá hasta el Fin de los Tiempos. No, pero...

–¿Qué? ¿Será recluida en las catacumbas? ¿Desaparecerá *de la vista*?

–No. Tampoco. Es otra cosa. Hemos estado hablando sobre la íntima relación que existe, entre lo que ha sido la condenación del nacionalismo, y el proceso de corrupción de la doctrina en la Iglesia...

–El papel del prejuicio antinazi en la eclosión del modernismo y el progresismo...

–Exacto... Ahora, fíjate bien: si el papel de la espada temporal era la defensa política y militar de la Cristiandad y de la Iglesia... ¿Cuál es el papel de la espada espiritual? ¿En qué sentido es "espada"?

–*Gladius spiritus* –respondí– *quod est Verbum Dei*...

–No podrías haberlo dicho mejor: es la defensa de la doctrina de la Fe, por la palabra... la definición del dogma, la denuncia de la herejía... el magisterio infalible... ¿Blande hoy esa espada la Iglesia, la blanden, el Papa y los obispos?

–No, sin duda que no, estoy de acuerdo contigo: son perros mudos... Pero no veo bien, todavía, la relación de eso con el *Katéjon*. No veo bien en qué sentido, el ablandamiento "baboso" de la doctrina de Cristo pueda representar la caída del –o de uno de los– *Katéjon*. ¿No es esto el Obstáculo que se opone a la manifestación del Anticristo? Me decís, por otra parte, que esto no quiere decir que la Iglesia vaya a desaparecer *literalmente*...

–No, precisamente: no caerá, como decís, literalmente. Pero será, ya lo es, enmudecida en su función, desactivada. La función de la Iglesia, la función magisterial *decisiva*, en los momentos en que alborea el Anticristo es... *denunciar* al Anticristo, señalarlo. Señalarlo, para prevenir a los fieles. Decirles: *Ecce Homo*, *Ecce Homo perditionis*, éste es, el hombre de perdición. El gesto que, como seguro recordarás, pone Solovieff en el último Papa, Petrus Romanus. ¿Hace

algo parecido a esto la Iglesia de hoy? Fijate, fijate –se acaloraba, por momentos–: el último Papa que alertó sobre que los tiempos modernos estaban cada vez más maduros para la aparición del Anticristo fue Pío X, en su primera encíclica allá por 1905. Y desde entonces ahora, ¿es que se ha revertido el proceso de apostasía? O más bien al contrario ¿no se ha acelerado espantosamente? ¿Y qué hacen los Papas? ¿Ponen en guardia a los fieles?

Quedé impresionado por la gravedad de la consecuencia:

–Me aterra un poco decirlo, pero parecería que hacen todo lo contrario: desguarnecen a los fieles ante la proximidad del Enemigo. Ni lo mencionan, y, casi, casi, parecería que los preparan para recibirlo benévolamente...

–Te aterra, y *es* aterrador: la Iglesia visible, a grandes rasgos, se hace cómplice, cómplice del Anticristo.

–Y esto sería, para vos, la interpretación que hay que darle a *Ecclesia de medio fiet*: sería la desaparición del obstáculo doctrinal.

–Exacto. Como ves, no es que desaparezca en su estructura visible. Desaparece como maestra de la Verdad, como testigo de Cristo. Por ende, como denunciante del Anticristo. *Ecclesia de medio fiet* –es de Victorino mártir, la expresión– quiere decir: la Iglesia es sacada del medio como un testigo molesto. Hoy ya el *Ánomos* puede presentarse en toda su abominable realidad y... bueno: ¿crees que muchos católicos lo reconocerían como tal, como Anti-cristo? Porque esa "abominable realidad", no es la de una fiera echando espumarajos y blandiendo un sable ensangrentado. No... es el *Ánomos* que dijimos, todo blandura y tolerancia, y permisividad. No: descuidate que los fieles actuales, adoctrinados por éstos, no lo tomen por Cristo: a Quien hoy se predica de este modo. En este sentido, te digo, el enmudecimiento de la Iglesia actual es caída del *Katéjon*, con mayor razón aún que la caída de la espada temporal. Porque si, como dice San Pablo, el *Katéjon* es obstáculo a la *manifestación* del Anticristo...

–Entiendo, te entiendo –continué–: su caída significa, no que ahora pueda el Anticristo encumbrarse, o actuar, sino *manifestarse*: porque no escandalizará a nadie...

Comprendí que, si esto que decía Eliseo era verdad, entonces... entonces la cosa está como para, por lo menos, prepararse. Entonces se habría cumplido lo que me había dicho: "el *Katéjon*, cualquiera que sea, ha saltado en mil pedazos: no sé qué espera el Otro para manifestarse". Porque si el *Katéjon* era, en realidad, dos, o un doble *Katéjon* interactuante, entonces la caída de esta su segunda faz aparecía decisiva. Porque se trataría, ya no de una valla física, o material, política, a su dominación, sino de la defensa anímica, interior, de los cristianos, para dejarse avasallar. Y cuya ruina *tiene* que ser, sin duda, el último requisito reclamado para la manifestación del *Ánomos*. De todos modos, opté por reconducirlo al otro aspecto, el referido a la desaparición de la espada temporal, que él veía realizada en la caída de las naciones. En lo que coincidía con algo que he leído de Donoso Cortés: "Señores, los tiempos están preparados para la aparición de una tiranía monstruosa, universal, porque... –no sé qué cosa–... *y porque todos los patriotismos están muertos*".

–¿Tiene que ver, lo que me has dicho sobre la caída del *Katéjon* temporal, el crepúsculo de las naciones cristianas, con aquello que dice el Apocalipsis: "Y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de las naciones"?

–Claro que sí –asintió–, pero no es en el Apocalipsis de San Juan. Está en uno de los sinópticos, creo que en San Lucas. Por supuesto, coincide con este signo, *tout se tient*, como dicen los franceses. Todo concuerda, todo está relacionado. Si, por supuesto que sí, estoy seguro de que es así: la caída actual de las naciones es el "tiempo de las naciones": el tiempo de las naciones, *cumplido*. Y esto es el fin de la Cristiandad, porque la Cristiandad ha sido el conjunto diversificado de las naciones cristianas. Y cada una de ellas, y el conjunto, han tenido su "tiempo", el tiempo que les ha sido *concedido*.

Me rebelé contra ese fatalismo, propio de su visión de viejo decepcionado:

–¿Por qué el "tiempo *concedido* a las naciones"? ¿Quién, qué fatalidad, o qué hado les ha puesto un "tiempo"?

–Ninguna fatalidad o hado –contestó–. Lo que hay es la inclusión en un pr oceso histórico general, regido por la libertad de los hombres y la Providencia de Dios. Es la parábola de la historia cristiana, de la historia de la Salvación, hecha de los avatares de triunfo y derrota. La lucha entre Cristo y el Anticristo, con su progresión de ascenso y descenso: nacimiento, persecución y triunfo de la Iglesia, decadencia y... derrota. En esa historia general de la Cristiandad, cada nación ha tenido su "tiempo", esto es, el tiempo para el cumplimiento de su *vocación*, nacional y cristiana. La han cumplido, cada cual a su manera, con mayor o menor acierto, con mayor o menor fidelidad, con mayor o menor fruto a los ojos de Dios. Dice Dostoievsky, que cada pueblo tiene una palabra nueva que decir a la Humanidad. Habría que interpretarlo así: cada nación cristiana ha tenido una palabra nueva que decir a la *Cristiandad*, al Orden Cristiano. Y así ha sido. Así ha sido, aunque como te dije antes, muchas veces cada una se haya querido arrogar la condición de pueblo elegido *por Cristo*, de representante único de la Cristiandad. Vicios humanos... que vas a hacer: una especie de "chauvinismo" cristiano. Pero es cierto: cada una de ellas dio algo substancial a esto que, en conjunto, llamamos la "Cristiandad": Francia el modelo de la monarquía cristiana, con los Capetos, y dio mucho más, sin duda; España dio la Reconquista, y la Evangelización del Nuevo Mundo, y mucho más, sin duda; Italia la Sede de Pedro, y Santo Tomás, y el Dante, y mucho más; Britania, la evangelización de Germania, y mucho más; Germania, la defensa en las marcas, y mucho más. Como ves: distintas vocaciones nacionales, un mismo espíritu, una misma empresa cristiana...

–¿Y nosotros –interpuse–, dimos algo a la Cristiandad?

–Algo –repuso, melancólico–: poco más que nada... Pero dimos algo. Si no dimos más fue porque, cuando empezamos a ser, justo la parábola de la Cristiandad empezaba un declive acelerado...

–Bueno... entonces, para vos, todo esto se acabó...

–¿Y que te parece? No sólo se acabó: se *revirtió*. Porque así como la fidelidad a Cristo y a la Cristiandad tuvo múltiples expresiones nacionales, así, ahora, las tiene la apostasía. Porque hay una caracte-

rísticamente española, y una francesa, y una italiana, y una inglesa... y una inconfundiblemente argentina. El tiempo se ha cumplido, y lo mejor sería, para cada una de ellas, de las naciones apóstatas, que su tiempo, no solo se cumpliera, sino que *finiquitara*: que finiquitara, antes de llegar a las "profundidades de Satán".

–Bien, Eliseo, bien: pero todo eso se acabó, como tú lo has dicho. Se acabó la Cristiandad, y toda posibilidad de restaurarla. Se acabaron sus últimas manifestaciones modernas: las naciones cristianas. Se acabó nuestra nación... tú lo has dicho, o insinuado... ¿o no?

–Sí, todo eso te he dicho, o insinuado. Creo que eso es así... ¿Y?..

–Y entonces, ¿a qué seguir añorándolas? Si lo que debe venir es la Parusía, el Reino Eterno de Cristo... todo lo demás es historia, historia pasada...

–Te contesto –contestó–, con una expresión del Antiguo Testamento... creo que de los Salmos: "que la lengua se me pegue al paladar, si me olvidara de ti, Jerusalén..." A esto lo dijo un judío de la cautividad babilónica... y no sé por qué será tan terrible para un judío que la lengua se le pegara al paladar... Pero el sentido es éste: la memoria *viva*, la memoria viva de la Ciudad... vivida. Para nosotros, en estos tiempos postrimeros, es lo mismo. La Cristiandad, las Patrias, son vigentes, viven: viven incardinadas en la Eternidad... y en la memoria de los fieles.

–Pero, y entonces, el Reino de Cristo, el Reino Eterno, ¿no es otro?, ¿no es un Reino trascendente, celestial?

–No podemos representarnos ese Reino Eterno, sino con las imágenes y conceptos de lo ya vivido. El Reino de Cristo ha sido ya, en la tierra; el Reino de Cristo será, en la Eternidad. Pero el Reino eterno de Cristo recogerá lo histórico. Recogerá todas las maravillas que la Cristiandad ha dado... nada de ello se perderá.... Por eso la rememoración actual de aquello nos es vital. "Que la lengua se me pegue al paladar, si me olvidara de ti, Jerusalén"... si me olvidara de ti, *Cristiandad*. Esa rememoración alienta nuestra esperanza. Porque eso, que ha sido, volverá a ser: volverá a ser, transfigurado, sublimado...

Eliseo se veía como transportado por un *élan* místico.

–Bueno, pero, ¿no es cierto también aquello de "lo que ojo humano no vio, ni oído oyó, eso tiene preparado Dios a sus elegidos"? ¿No es esto lo que te digo, que el Reino Eterno de Cristo es *otro*, otra cosa?

–Es lo mismo con todo –me contestó– es lo mismo con todo... es claro que, entonces, no habrás visto lo que veremos... pero trascendente y todo, *hay* una continuidad. No habrás visto, en la visión beatífica, lo que has visto en la historia. Pero porque será su *apoteosis*, la apoteosis de la vida histórica –y ese estado es imposible de representárnoslo. Pero es *lo mismo*, lo que será llevado a apoteosis, divinizado. Los muertos son "semilla", dice Pablo, semilla de Resurrección: es el mismo cuerpo, el que resucita... glorioso. Y el Señor transfigurado en el Tabor no era otro Cristo, era el mismo... Y sobre todo en esta época, en la época del Anticristo, ¿qué mantiene nuestra esperanza, si no es la memoria de la Cristiandad? Será la misma Cristiandad la que resucite, sublimada y divinizada. No se pierde... nada se ha perdido: resucitará. Por eso debemos alentar nuestra esperanza en el Reino Eterno, con los únicos elementos que tenemos, por nuestra memoria histórica, de representárnoslo...

–¿Tiene, eso que decís, algo que ver, con lo que leí anoche de Castellani, en los *Papeles de Benjamín Benavides*, sobre lo que llama "el paisaje de la vida futura"?

–¡Exactísimo! –se entusiasmó–, exactísimamente lo dijo Castellani, en esa su diatriba contra una teología que, de tanto insistir en que la vida futura "no es eso": eso que toscamente nos representa nuestra imaginación terrena, termina por segar toda esperanza. Porque la esperanza enraíza, lo quieras o no, en la imaginación. Sólo que Castellani nutre esa imaginación del triunfo futuro, del "Milenio", precisamente en cosas "nunca vistas". Mientras que, lo que yo digo, es que esa imaginación del Milenio, se nutre de lo ya vivido: es la imaginación histórica, la reconstrucción imaginativa del pasado...

–Y, entonces –dirás vos–, de las Cruzadas y de San Luis, y de Felipe II y de Lepanto, y de la Conquista de América...

–Y del gótico y del "amor cortés". Y de la Guerra Civil y los Cristeros... y de la Reconquista de Buenos Aires, y de la Vuelta de Obligado.... también. Todo eso que legítimamente amamos, de la Cristiandad, será. Al menos, *mi* representación del Triunfo parusíaco de Cristo, los implica. Por eso no las olvido, no quiero olvidarlas. Quiero que al menos en mí, y en los pocos que piensan como yo, vivan: "que la lengua se me pegue al paladar, si me olvidara de ti, Jerusalén". Porque es el aliento de mi esperanza. Y la única forma que tengo de representarme, aunque sea imperfectamente, el Triunfo Eterno de Cristo.

Era indudable que, para Eliseo, el tiempo histórico estaba cumplido, también, junto con el "tiempo de las naciones". Porque ya no quedaba esperar una nueva Cristiandad histórica, y sí sólo un Reino trans-histórico, del cual la primera habría sido el *typo*.

Pero es obvio, sin embargo, también, que el tiempo histórico *no* ha terminado, aunque haya terminado ya el tiempo de la Cristiandad, y de las naciones cristianas.

Se lo hice notar, así como la circunstancia de que nos quedaba una cuestión pendiente, conectada con el signo del "tiempo cumplido de las naciones".

–Bueno, Eliseo, me dirás cómo sigue la cosa. Porque el vaticinio apocalíptico conecta este "tiempo cumplido de las naciones" con otra cosa, otra cosa que debe darse en el tiempo histórico.

–Por supuesto. Y esta otra cosa representa para mí la confirmación más patente del cumplimiento de lo profetizado. En las palabras de Cristo, el "tiempo de las naciones" es puesto como subordinado a ella. Es el vaticinio sobre el castigo histórico y la posterior recuperación de... ¿de quién?

–Sí, claro – le contesté –: de Israel. Porque la predicción es "...Y Jerusalén será hollada por los gentiles, *hasta que se cumpla el tiempo de las naciones*"...

–Efectivamente, efectivamente –siguió–... nos queda por tratar esto. ¿Qué te parece? Estas dos cosas se cumplen, hoy día, de modo

patente ante nuestros ojos: el tiempo de las naciones, es decir, la caída de las naciones cristianas y la Cristiandad... y el resurgimiento político de Israel. Las dos cosas concatenadas, ligadas, como las da el texto. *Et pour cause*, porque una es causa de la otra... más bien, en realidad, porque una *es* la otra. En efecto, la derrota de la Cristiandad *es* el triunfo de Israel. La derrota de la Iglesia, el triunfo de la Sinagoga. Israel, en lucha con la Cristiandad, desde los orígenes de ésta, dominada un largo tiempo por ésta, ha terminado por vencerla: al corromper a las naciones cristianas y destruirlas. Esto significa, creo, la predicción: Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de las naciones: y esto es lo que se ha cumplido... Ahora: que la Jerusalén restaurada, o que la restauración de Jerusalén, pertenezca al tiempo histórico que, según dijiste, no ha terminado, o al otro... eso, obviamente, es susceptible de dos miradas. En realidad, son *dos* "Jerusalenes" las que están "visadas" –como diría Castellani– en el texto: la Jerusalén terrena, y la Jerusalén celestial. Pero bueno, vamos por ahora a la primera. *Ésa*, por lo pronto, es la que resurge ahora, ésa es la que ha derrotado a la Cristiandad, ésa la que ha dejado de ser "hollada por las gentes".

Lo corregí:

–Pero vos dijiste que la Cristiandad ha caído con la derrota de las potencias nacionalistas, en la guerra.

–Eso mismo –contestó sin titubear–: a la guerra la ganaron los judíos...

–Yo hubiera dicho que los aliados...: Inglaterra, Estados Unidos y Rusia.

–No es así: las naciones aliadas fueron la fachada. En realidad, fueron empujadas a la guerra por la internacional judía... *todas* ellas perdieron la guerra.

–Te podría conceder eso –repliqué–, de las europeas. Indudablemente, no ganó la guerra Inglaterra, que terminó por ver su Imperio desmantelado. Es cierto, que más le habría valido aceptar la alianza que le ofrecía Hitler. Pero no fue el caso de Rusia y Estados Unidos, las super-potencias de la posguerra.

–¡Qué dos me ponés!.. ¿Rusia? Rusia, la *nación* rusa no salió vencedora. No salió vencedora más que como ejecutora de un plan de subversión mundial, armada detrás del Ejército Rojo... creación de Trotsky. Cuando la Unión Soviética terminó de cumplir su misión subversiva mundial, se disolvió como un terrón de azúcar en el café... ¿Estados Unidos?.. Otra que tal: potencia, sí, y pre-potencia, pero solo mientras se mantenga incondicional a los intereses del Estado de Israel, y mientras a éste le sea necesario... dejá nomás que Israel se sienta capacitado para valerse por sí mismo, y lo quiera... ya vas a ver en qué queda la prepotencia americana... No: si alguien ganó en el '45, fueron los judíos. Jerusalén ya no es más hollada por ningún gentil. Israel ya puede levantar la cabeza. Es decir, Jerusalén: la Jerusalén terrena.

–... Pero –siguió–, dejémoslo acá: ya me duele la cabeza con tantas evidencias, con verdades tan patentes. Si te parece... ¿Vamos a dormir?

* * *

Por supuesto, accedí. A mi también, en realidad, la cabeza me daba vueltas... no sé si por la catarata de argumentos y razones, o como efecto de las libaciones alcohólicas. Sea como sea, me fui a dormir bastante excitado. Antes de hacerlo, le sonsaqué la promesa de que me completaría su visión del tema de los judíos, del destino próximo de Israel. Cumplió lo prometido solo unos días después, y es eso lo que reproduzco a continuación.

Recuerdo que esa noche me costó dormirme. Yo estaba bastante hecho al tema "apocalíptico", o "parusíaco": las tenidas de bohemia intelectual con mis amigos de Bella Vista, últimamente, iban a caer siempre en eso mismo. Y es que nadie que se tenga por cristiano consciente podría dejar de sentir la gravedad de los tiempos que nos han tocado vivir. Pero oír estos temas de boca de Eliseo Madariaga... era distinto. Él realmente *vivía* esa gravedad y sensación de inminencia. Las vivía, notablemente, a pesar de su retiro y apartamiento del

mundanal ruido. Indudablemente, algo de su espíritu se me había pasado, porque no sólo dormí mal esa noche, sino que me sentí asediado por mis propios "demonios interiores", en una pesadilla, o duermevela con imágenes agobiantes. Una sensación de desolación y desamparo me movió a forzar el despertar. Arrodillado al borde de la cama, recé completo un rosario. Los psicólogos modernos lo atribuirían, seguro, a la cadencia monótona de los avemarías: pero lo cierto fue que, ya en el segundo misterio, mi espíritu se había apaciguado... Y una imagen de la Virgen –era la conocida de Guadalupe, la "parusíaca", pisando al Demonio y coronada de luz– ocupó mi imaginación hasta que me dormí.

El Destino de Israel. O *"De Gloria Olivae"*

El diálogo sobre los judíos, o sobre el destino de Israel, tuvo lugar, creo, unos días después, poco antes de la charla sobre el *Ánomos* y la "anomía". Le recordé la promesa de tratarlo, sin lo cual el signo del Tiempo de las Naciones quedaba trunco. Fue después de un opíparo almuerzo y reparadora siesta.

–Quedamos el otro día –empecé–, con una cuestión pendiente...

–Sí, ya sabía que no me lo perdonarías. El papel de los judíos, en estos tiempos, y en los que vienen...

–Eso. ¿Qué podés decirme de eso?

–¿Qué *puedo* decirte? Opinión comprometedora me pedís: sabés que soy medio gallina, y no quiero líos. Te la daré si me prometés sigilo, que no salga de aquí. "Sella lo que han dicho los truenos, como dice el Profeta, y no quieras escribirlo..."

Como Eliseo ya es muerto, y además no le interesaba su fama o difamación post-mortem, creo que puedo reproducir ahora su opinión: dejándole, por mi parte, a él, toda responsabilidad...

Así habló, después de desperezarse:

–Como te decía los otros días, fue Israel la verdadera vencedora en la última guerra. Desde entonces ahora, su poder ha ido continuamente en aumento. Hoy en día...

–¿Dominan hoy día los judíos?

–Por supuesto. ¿Lo dudás? Son, hoy, el único *Herrenvolk*.

Era la primera vez que le oía calificarlos así. Después usó la expresión varias veces, cuando la charla sobre el *Ánomos*, que había de salir de ellos. "Herrenvolk", pueblo de señores: el título que se habían aplicado a sí mismo los alemanes, no hacía tanto. *Sic transit gloria mundi*... Sin duda, Eliseo consideraba al dominio actual de los judíos, mundial: el *único Herrenvolk*... Decidí corregirlo:

–Bueno, creo que exagerás, como otros. Es cierto que tienen mano libre con los palestinos, y que mangonean en las finanzas mundiales, pero eso no es todo. El dominio del mundo es más complicado, más sutil... Tu conspirativismo parece ser una simplificación...

–Sin duda que *es* una simplificación: toda intelección es una simplificación. La realidad concreta, histórica en este caso, es infinitamente compleja. No entendemos *nada* de ella, si no encontramos las grandes líneas. Claro que hay excesos en esta forma de interpretarla: la de los visionarios, que minimizan los detalles, y la contingencia de los hechos. Pero, desde el punto de vista de la *comprensión* de la historia, este exceso es menos grave que el opuesto: el de los que se pierden en los detalles, y a quienes los árboles les tapan el bosque. Porque éstos no entienden nada. Los otros pueden equivocarse, sin duda, pero cuando no se equivocan en las grandes líneas, verdaderamente *entienden*. Hoy, esas grandes líneas se muestran cada vez más patentes a la inteligencia... lamentablemente, justo cuando los hombres están menos capacitados para verlas: o porque no ven, o porque no quieren ver.

–Y entre estas grandes líneas, vos ves el dominio creciente de los judíos...

–Esperá, esperá... empecemos por distinguir, como buenos discípulos de Santo Tomás. Porque hay judíos y judíos. Ya verás cuando terminés de oírme, que no soy tan anti-judío, como es seguro que te habrán dicho de mi nuestros amigos de Paraná. Ni mucho menos "antisemita": término, como reconocerás, de lo más equívoco. Porque caerían bajo esta calificación los enemigos de los árabes, mucho más que los enemigos de los judíos...

–¿Por qué "más", los enemigos de los árabes? ¿Son ellos, acaso, más semitas que los judíos?

–Me parece que es así, sí: los árabes pueden alegar mayor identidad semita que los judíos. Entre los judíos, puede ser que los sefardíes puedan alegar cierta pureza de sangre semita, pero ¿los Aschkenazis, y todo el resto de la diáspora? Éstos llevan dos mil años de mezclas de sangre, con los europeos de oriente y de occidente, con eslavos...

¿has leído a Koestler?... y con... arios. No, la identidad judía no es tan fácil de determinar: no es racial. O no lo es fundamentalmente.

–Siempre creí que lo era –respondí–. Por lo menos, así piensan la mayoría de los antisemitas: éstos, que espigan en los apellidos, si la terminación "vich", o "berg", o "man", con una o dos "n". Buscan las características de la conducta, o de la psicología, judías, por la descendencia, por la herencia de sangre.

–Ahí tenés –contestó–: es una simplificación, pero, en el caso, una simplificación errónea. En la que cayeron, sin duda, los nazis, porque no sabían nada de Teología de la historia, con su obsesión por la pureza de la sangre aria... hasta no sé qué generación. Es el mismo error, y sumamente pernicioso, de los antisemitas que tiran a desconfiar de todo judío converso, porque tiene gotas de sangre judía. No: la identidad judía que nos ocupa ahora, la del sujeto del *poder* judío, no es racial. Obvio: no es *sólo* racial, ni lo es fundamentalmente.

–¿Dónde la ponemos, entonces? ¿De qué, o de quiénes hablamos, cuando hablamos del "poder judío"? ¿De qué hablamos, si no ha de ser de una entelequia, de un fantasma de nuestra imaginación, o de un... chivo expiatorio?

–Fijáte –me contestó–: no es un fantasma de nuestra imaginación, como les gusta decir a quienes niegan el problema judío, y ridiculizan a los antisemitas. No: los judíos serían los primeros en desmentirlo. Ni mucho menos de un chivo expiatorio, como alegan, por su parte, los judíos. No: el poder judío es real, y es hoy enorme. Pero has planteado bien el problema. Nuestro tema actual sobre el destino de Israel exige que definamos qué es, hoy, el judío, como sujeto de poder...

–Bueno: pero si hay un poder judío, como decís, hay entonces voluntad de poder, una voluntad *común*: ¿no basta eso para definirlos?

–Seguimos en las mismas –negó–: ¿De *quiénes*, esa voluntad de poder?

–Y bueno, que se yo... los grandes centros financieros, las agencias informativas, el *establishment* cultural...: ¿No son todos esos, hoy, judíos?

–Estoy de acuerdo contigo: todo eso que decís tira, hoy, a imponer en el mundo, un modo de ser y una mentalidad, judías, y una defensa de los intereses judíos... Pero te das cuenta de que el razonamiento sigue en círculo vicioso: seguís presuponiendo al sujeto. Finanzas, agencias informativas, estructuras culturales... todas esas cosas son hoy instrumento del poder judío. Pero no te sirven para identificar al sujeto, porque ni todos los financistas son judíos...

–... Ni todos los judíos, financistas –completé yo–. De acuerdo. Pero, ¿qué, entonces?; ¿Acaso el Estado de Israel? ¿Los ciudadanos del Estado de Israel?

–Vuelta a lo mismo –contestó–. El Estado de Israel fue creado por ellos, para los judíos... el "hogar nacional" judío. Es también un instrumento: creado, supuestamente, para evitar los progroms en tierra extranjera, y para que abandonaran la diáspora.

–Que, por supuesto, no abandonaron...

–No, claro. Sin la diáspora, sin los millones que les provee la diáspora, el Estado de Israel es inviable. Pero también el Estado de Israel es un instrumento. Pero no como cualquier otro Estado puede ser considerado instrumento. No como el Estado nazi era considerado por Hitler instrumento de la nación o de la raza germánicas. El Estado de Israel tiene, para los judíos, otro significado: es un símbolo, un símbolo religioso. El Estado de Israel es, para ellos, en realidad... Jerusalén, es Sión.

Me pareció que empezaba a encontrar el hilo. Aunque, en realidad, era Eliseo el que me había conducido a la punta del ovillo:

–¿La *religión* judía, entonces...? ¿Eso los define? ¿Son judíos los observantes de la ley mosaica, los que todavía esperan la venida del Mesías?

–Parece mentira –me contestó– que recién caigamos en esto. Aunque tampoco esta definición del judío, por la religión, es fácil

de entender. Aquí hay mucha tela que cortar, como verás. Porque, como sabés muy bien, entre los que hoy se llaman "judíos", hay algunos observantes de la Ley, y muchísimos más que no lo son: y, precisamente, entre los más reconocidos sionistas, entre los mismos que han tomado al Estado de Israel, y a Sión, como un símbolo. Pero sí, sin duda... el elemento definitorio del judío *es* religioso, mucho más que racial. Religioso o, mejor digamos, teológico. El "problema judío", como se decía antes, es teológico. Y, de este problema, su presupuesto, esto que buscamos ahora: la identificación del judío *como sujeto de poder*. Ahora bien –meneó afirmativamente la cabeza–: ¿Sabés a qué caemos con esto?

Puse cara inquisitiva:

–Tu dirás...

–Al *nombre*, de nuevo. Judíos, hoy, son *los que se llaman a sí mismos judíos*.

–¿Todo lo que hablamos, para llegar a esto? ¿Una tautología, o algo así?

Sonrío satisfecho, como si me hubiera agarrado en una encerrona:

–Parece mentira que no cayeras, con toda tu versación escriturística: es San Juan que los define así: "los que se llaman a sí mismos judíos... *y no lo son*".

–¿Cómo?, ¡¿Cómo?! Menudo intríngulis, este en el que me has metido. Los judíos cuya identidad buscamos, que son los que se dicen judíos, son y no son judíos...?

Asintió a la conclusión, pero corrigió:

–No son *verdaderos* judíos. Sabés lo que quería decir el vidente con eso, ¿no?

–Dejame pensar... creo que si: que a partir de Cristo, el Mesías a ellos prometido, dejaban de ser "hijos de Abraham" los que no lo reconocían como tal, y que la verdadera descendencia de Abraham... de Judá, pues... pasaba a los gentiles...

–A los gentiles convertidos a la fe en Cristo, y a los judíos fieles a Cristo, judío El mismo, como todos sus primeros discípulos, como

su Madre Santísima. Sin duda que todos, o casi todos, los primeros cristianos, fueron judíos. Y quién sabe no hayan sido mayoría en Jerusalén, y en toda Judea y Galilea. Es algo que olvidamos demasiado fácil nosotros, y los judíos mismos: que el cristianismo empezó siendo enteramente judío... racialmente digo. Y que, muy probablemente, la adhesión a Cristo empezó siendo mayoritaria en Israel, y que si dejó de serlo fue por la represión de los jefes de la Sinagoga. Sin duda: ellos eran los elegidos: los primeros-elegidos, quiero decir, no los únicos: Dios no hace acepción de personas.

–Y rechazaron... rechazaron al Mesías.

–Que fue acogido en masa por los gentiles. Pero fijate una cosa: no se dieron cuenta de esto: de que la conversión a Cristo de los gentiles era, en realidad, el triunfo de Israel. Claro: ellos querían otra clase de triunfo... Pero este hubiera sido su verdadero triunfo. Como lo dijo el anciano Simeón, refiriéndose al Niño: "luz para iluminar a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel".

–Pero dejaron pasar la oportunidad...

–Perdieron la volada, sí: "... ¡Si al menos conocieras ahora, Jerusalén, lo que hace a la paz tuya...!". Rechazaron los dirigentes, rechazó la Sinagoga: y traspasaron la responsabilidad del rechazo al pueblo que los siguió: "¡Caiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos...!"

Me di por satisfecho:

–Está bien. Pero, entonces, no hay ningún problema: allí se separan, allí nos separamos, los que dimos como ya venido al Mesías, en la persona de Jesús, y los que no lo aceptaron, y todavía lo esperan. Dos religiones distintas... dejemos en paz a los judíos.

Contestó, con aire de resignación:

–Si ellos nos dejaran en paz a nosotros... No: no somos "dos religiones distintas". No es el judaísmo una más de las "grandes religiones monoteístas", como les gusta decir a nuestros actuales ecuménicos. El judaísmo está en una relación inescindible, unido por un lazo irrompible, al cristianismo. Son los judíos, en cierto modo cristia-

nos, como nosotros somos, en cierto modo, judíos. Es más: nosotros somos los verdaderos judíos. La Iglesia es la Nueva Israel, la Israel de Dios, como ya vimos. Pero no nos llamamos "judíos". Nos llamamos "cristianos". Ellos se siguen llamando a sí mismos "judíos"... y no lo son.

–Está bien: nosotros somos los verdaderos judíos, pero ellos, ¿en qué sentido son "cristianos"?.. porque dijiste que lo eran, en cierto modo.

–Los judíos –dijo– giran en la órbita de Cristo, y del cristianismo. Lo que define a los judíos, después de Cristo es... el rechazo: el *odio* a Cristo. En este sentido te dije que, en cierto modo, son cristianos. *"Wer verfolgt, folgt"*, dice Niezstche: "el que persigue, sigue". Lo que identifica al judío en la historia posterior a Cristo no es una identidad racial, sino un espíritu religioso: es el odio a Cristo, a la Iglesia de Cristo y a la Cristiandad. Esta es su "voluntad común": la destrucción de la Iglesia de Cristo y de la Cristiandad. Esto es lo que los ha mantenido unidos en la diáspora, precisamente, en el orbe cristiano, durante todos los siglos de supremacía cristiana. Porque su rechazo del Mesías, de Jesús de Nazaret, no les fue indiferente, les quedó marcado. Y vieron el triunfo de la Cristiandad, el triunfo que *a ellos* les había sido prometido, y la odiaron, odiaron a la Cristiandad: por *celos* odiaron. Vivieron dentro de la Cristiandad como un testimonio vivo. Vivieron enquistados en ella, nutriéndose de ella... y odiándola. Ellos fueron los promotores de casi todas las persecuciones, de casi todas las herejías...

Me pareció excesiva la imputación:

–¿*Todos* los judíos? ¿Todos los judíos se definen por el odio a Cristo?

–No –corrigió–, desde luego que no. Estamos tratando de definir al sujeto del *poder judío*. Al judaísmo como un todo, al pueblo, al sujeto de una voluntad histórica. No a los individuos del pueblo judío... sin desmedro de que haya algunos, pocos o muchos, que sean conscientes de esta voluntad común. Después de su reprobación, y de su diáspora en el seno de la Cristiandad, al judaísmo lo unió eso:

una inquina persistente y tenaz contra la "Nueva Israel", que de ellos había salido... y les había birlado la herencia: por culpa de ellos, naturalmente. Por eso, siguieron a la Cristiandad en todo el espacio de su difusión: acechándola siempre, buscando su destrucción. Fue eso lo que preservó su *identidad*. Eso... y la acción de la misma Iglesia, y de la Cristiandad.

–Bueno, bueno... –le observé–: entiendo que su permanencia en el seno de la Cristiandad haya contribuido a la preservación de su identidad. Pero porque, en ella, debieron defenderse de los ataques. ¿Es eso lo que querés decir? ¿Qué la consciencia de parias y de perseguidos haya aguzado su instinto de conservación como pueblo? Porque la persecución, creo yo, o elimina a la minoría perseguida, o la robustece: si es lo suficientemente fuerte para resistir a la agresión. Me parece que algo de razón tienen los judíos, cuando acusan a la Iglesia de haber sido la inspiradora del antisemitismo. La acusación de "pueblo deicida"... No creo que la Iglesia haya *querido* preservarlos: más bien al contrario...

–Pues te equivocás: fue así. Leé las enseñanzas de los Papas, leé a Santo Tomás. En la doctrina política que se difundió en la Cristiandad, había una clara conciencia de la necesidad de preservar la identidad del pueblo judío, de evitar la desaparición de los fieles de la Primera Alianza, réprobos de la Nueva y Eterna... De preservarlos, sin duda que *separados*... "discriminados", digamos. Porque demasiado bien se conocían sus intenciones en relación con la Cristiandad, y su capacidad para mimetizarse en la sociedad. Pero, sin esta defensa de la identidad judía por parte de la Iglesia, no creo que se hubiera mantenido su identidad, en absoluto. Hay aquí un misterio, un enorme misterio, del que no sé si habrán sido conscientes los propios promotores de esta política. Porque es un misterio que está en relación directa con las profecías sobre los Últimos Tiempos.

–Decís que sin esta custodia, por parte del cristianismo, de la identidad judía, ésta habría desaparecido: no parece avalado por la historia. El judaísmo sobrevivió a infinidad de persecuciones por parte de los pueblos dominantes de la historia. Hay, evidentemente,

algo distinto en el pueblo judío, una capacidad de resistencia especial... que es lo que ufana a los judíos, supongo.

–Claro, claro –concedió Eliseo–, claro que hay "algo". Pero, de nuevo: lo que, después de identificarlos, cualifica a los judíos, esta cualidad de resistencia que preserva su identidad, no es algo que les pertenezca racialmente. Es algo... teológico. No son ellos, *es Dios*, es la Providencia de Dios. Si los judíos se ufanan de esto, no tienen de qué ufanarse. Igual en todo: así como no han sido *elegidos* por ser mejores, tampoco han sido *preservados* por ser más resistentes.

–¿Pero no son "mejores" por haber sido elegidos?

–Sí, exacto: pero mejores en la medida que reconozcan esto: que no han sido elegidos por ser mejores, sino al revés. Y lo mismo de su supervivencia como pueblo. No se han preservado a sí mismos por sus propias cualidades raciales. Han sido preservados por Dios. Hasta el nacimiento de Cristo, los judíos han sido preservados en previsión de Cristo: porque El debía nacer del "tronco de Jesé". No hubo, en el judaísmo de la Primera Alianza, ningún elemento *natural* que los hiciera más resistentes que otros pueblos. Al contrario: militar y políticamente, eran un alfeñique; culturalmente, se prestaron a todo tipo de asimilaciones: no tenían una cultura propia. Y aún religiosamente... ya sabemos de la suma de infidelidades a Yahvé de la "esposa adúltera". No, simplemente: Yahvé *no quería* que desaparecieran. Aunque estuvo tentado, más de una vez, de exterminarlos, o de dejarlos exterminar por otros pueblos. Pero... se arrepentía. Ahora bien, después: una vez cumplida la Redención de todo el género humano en el judío Cristo-Jesús; y una vez verificada, igualmente, la apostasía y reprobación de la Sinagoga... después no ha querido Dios, tampoco, que desaparecieran. Aunque, ahora, el motivo es otro: primero fue la ascendencia carnal de Cristo; ahora... ahora es, como réprobos, su papel de testigos dentro de la Cristiandad.

–Siempre me ha chocado esto –me rebelé–: los judíos réprobos, "testigos". Testigos, ¿de qué? ¿De la reprobación, es decir, del castigo? ¿Para que se verifique aquellos de "caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos"? Un poco cruel, parece: como aquello de los

bienaventurados solazándose, en el Cielo, con las llamas de los condenados...

–No, no es eso, o es mucho más que eso –respondió–. La preservación de los judíos réprobos dentro de la Cristiandad es necesaria porque serán un *signo*, un signo parusíaco. Allí está su papel de testigos, hasta la Segunda Venida. Serán el más portentoso signo parusíaco. Porque en ellos se hará patente el sentido último de la Historia de la Redención. Serán el último signo que precederá, y hará patente, la Gloria del Cristo que vuelve. Para eso los ha preservado la Iglesia... no, no la Iglesia: el Espíritu de la Verdad, que ha dirigido a la Iglesia durante los largos siglos de la historia cristiana.

Me asombró este reconocimiento del papel providencial de los judíos, después de sus diatribas sobre su papel como enemigos de la Cristiandad:

–¿Ellos?, ¿Ellos un signo cristiano?

Me respondió, condescendiente:

–Bueno, ellos... su conversión, por supuesto. Su reconocimiento de Cristo Adveniente. No ya en su Primera, sino en su Segunda Venida: como Mesías *que vuelve*. El reconocimiento, por lo tanto, de su propia culpa en nuestra historia de animadversión recíproca: de la de ellos, judíos, y no sólo de la de los "antisemitas": porque dentro de la Cristiandad, ellos han seguido odiando y persiguiendo a Cristo... en su Cuerpo Místico. Pero está escrito: "Cuando la venda caiga de sus ojos"... "cuando miren y vean al que traspasaron"; cuando vean y reconozcan a *Quien* traspasaron: al prometido de las Escrituras, al Primogénito... entonces...

–¿Entonces qué?: ¿vendrá el Fin?

–Entonces Cristo se hará patente: patente en ellos, primero. Porque el reconocimiento de la Reyecía y la Divinidad de Cristo, por parte de quienes lo condenaron y persiguieron, como blasfemo, será un testimonio palpable, palpable a la vista de todos.

–¿Y te parece que eso puede estar cerca –dudé–: la conversión de los judíos? ¿Es verosímil que los judíos renieguen de sí mismos, justamente ahora, ahora que, como decís, dominan?

–Bien has puesto la objeción –me contestó–. Porque si los judíos hoy dominan es, sin duda, en su papel de enemigos de Cristo y de la Cristiandad. Efectivamente, después de siglos de sometimiento, ahora amanece para ellos la gran victoria: la victoria sobre Cristo y la Cristiandad, su enemigo histórico. Y ha sido un triunfo sin remisión, porque la ex-Cristiandad ha sido convertida a *su* espíritu: por eso nadie te reconocería hoy, en la Iglesia oficial, que son los triunfadores sobre Cristo y la Cristiandad.

–Como te digo, entonces –rematé–: no parece muy plausible que *ahora* se conviertan...

–No te equivoques –insistió–: no es cuando una potencia ha eliminado a su enemigo histórico, cuando está en su mejor forma. Acordarse de Catón, de Roma y Cartago. En este mundo cruel, es la oposición a un enemigo común lo que mantiene unidos a los pueblos. Hoy, el judaísmo triunfante ha de ser un hervidero de tendencias encontradas: los sionistas del "mesianismo carnal", inmanentistas y occidentalizados, los religiosos fundamentalistas, trascendentalistas o no... entre éstos –de paso– creo que tiene que andar la posibilidad de conversión...

–No creés, entonces, que si se convierten, se convertirán todos...

–Desde luego que no. Demasiado se ha enraizado y difundido, entre los judíos, lo que llaman el "mesianismo carnal". Son muchos los que, como los fariseos del tiempo de Cristo, se han cansado de esperar la venida de un Mesías que viene "de lo alto", del Emmanuel, Dios-con-nosotros. Han asumido por sí mismos la figura mesiánica: no El que viene, sino el mismo Pueblo Elegido, la descendencia carnal de Abraham... ese es el Mesías. No: de estos no puede esperarse conversión, o parece muy difícil.

–¿De los religiosos, pues, de los fundamentalistas?

–No sé. Como te digo, las cosas han de andar muy mezcladas hoy, en Israel. Lo de "religiosidad" es un término ambiguo, sobre todo aplicado a los judíos. Siendo la primera virtud del hombre, la religión puede convertirse en la peor de las perversiones: *Corruptio optimi, pessima*. En el caso del fariseísmo, la corrupción de lo religioso consistió en buscar reconocimiento público por el hecho de ser "religioso": en la soberbia del observante. Mucho me temo que haya mucho de fariseísmo en el actual fundamentalismo judío, que hoy goza de influencia política en Israel: el legalismo, y la observancia enloquecedora que trasuntan, parece superar a la de los fariseos antiguos. Y esto, esta soberbia religiosa, los acerca al mesianismo carnal de los sionistas occidentalizados: que son, por su parte, sencillamente ateos.

Me impacienté con sus resguardos: ¿Dónde veía, entonces, las posibilidades de conversión?

–Bueno –le dije– pero vamos a la parte positiva. Dijiste que entre los religiosos fundamentalistas, "trascendentalistas o no", podía estar la posibilidad de conversión de los judíos...

–Corrijo: trascendentalistas, sin duda, sólo entre ellos. Entre los que conserven, o redescubran, la verdadera fe. Por "verdadera fe" quiero decir: reconocimiento de la *Trascendencia* de Yahvé. Fe en la existencia de Yahvé, como *Otro*. Que si es Otro, y es Yahvé, no puede quedar asimilado a pueblo alguno. Solo de allí puede venir la esperanza de un Mesías *que viene*: que viene "de lo alto". Y que no puede venir de un pueblo endiosado en la Inmanencia.

–Pero los fariseos antiguos *eran* religiosos, ¿no? El mesianismo carnal que decís, ¿no fue una corrupción posterior?

–Pese a sus protestas en contrario, contra los gentiles, los fariseos caían en el mismo error idolátrico de los paganos: la apropiación de Dios, la *nacionalización* de Dios. De allí a la divinización del propio Pueblo Elegido, había un paso. El fariseísmo histórico está en la raíz del mesianismo carnal, que vino después.

–Pero, ¿no entendían lo que leían en las Escrituras, que el Dios de Israel es el único Dios? Si es el único Dios...

–Apuntás bien –me aprobó–: se cerraban al sentido obvio, por soberbia. En el Antiguo Testamento estaba clarita la condena a toda posible *apropiación* de Dios, por parte del Pueblo Elegido, y a todo exclusivismo de su elección. Si Dios es *Otro*, si Dios es "separado", y es Creador, Dios es el mismo *para todos*. Que "el Dios de Israel es

el único Dios", debía haber significado, para ellos, solo esto: que Yahvé es el Dios de todas las naciones, y no sólo de Israel. Que su Providencia se extiende a todos, y que si, por exigencias de la condición espacio-temporal de la humanidad, tuvo que elegir a *un* pueblo, ello no fue sino para que este pueblo Lo predicara como Dios de todos. Los judíos carnales lo entendieron mal. Porque el Dios *de* Israel era, sin duda, el Dios que *predicaba* Israel. Pero entendieron mal la conjunción "de": la entendieron en sentido posesivo, como que indicaba *propiedad* de Israel. Exactamente como los paganos. Y esto generó la enorme soberbia judaica. Porque Yahvé era, en efecto, el único Dios verdadero. En la Antigüedad, mientras estaba todavía vigente el sentido religioso obvio, de la Trascendencia de Dios, este *poseer* al único Dios *verdadero*, frente a los dioses falsos de los gentiles, movió al tremendo desprecio de los judíos hacia los paganos. En los tiempos modernos de la Inmanencia, es decir, de la ruptura del vínculo religioso auténtico, esta pretensión de poseer al único Dios verdadero, debía derivar a una sustitución de ese Dios verdadero por su "propietario", que devino, así, pueblo *endiosado*. Simplemente, se lo tragaron a Jehová: se lo asimilaron a ellos... Y lo mismo que de la adoración de Dios, de la esperanza de Su salvación. Ya no más Dios-que-salva, ya no más "Emmanuel", el Dios-con-nosotros, sino el *Pueblo* que salva: ellos, pueblo endiosado, salvador de la Humanidad. Ahí tenés cuál es, para mi, la génesis del "mesianismo carnal".

–¿De dónde, pues?, ¿De dónde, la previsión de su conversión?

–Ya te lo he dicho: sólo los judíos que mantengan, o re-descubran, la verdadera fe religiosa, el sentido de la Trascendencia... sólo aquellos para quienes Dios es Otro, El que "habita en alturas inmarcesibles"... solo éstos pueden llegar a reconocer *a Cristo*. Porque, si es así, entonces estos judíos no pueden creer en la salvación del Mundo por Israel. Porque entonces deben creer que el Salvador, el Mesías, viene de lo Alto: que es Enviado desde lo Alto. Y, claro, hay un paso, pero que no debería ser tan grande para los asiduos a la Escritura, entre decir "viene", y decir "vuelve". Ya vino... y *vuelve*.

–Es claro, entonces, que estos judíos, auténticamente religiosos, no han de comulgar con quienes...

–... Con lo que creen que ya, su dominación, es el triunfo de Israel, y la promesa mesiánica. Sí, como te dije: las opiniones no han de ser tan unánimes en el judaísmo actual. Pero, de todos modos, será difícil el disenso, si es que existe, de los judíos religiosos. Porque Israel ha conseguido el triunfo con sus propias manos, por su propia industria. Los judíos que rechazaron a Jesús, lo hicieron porque El no se adjudicó los caracteres mesiánicos que ellos esperaban: el caudillaje sobre huestes, que les permitiera derrotar a los romanos. Pero ese triunfo, imaginado entonces según los parámetros históricos conocidos: guerras, victoria, sangre... hoy se les está dando a la manera moderna: control del dinero, domino de la opinión. Pero igual es dominio, dominio político. Cristo no les dio ese triunfo, y por eso fue rechazado: ellos lo están consiguiendo ahora, por sí mismos... no será fácil, sin duda, para los judíos religiosos, con un Israel triunfante, optar por el Gran Derrotado. Y, en *estas* condiciones, "mirar al que traspasaron"... al que ellos mismos traspasaron: a Jesucristo y a su Iglesia.

–Bueno, pero y entonces, la Iglesia... –dije yo–: ¿No debería estar puesta la Iglesia de hoy, como a su más importante misión evangelizadora, en convertir a los judíos?

Pegó casi un bufido:

–¡Puah! ¿La Iglesia? ¿La Iglesia post-conciliar? Esta no está para convertir a nadie, mucho menos a los judíos, nuestros "hermanos en la fe", nuestros "Padres"... Por lo pronto, hoy la Iglesia es pluralista: cualquiera se puede salvar, con tal que sea "sincero". ¿Evangelizar, la nueva Iglesia? Si ha llegado a invertir el apóstrofe de Pablo: "¡Ay de mí si no evangelizara!"; ahora es: "¡Ay de mí si *evangelizara*!". Y, con respecto a los judíos, con el terror que les tiene... ¿Te acordás lo que pasó, cuando Benedicto intentó volver al viejo Misal, con su invocación del Viernes Santo por la conversión de los "pérfidos" judíos? Se le fueron al cuello, los de afuera y los de adentro. Y el escándalo no fue por lo de "pérfidos", que no significa más que "los

que abandonan la fe" y, por otro lado, lo hubiera sacado. No: lo que es un escándalo es pretender convertirlos. No, no: a no ser que cambie algo fundamental, la Iglesia Católica ni amagará convertir a los judíos...

–¿Y entonces...? ¿Qué ni quién los convertirá?

Aquí marcó una pausa, como para dar mas peso a lo que iba a decir:

–Nada ni nadie. Ellos mismos se convertirán... *solos*, espontáneamente: por la Gracia de Dios, naturalmente. La venda caerá de sus ojos, y reconocerán a Cristo, a quien traspasaron. Y lo llorarán con auténtica compunción, y se lamentarán por El, por el Primogénito. Y es más, te digo, te digo esto:... ellos serán los que recriminen, entonces, a la Iglesia, por su propia apostasía, por la apostasía moderna *de la Iglesia*. Le dirán, ellos, ahora: ¿Cómo es posible que hayas vendido, que hayas abandonado *tu* herencia? Será la recíproca de lo que aconteció con la relación gentiles-judíos en la Primera Venida. Es así como se cumplirá, creo, el vaticinio de Pablo, en la Carta a los Romanos, ¿te acordás?

–Sí, creo que sí: lo del olivo cultivado y el olivo silvestre...

–El acebuche, que por lo visto, eso quiere decir. Pablo, sí, el "antisemita"... pero también judío del linaje de Abraham, celador de la Ley... Pablo apostrofa también a los gentiles conversos: "Y tú, gentil, no te engrías... que si Dios no perdonó a las ramas naturales, puede que tampoco a ti te perdone, si no perseveras: a ti, injerto de acebuche. Y si tú fuiste injertado en el olivo original, poderoso es Dios para injertarlos a ellos de nuevo en el propio olivo... si vuelven de su incredulidad."

–En el propio olivo... ¿qué significa? ¿En la Antigua Alianza?

Volvió a dejar la Biblia que había tomado de un estante, para buscar la cita:

–Obvio que no. La Antigua Alianza cedió a la Nueva y Eterna. No: los judíos que vuelvan serán reinjertados en la Iglesia... a la que, a su vez, le serán cortadas las ramas muertas... Por eso te he

dicho: no vaya que sean ellos precisamente, los judíos, los que con su conversión a Cristo hagan volver a la Iglesia de su propia apostasía. Lo cual sería una maravillosa jugada, salida del Trono de la Sabiduría... Una de esas que tanto Le gustan: un contra-envido.

Me levanté, y meneé la cabeza, dudoso todavía:

–Me parece difícil, por no decir imposible, conociendo la mentalidad judía, que se conviertan, hoy día... Si me dijeras cuando estuvieron amenazados en su existencia, por los nazis. Hoy... parecería un milagro.

–*Sería* un milagro... es decir, *será* un milagro. ¿No lo dice también San Pablo? Será una resurrección de entre los muertos... ¿o te creés que no han conservado su dura cerviz? Pero será. Y cuando sea... ellos tendrán la primacía, por lo que te dije. Porque creo que ellos, una vez convertidos, re-convertirán a la propia Iglesia, es decir, la pondrán en la línea de la Iglesia de siempre. De esa línea de la que se ha apartado la Iglesia, al claudicar bajo los judíos triunfantes. Pero, además, repará en esto: al poner a la Iglesia en línea de la Iglesia de siempre, de la verdadera Iglesia de Cristo, ellos mismos se harán herederos de lo que combatieron toda su vida... *también de la Cristiandad histórica.*

Me volví a rebelar, esta vez por motivos opuestos a lo anterior:

–¿De la Cristiandad? ¿De *nuestra* historia cristiana, de la magnífica creación de Occidente... casi se me escapa "de la raza blanca"... con su portentosa cultura, artística, filosófica y teológica? ¿Ellos heredarán al gótico, al Dante y a Santo Tomás?

–Eso pienso –me contestó–. Y allí veo aplicado, también, aquello de que "mirarán al que traspasaron". Traspasaron a Cristo, y traspasaron también a la Cristiandad, la destruyeron y la devastaron. Y se convertirán a Cristo, y se convertirán a la Cristiandad, es decir, la *asumirán*. Como nosotros mismos, gentiles, por la apostasía de ellos, nos hicimos dueños de la herencia de Abraham, y de los Patriarcas y Profetas. La apostasía de la Iglesia moderna con respecto a la Cristiandad (acordate de los "mea culpa" de Juan Pablo) los hará herederos a ellos. Y, te aseguro: me llena de júbilo esto, esta reconciliación.

Que será la que dice la Escritura: "cuando yo haga volver el corazón de los padres a los hijos, y de los hijos a los padres".

Me saltó el indio. Me había llegado el turno a mi, de ponerme antisemita.

–Me llenaría de júbilo también a mí –dije, sin mucha convicción–. Pero te confieso que eso que dijiste, de que tendrán la primacía... me rechaza un poco. Lo he leído en algún lado, creo que en Meinvielle. El judío converso "antes" que el gentil, cristiano de toda la vida. ¿Por qué? ¿Qué derecho tienen a heredar la Cristiandad, ellos que la combatieron durante toda su historia?

–Yo también te confieso –me contestó–: me revienta un poco a mí también. Pero en mí es, creo, reflejo "racista". Me choca, en mi condición de ario, y de enamorado de la vieja Cristiandad europea. Pero es que eso mismo era el "injerto en el olivo", nuestro injerto inmerecido en el olivo cultivado. Los gentiles no lo merecimos, cuando fuimos injertados en el viejo olivo: no lo merecerán, tampoco, los judíos, cuando sean injertados en el nuevo. Pero es que de eso se trata, precisamente: que empecemos a reconocer, los judíos y nosotros, que no merecemos nada: ni la condición de Pueblo Elegido, ni la condición de Pueblo Regenerado: que toda elección es Gracia. Por otra parte, debemos tragárnoslo... nos guste o no. Porque no es que lo diga Meinvielle. Meinvielle lo saca de San Pablo: la conversión final de los judíos y esta su consecuencia. Porque el ser ellos, entonces, heraldos de Cristo Adveniente, reinjertados en la Cristiandad histórica, los hará "primeros". Será ésta su gloria: la *Gloria del Olivo* *.

* Poco antes de la elección de J. Ratzinger como Benedicto XVI, apareció la noticia según la cual a su Pontificado correspondería, según las "profecías de Malaquías", el lema *"De Gloria Olivae"*. No he visto refirmada la noticia, ni he constatado su autenticidad. Pero si fuera verdadera podría ser interpretado el lema, no como lo pretendió algún periodista por entonces: como si significara que el Papa había de ser de raza judía, sino que el nuevo Papa había de ser contemporáneo con la conversión de los judíos: porque eso y no otra cosa puede significar, para una mente cristiana, el título "De la gloria del olivo".

Creí oportuno sacar una conclusión:

–Pero entonces, si, como decís, ellos se harán herederos de la Cristiandad, como nosotros fuimos hechos herederos de su historia de Patriarcas y Profetas, ¿no podría significar esto la instauración de una nueva Cristiandad... un viraje decisivo en la historia de la Redención, una Cristiandad de judíos conversos y gentiles, reconciliados?

Aprobó mi intuición:

–Me gusta, me gusta mucho esa idea, y te la tomo para adaptarla a mi propia concepción del Milenio... con una corrección, solamente: no será más *historia* de la Redención...

No sabía yo nada de esa su concepción del Milenio. Tema este que, por lo demás, siempre me había parecido medio fantasioso. Lo dejé seguir:

–... del Milenio del triunfo de Cristo. En mi interpretación, este Milenio fue ya, pero como "typo": fueron los mil años de la historia cristiana, la Cristiandad histórica. Pero como "antitypo" definitivo, el Milenio será... la apoteosis *eterna* de la Ciudad Cristiana. Si lo de la conversión de los judíos a Cristo al Fin de los Tiempos es como dijimos, si con ello asumen la historia de la Ciudad Cristiana como propia, entonces esta apoteosis definitiva de la Ciudad de Cristo, ya no gravita en torno a Roma... sino en torno a Jerusalén. ¡Ojo!: no la Jerusalén terrena: la celestial. La que "baja –como dice el Apocalipsis– ataviada como la esposa que se engalana para el esposo". Y que es eterna, no histórica. Porque, acordate: "Le será dado el trono de David, su padre, *y Su Reino no tendrá fin*..."

Al viejo se le iluminaba la cara, a medida que avanzaba en su explicación: la historia tenía, entonces, un "final feliz", exultante en realidad, aunque hubiera que pasar el trago amargo de la Persecución...

* * *

Me acuerdo que esta charla sobre el destino de Israel, una de las últimas que mantuve con él, terminó muy tarde, como a las tres de la mañana. Después de darnos las buenas noches e irse cada uno a su cuarto, me acosté, y emprendí una decena del Rosario. No habrá sido por iluminación, sin duda, sino por alguna asociación de ideas relacionada con lo que habíamos hablado, pero se me representó nuevamente, como la vez anterior, la imagen de la Virgen de Guadalupe, que ahora cobró para mí una significación reveladora. La de Guadalupe es, en efecto, una representación apocalíptica de María, porque tiene rasgos que evocan al Signo Magno que ve Juan en el Cielo: "... Vi en el Cielo un signo grande: una mujer vestida de sol, con la luna bajo los pies y una corona de estrellas. Estaba encinta, y gritaba con los dolores del parto, y con el tormento de dar a luz...". Salvo las estrellas, que en la de Guadalupe están diseminadas en el manto y no forman corona, y por la ausencia de los dolores, que en ella están substituidos por un semblante maravillosamente pacífico... es la misma. Está encinta, aunque no atormentada por dolores: es una de las tantas aplicaciones, en la iconografía mariana, de la visión apocalíptica de Juan, solo que representando a María, encinta de Cristo en su *Natividad*. Según he leído en Castellani, los exegetas se dividen entre los que consideran al signo de Juan como representación de la misma Virgen María –a la que se atribuye un misterioso papel en la Parusía–, los que lo interpretan como aludiendo a la Iglesia en el trance, y los que lo atribuyen a la Israel convertida de los últimos tiempos. Esta última interpretación es la que Castellani prefiere, aunque reconociendo que las otras dos podrían ser válidas en algún sentido. Sin proponérmelo explícitamente –estaba tratando de conciliar el sueño y no de desentrañar misterios– se me ocurrió, de pronto, la idea: de estar a lo que había explicado Eliseo, las tres interpretaciones podrían ser válidas *conjuntamente*. Porque si era verdad que un resto de la Israel de los últimos tiempos se convertiría, y que, convirtiendo él mismo a una Iglesia apóstata, la asumiría, junto con todo su legado histórico... dos de los términos de la alegoría quedarían sintetizados: Israel y la Iglesia. Quedaba el tercero, María... Pensé que Ella también quedaba integrada, de algún modo, en la tríada. Sólo que, como

antes pensara, no parecía concordar, lo de los tormentos de parto de la Mujer parusíaca, con el parto indoloro atribuido a la Virgen de la Natividad, recogido en el semblante sereno de la guadalupana.

Le comenté, pues, mi "visión" a Eliseo, la mañana siguiente. Me oyó, visiblemente interesado:

–¡Feliz de ti, Simon-bar-Jona, porque esto no te ha sido revelado por la carne ni por la sangre!..

–¡No me canonices!

–No te canonizo –me contestó, divertido–. No es motivo para que te ufanes: acordate de que Pedro, a renglón seguido, fue recriminado como "Satanás". Pero tu intuición es certera. Lo que has visto, o imaginado, o pensado, resume maravillosamente lo que te he dicho y creo que será. La Virgen María, el tercer elemento de la tríada, y el más encumbrado, resume, personificándolos, a los otros dos: la Iglesia y la Israel convertida. Ella, que es Madre de la Iglesia, como lo refirmó el último Concilio en una de sus pocas definiciones rescatables, es, al mismo tiempo, el "tronco de la raíz de Jesé". Es decir: la carne purísima que ha incorporado al Verbo Eterno, en la carne y la sangre de Abraham. María, Madre de Cristo por la carne y por la sangre, y Madre espiritual del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia... ¡Indudable!: *Es* María la que está figurada en la visión del Apocalipsis; no se ha equivocado la iconografía cristiana en atribuírsela. Es María, y es la Iglesia, y es Israel reconciliado... *al mismo tiempo*.

–Está bien –le dije–, ataste el cabo suelto, pero... ¿y los dolores del parto, y la tribulación de la parturienta? No sé si será verdad, que su parto histórico fue indoloro, pero ¿qué hacemos con esta actualización parusíaca de su figura? ¿Cuál puede ser su papel en los tiempos parusíacos?.. María fue asunta al Cielo y, como Cristo, ya no padece más...

–No creas: padece. Padece Ella, como padece Cristo... en su Cuerpo Místico, en los dolores de la Iglesia militante en la Tierra. Como padeció al pie de la Cruz, por su Hijo carnal, padecerá entonces (padece siempre, en realidad, hasta el fin de los tiempos, padece so-

bre todo ahora: ¿no has oído de las imágenes lagrimeantes de María?) por sus hijos adoptivos, incorporados a Cristo en el Cuerpo Místico... hasta que el Cuerpo Místico complete, como dice San Pablo, "lo que falta a la Pasión de Cristo". Padece, claro, *místicamente*: místicamente *en* ellos, en los fieles.

–Pero decime entonces –insté– por qué esta visión es apocalíptica o parusíaca. Si padece siempre, como decís, si ha padecido siempre en los padecimientos de la Iglesia...

–Es que entonces, es decir, ahora, el Cuerpo Místico padece distinto, padece de otra manera, de una manera especial.

–¿Te referís a la Gran Tribulación, que dice Castellani, a la que se ha de padecer en la Parusía, o poco antes...?

–A eso me refiero, si, pero añadiendo este detalle: esta última gran tribulación es, precisamente, una tribulación *de parto*. Por eso está la Virgen figurada así en la visión, aún cuando ya parió a Cristo, sin dolor, en su Primera Venida...

–Justamente, eso es lo que llama la atención. ¿Entonces...?

–Este nuevo parto de María, místico es... *la conversión de los judíos*. La conversión de su pueblo según la sangre. Como también dice Castellani, al final de los tiempos los judíos "parirán a Cristo": esto será su conversión, un parto. Porque no les va a ser fácil...

Recordé el dato anterior: la dificultad, para los judíos actuales, vencedores en toda la línea, de ponerse del lado del Gran Derrotado, y de los derrotados.

–Pero no es sólo por eso –me contestó–. Por supuesto que es eso lo que dificulta psicológicamente, hoy, la conversión de los judíos: ¿Quién se va a reconocer culpable de una conducta que le ha dado tan buenos resultados? Pero acordate de que no estamos hablando de *todos* los judíos: solo un "resto" de ellos se convertirá a Cristo. Y estos... sufrirán la persecución de sus propios hermanos, más que nosotros, los "cristianos viejos". Así como el odio especial de la Sinagoga hacia los primeros cristianos se debió al hecho de que eran judíos, de que habían salido de ella como una secta hereje, así será

el odio de los judíos hacia los que entre ellos se conviertan. Y más: porque en la época de Cristo no estaban triunfantes. Imaginate ahora: cuando en pleno triunfo se les de vuelta la propia tropa.

–Sufrirán pues, los judíos conversos, la persecución de los judíos-judíos...

Me corrigió:

–Recordalo, volvemos al principio: de los que "se llaman a sí mismos judíos, y no lo son". Estos en cambio, ahora, se llamarán a sí mismos "judíos", y lo serán realmente. Reivindicarán el nombre: verdaderos judíos... *porque cristianos*.

–¡Caramba!, ¡Caramba! Te me has puesto más pro-judío de lo que pensaba...

Se rió, con ganas:

–¡Y de lo que yo mismo pensaba! Pero, ¿qué le voy a hacer? Estoy obligado a reconocerlo, se sigue de las premisas: *tout se tient*...

* * *

Hasta aquí llegaron mis memorables charlas con don Eliseo Madariaga, profeta... de Sauce de Luna. Hablamos de muchísimas más cosas. De Signos proféticos y de hechos contemporáneos que no son tan "signos", sino la mismísima realidad profetizada. Pero fueron éstas que transcribo las que me quedaron más grabadas, y creo que con ésta –o con la del *Ánomos*– terminamos. Fue unos días antes del Suceso que mencioné más atrás, y que apuró mi partida. La última noche anterior a mi retorno, Eliseo estuvo particularmente meditabundo, y parco. Como si presagiara algo, y lamentara mi próxima partida, se mostró especialmente afectuoso conmigo. Después de hacernos él mismo la comida, de poner la mesa y levantarla, pasamos a los sillones del living donde él mismo, también, me sirvió un cognac. No se por qué, asocié su actitud a la de Cristo en la última cena: por su especial deferencia hacia mí. Parecía faltarle, solamente, buscar una jofaina y lavarme los pies.

–¿Sabés? –me dijo, tristón–: me recordás a mi hijo...

Nunca me había hablado circunstanciadamente sobre su familia –parecía eludir el tema–, así que ni sabía yo que hubiera tenido hijos.

–¿Cuántos tuviste, Eliseo?

–No: uno nomás. Mi mujer quedó estéril por una operación, después de tenerlo. Es más o menos de tu edad...

–¿Lo ves seguido, te visita acá?

–No. Nunca. Y yo no lo reclamo. Prefiero que no venga. Hemos quedado en las antípodas. Evolucionó... evolucionó a lo peor. Yo no la vi venir hasta que fue tarde. Todo por culpa de su educación universitaria... católica. Para peor: abogado exitoso, hizo plata, mucha plata. "Yuppie", bah... "yuppie católico". Un ánomos, bañado en agua bendita...

Quise alentarlo:

–¿"Medio ánomos"?

–No: ánomos entero, integral...

No le seguí el tema, ni alenté a que lo siguiera. Se ve que era demasiado duro para él. Demasiado duro, sí, para un hombre como él. Casi todo lo veía a la luz de las postrimerías, que sentía cercanas. Imposible que no se atribuyera la responsabilidad por el alma de su hijo.

–Me recordás a mi hijo... en la pinta, nada más. Quisiera que me hubiera salido como vos... pero dejemos, dejemos eso... ¿Qué vas a hacer de tu vida?

–Y... qué se yo... si la cosa es tan inminente...

No desmintió mi previsión. Pero me insistió en algo que ya me había dicho, respecto de nuestra actitud en la previsión apocalíptica:

–Si es inminente, no importa que lo sea, para nosotros. Ya sabés: siempre hay algo que podamos hacer, aunque tengamos la tormenta sobre nuestras cabezas. Y, sobre todo, *un* algo: "el justo, hágase más justo, el santo, santifíquese más". A esto, nadie te lo podrá quitar.

Con éste y otros temas, igualmente intimistas y más o menos melancólicos, terminó la charla, de la víspera de mi partida.

* * *

Dormí profundamente. El propio Eliseo me despertó a la mañana siguiente, a eso de las ocho. Su talante de la noche anterior había cambiado diametralmente. Venía muy inquieto, un poco alterado, cosa inusual en él.

–¡Levantate! Algo grueso ha pasado, algo grueso está pasando. Tengo que confirmar la noticia que me acaban de dar. Me voy volando al pueblo.

A la noticia la tenía por Eusebio, el peón, que vaya a saber lo que había oído, y cómo había interpretado. Algo había pasado "en Europa"; un "atentado" de los terroristas... La noticia, tan escueta como la había trasmitido Eusebio, no hubiera tenido nada de particular, si no hubiera sido por la agitación con que lo hiciera, evidentemente signo del sensacionalismo con que se la había transmitido su propio

informante. ¿De dónde, Eusebio, se iba a mostrar tan alterado por una "noticia de Europa"?

Mientras me vestía, Eliseo ensillaba su caballo, y cuando salí afuera ya había salido para Sauce de Luna. Intenté tirarle más la lengua a Eusebio, que volvía apurado del tinglado.

–Dígame, Eusebio, ¿qué es lo que le han contado?

–Usté verá, don. Me lo ha contáo Florencio, el del boliche de la Mascada. Que hay barullo en Uropa, por un "alentáo" grande. Como el que pasó hace años, ¿se acuerda? el de las torres...

–¿Y qué más le dijo? ¿Dónde fue?

–En Uropa.

–Está bien, sí, ¿pero en qué parte de Uropa?

–Me dijo algo también de la Iglesia, de que "la tienen con el Papa".

Ahí me tocó el turno a mi de alarmarme. Algo así temía yo desde hacía tiempo. Desde que Benedicto XVI había empezado su "retorno a las fuentes", y concitado cada vez más el odio y los denuestos del periodismo, y la tolerancia afectada de la gran mayoría de los obispos: que algo le iba a pasar, porque como decía Eusebio, "la tenían con el Papa".

–¿Pero algo más, Eusebio, algo más le ha dicho Florencio?

–Que ha sido un "alentáo" con aviones, propio como las torres...

Como una hora después, por la curva que daba el camino antes de enfrentar la chacra, volvía Eliseo al galope largo de la lobuna. Al verme hablando con Eusebio, enfiló hacia nosotros, sujetó y desmontó de un salto...

–¡Lo maliciaba, lo maliciaba desde hacia tiempo!, ¡Le han encajado tres misiles a San Pedro!

–¡¿Qué?!.. ¡¿A la Basílica?!

–A la Basílica y a la Plaza... y al palacio papal.

–¿Y el Papa?..

–No sé, no se sabe... la información es todavía incompleta... los periodistas están como locos y tiran toda clase de informaciones contradictorias... unos dicen que ha muerto bajo los escombros, otros que había sido alertado y huyó. Parece que los misiles han sido de gran potencia, no como los *"Katiuskas"* palestinos...

–¿Nucleares...?

–Nooo... supongo que no. Pero lo maliciaba, lo maliciaba desde hace tiempo. A eso han venido a parar las imprudentes declaraciones de Benedicto en apoyo de la "civilización de occidente" y contra el fanatismo musulmán. Les dio el plato servido, con su apoyo a los nuevos "cruzados"...

–El plato servido... ¿a quiénes? ¿Está confirmado que han sido ellos... los fundamentalistas?.. ¿Cuáles?

–Como te podrás imaginar –me contestó, ya más sereno–: la información no es nada clara, nada se sabe todavía, pero por supuesto... todas las sospechas apuntan a ellos... aunque me permito dudar, me permito dudar sobre la autoría intelectual. Esperemos a ver: si se lo adjudica *Al-Qaeda*, no lo dudes: es una reedición de las torres, y el atentado contra las torres...

Le entregó la lobuna a Eusebio, y entramos a la casa. La ansiedad, la sensación de gravedad y de inminencia, que hasta entonces sólo me había afectado en el nivel intelectual, por las charlas de Eliseo, ahora me embargaba. Las premoniciones adquirían la dimensión catastrófica del hecho real, del acontecimiento... tal cual como me imaginaba habría sido en mis abuelos, la noticia de la declaración de la guerra.

Eliseo se apuró a prender la radio, una vieja "Phillips a transistores", su único medio de información "por éter" con que contaba.

Las informaciones confirmaban la autoría de *Al-Qaeda*, que en un comunicado festejaba el golpe contra "el corazón espiritual del occidente cristiano..."

–"Cristiano"... ¿Te das cuenta? Así termina de delinearse la figura del imputado por el océano de corrupción que la civilización occiden-

tal ha volcado sobre el mundo, y sobre el responsable del tremendo genocidio de los pueblos árabes. Sin duda, ni una palabra sobre Israel. Te digo que *Al-Qaeda*... Es obvio, no podía ser sino *Al-Qaeda*: un atentado de estas dimensiones y trascendencia no podía venir de un grupo fundamentalista cualquiera. *Al-Qaeda* no es un cualquiera... está en combinación con otros...

–¿Con qué *otros*...?

–En el atentado contra las torres gemelas, apareció una noticia en La Nación, rápidamente tapada, que indicaba conexiones entre las células de *Al-Qaeda*, y agencias del *Mossad* y de la *CIA*... y el atentado contra las torres fue, clarito, el *"casus belli"* que empujó al poder militar norteamericano contra Sadam Hussein, y otros potenciales enemigos de Israel...

* * *

Así se recibió la noticia del Gran Suceso en el refugio de Eliseo Madariaga, en los pagos de Sauce de Luna. Del suceso que nos cambió la vida a todos, y con el que se inició esto... esto que estamos viviendo y que no necesita de mi relación, ni de "interpretaciones de signos", porque está patente a todos. Cada uno de los que lea lo que he escrito está en condiciones de juzgar el acierto o desacierto de las interpretaciones de mi "profeta". Como él mismo me dijo, él no se consideraba profeta, en el sentido de predecir hechos futuros. Sólo intérprete de los hechos contemporáneos, "exégeta", exégeta de la realidad, no de los textos.

Almorzamos. Un almuerzo frugal, esta vez: me apuraba a volver:

–¡Rajá, rajá! ¡Volvete! Con esto que ha pasado, todo se ha descalabrado; la ciudad ha de ser un hervidero, y es necesario que estés con tu familia. Van a empezar a pasar cosas... Y vos, andate... cada uno en su puesto.

Me hizo ensillar los caballos por Eusebio, mis mestizos "poleros". Nos limos un fuertísimo abrazo, como de amigos de toda la vida que se despiden para no verse más, y monté.

–Acordate de este viejo, y rezá por él. Y rezá mucho por vos, también, "a toda máquina", como dice Castellani de los cristianos postrimeros. Lo vamos a necesitar...

Índice

I. Semblanzas de Don Eliseo 5

II. La abominación desoladora 11

III. Una vuelta a caballo... y otras cosas 21

IV. La espiritualidad de Eliseo 29

V. La sociedad de la anomía 37

VI. El perfil del "Ánomos" 47

VII. El signo de Israel y las Naciones 63

Una reivindicación cristiana del nacional-socialismo 65

Un "paper" de Eliseo 90

El tiempo de las Naciones 100

El destino de Israel. O *"De Gloria Olivae"* 114